

Tomás Ramos Orea

**PROSAS COSMOPOLITAS:
APUNTES Y VIVENCIAS EN
CLAVE HISPÁNICA
(1962-1993)**

MADRID 2007

USA
CANADA
BULGARIA
ALBANIA
NICARAGUA
ESPAÑA
REPÚBLICA DOMINICANA
CUBA
FILIPINAS
KOREA
THAILANDIA

NOTA

La serie de viñetas que se organizan bajo las titulaciones genéricas de “La chica americana”, “Un castellano en Canadá” y “Repaso de Norteamérica” tienen muchos años de existencia. Ocioso sería y, sobre todo, poco rentable escandalizarse por el posible grado de contestación que tales impresiones pudieran arrancarle a un lector de hoy. Yo, que soy el autor, me reservo el inocente privilegio de ser el primero en quedar sacudido de pasmo lúdico y de insólita perplejidad ante algunas de las cosas que me inspirara el tener que vivir una época concreta en esos países, respecto de los cuales, en valoración global y con la debida perspectiva, no he dejado *nunca* de predicar excelencias y positivos reconocimientos.

Estos escritos, con algún mínimo retoque en el aspecto temporal de los modos verbales y en las magnitudes aritméticas cuantificables, creo que, en todo caso, ilustran un cierto estado de ánimo –entre otros muchos posibles e igualmente homologables– desde el cual, y cualesquiera puedan ser los matices y/o las intensidades bien de asentimiento, bien de disentimiento que sobre él se proyecten, el lector se percibe invitado a estructurar su propio criterio sobre cuestión tan insoslayable como es el programa de vida, el modo vivencial de las gentes del Nuevo Mundo. Me enorgullece decir que en los diez años que profesé en Universidades norteamericanas (U.S.A y Canadá, 1961-1971) me dejé lo mejor de mí, mi más enardecida voluntad de trabajo, mi más templado y continuado esfuerzo. No esgrimir ahora el derecho de crítica, como la más preclara prerrogativa que, en forma de lección, recibí con sumo acatamiento de los sitios en los que vacié mi alma, entiendo que sería dispensarles el peor de los favores.

LA CHICA AMERICANA

I. La voz

Creo que por la voz de una mujer llegamos a sentir, a intuir algo íntimo de su presencia, casi como lo más valioso de su entidad, lo que más nos halagara que poseyera para inundarnos de gozo. Y la mujer norteamericana tiene una voz dulcísima, hecha de ruido joven, como para quedarnos en ella y nunca querer saber más de indagaciones ulteriores. Voz de aromas sin clasificar todavía, hermosa y providente que siempre me hace pensar sin duda en la ansiada promesa de un amor quimérico y extraño. Quiero decir que su voz nos llena el primer momento ciego, el de la imaginación pura. Lo demás puede derrumbarse a dos pasos tan sólo de distancia de este primer encuentro afortunado. Veréis. La voz nos llega remansada –y con un timbre especial– a través de los hilos del teléfono como no la he oído en mi vida. Como para –ya lo dije– no querer adivinar el origen del manantial humano por donde emana. Se dijera que la mentalidad norteamericana, en su pragmatismo consciente o no, se ha preocupado de ofrecer al mundo un ejemplo puntual de cómo presentar las cosas por el lado bonito. La voz, concebida así en el aire; sostenida en ese andamio sin cuerpo y sin materia de nuestra fantasía; referida a un volumen o contorno de mujer placentero es, yo diría, lo mejor que el eterno femenino norteamericano puede y sabe darnos sin pedir a cambio nada de nada. Digamos que en este caso novísimo de apariencia y adorno exteriores, el pueblo norteamericano ha aprovechado toda la previa experiencia universal, con los resultados evidentes de un eclecticismo bien entendido y que forma la mejor parte de su sistema de vida. Al hablar con cualquier muchacha de oficina aun de las cuestiones más

triviales o claramente antipoéticas –como lo puede ser algún mandamiento burocrático que nos roba la oportunidad de pensar en cosas más risueñas–, todavía se siente el bálsamo bienhechor de la voz que vierte algo de dulzura. Y el asunto profesional, el mensaje o recado –la voz, siempre– de la criatura cumplirá con su oficio de verdugo si la materia a tratar así lo requiere. Pero nos apuñalarán tan suavemente que fingiremos sentir el deseo vicioso de morir mil veces seguidas si la vida se nos arranca con un arma tan maravillosa.

Y así es la voz de la mujer norteamericana, que puede asesinar fríamente, inexorablemente sin que sintamos lo áspero del hierro en nuestro espíritu, sino una calidez inmensa y exquisita. Es la primera batalla que la muchacha norteamericana ha ganado ya a mi hombría: La de la voz imaginada, la voz presentida y no visible que nos halaga en lo más íntimo y nos prepara espiritualmente. Yo me he querido quedar –siempre– en ese primer estadio de la voz. Me da un miedo de colegial –casi de niño– avanzar más. Porque temo el desastre. Cuando me he visto obligado a conocer a una mujer después de hablar con ella por teléfono, mi destino, que no perdona ninguna debilidad, me ha castigado duramente a reconocer el fraude entre la fantasía – siempre providencial– y la cosa como es. Si vosotros venís a Norteamérica y cogéis el teléfono, y para llamar a cualquier otro lado tenéis que comunicar primero con la central –que aquí se llama *operator*–, hacedlo, hacedlo pronto. Me atrevo a asegurar que un especial resorte hace que las voces que marchan raudas por los cables y que se desviven por el bien del servicio público, han sido reducidas a un haz de sonidos considerados y previstos como agradables. No. Yo no querría pasar –insisto– de ese primer lugar dentro del recinto sagrado y altamente enigmático de la mujer norteamericana. Porque si existe una tremenda dosis de aventura y de arcano en lo más sencillo de la vida, allí donde

hacemos gala de toda nuestra previsión, es mucho más sensato que seamos propicios a darnos, a ofrecernos enteros a la primera aparición feliz que sale a nuestro encuentro. Y todavía es más lógico que nuestro incorregible optimismo haga ver con el mismo signo de nuestra imaginación lo que vemos con los sentidos. Y por todo ello, a veces para mi goce sin nombre y sin beneficiario consciente, alzo el teléfono y marco una vez más el *operator*. Y la voz llega, sugestiva y esperanzadora –siempre como nunca– para decirme: May I help you? (¿En qué puedo servirle?) Y yo –¡bah!– infatigable cantor de estas pequeñeces, hacedor de versos sin musa ni destino... no digo nada. Nada. Cuelgo de nuevo y me encierro por un rato en el recinto íntimo y providente de la voz de la mujer norteamericana.

II. El nombre

El nombre de la chica norteamericana tiene una inesperada música, casi la misma que la de una caja mágica de donde sale la tonadilla nunca oída o la que casi se nos olvidó de puro vieja. Así es su nombre, sí. Y además, es el cometido segundo de nuestro estudio, después de la voz. Si este paso todavía nos sigue halagando se puede decir que hemos andado bastante. Que hemos llenado con creces el camino imaginativo obligado, el que nos espera –abierto y escondido al mismo tiempo– antes de entrar en el arriesgado campo de la realidad. Si es sabido (y para mí que lo es) que existen ciertas leyes caprichosas por las que las vocales en una palabra pueden llevar dentro de sí a veces el sentido y hasta el color que encierra esa palabra, asimismo por un fácil paralelo el nombre de una muchacha nos delata anticipadamente parte de su personalidad. Porque en Norteamérica, al lado del nombre anglosajón inconfundible, encontramos, por ejemplo, otro españolísimo. Y podemos estar seguros de que son siempre portadores de algún valor sustancioso y fantástico; de que los nombres que nos saben a exóticos soportan en su fondo un contenido de mujer que se nos antoja también exótico. Y lo mismo, lo mismo con los típicamente norteamericanos: Nancy, Marilyn, Carole, etc: Detrás de esta primera pantalla veremos o imaginaremos a la jovencita de calcetines gordos de lana, pelo rubito y mirada un tanto candorosa y asexuada. Como si todo nombre entrañase un simbolismo innegable. Como que el decir Nancy nos hace irremediablemente pensar en un cabello casi rubio y revoltoso, una mirada vivaracha pero sin carga de penetración y un olor a carne como de niño pequeñín. Hay nombres que sostienen necesariamente a una muchacha norteamericana rubia. Otros, por

el contrario, nos descubren una morenía maliciosilla en la portadora.

Carolina sustenta siempre una brizna de pelo rubio. Yo –si bien he vivido poco– no he visto aún a ninguna chica que se llame Carolina y que no sea mínimamente rubia. Claro que no existe –por lo menos que yo sepa– el nombre masivo de Carmen ya que con palabras del poeta eso es algo como pensar en un lago que hecho ya combustible arde y en donde los cisnes ensayan su mejor postura para morir. No, no nos engañemos. Los versos no es el mejor producto norteamericano. El nombre, entonces, acelera la comprensión sentimental de un pasaje femenino. Un nombre propicio nos puede preparar el ánimo de forma positiva, y en ese campo nos podemos quedar por algún tiempo adornando nuestra fantasía de accidentes y consideraciones felices.

He estudiado la relación *nombre-realidad física* de la mujer norteamericana con el material más cercano y asequible a mí, esto es, con las alumnas de mis clases. Una de ellas se llama Dolores y, en verdad, guarda una estrechísima correspondencia con el conglomerado ideativo a que nos tiene acostumbrados en español. Dolores es morena, con una sonrisa sacada de cualquier historieta. Hasta en inglés se dice: *Call me Dolores, as they do in the stories*, “llamadme Dolores, como hacen en los cuentos”. Linda es máximamente rubia y sus cabellos –hebras, polvo– hacen ondear el perfecto emblema de su nombre. Martha tiene una mirada profundamente sugestiva, con un mohín lejano, entre sonriente y pensativo. Me recuerda –y no me explico por qué– el olor y el ruido de los árboles copudos. Irma no podía ser más que rubia, absoluta, inenarrablemente rubia. Patricia tiene una graciosísima y gallarda cola de caballo, creo que con ritmo de cha-cha-cha. Rose Anne, la de mirada audaz y pausada, dadora de sabe dios qué bellas vivencias. Nancy, norteamericana en su

risa, en su mirada también, en su pelo... huele a eso, a producto norteamericano desde cualquier rincón de la imaginación que se la mire. Las Marilyn encierran la sencillez expresiva y bondadosa que va tan de acuerdo con su nombre. Y las Judiths, reservadas y siempre bonitas, me miran con mirada vibrante o apagada, anunciadora de sagrados misterios eróticos.

III. La palabra

Nunca podríamos imaginar una diferencia tan desesperante entre la palabra-sonido que percibimos, y lo que hay de contenido intencional e íntimo dentro de esa misma palabra que la chica americana pronuncia. En presencia de su portadora lo artificioso de su palabra puede sonar como a metal desafinado, de monotonía insufrible; a veces suena con una apetecible modalidad, tirando a dulce; y otras, las más, a la simpleza y rutina de tal palabra se adhiere la ya proverbial, inquebrantable estupidez de fondo general de conversación de la muchacha yanqui.

Muchos entendemos que la palabra es uno de los bálsamos más generosos que acompañan la vida diaria. Sin embargo, cierto egoísmo absurdo y, más que utilitarista, de pésimo gusto, pretende reducir a la mínima realidad el volumen, peso y esencia significativa de las palabras. Y entendemos aún más: Que para llegar al brocal de una mujer bonita, sólo podemos hacerlo por el sendero de la palabra; así aseguramos la intimidad y la discreción de nuestro acercamiento. ¿No es verdad, todavía, que uno de los valores más altos de la mujer es su forma de hablar? Muchos hombres han proyectado o desechado una posibilidad de convivencia después de percatarse de las virtualidades de conversación que podría dedicarle su futura. ¿Seré capaz de soportar yo la forma de hablar de esta mujer por más de un ratito corto? Y esta pregunta, tan trivial e inesperada, sé yo muy bien que es suficiente para enfriar los ánimos más acalorados de un macho en celo. Pues bien, la conversación, en lo que tiene de alivio entrañable, desaparece por completo del propósito de la chica americana. Algo inherente al lenguaje inglés, a la mentalidad práctica de los hablantes que lo esgrimen, hace sencillamente impracticable ese logro

balsámico de intimidad que con mucha más frecuencia se da en otras lenguas. Además, la palabra oída directamente de labios de una mujer yanqui suena mucho peor que la ofrecida por la artificialidad técnica de los hilos del teléfono, como ha quedado dicho en otro lugar de mis comentarios. La voz en serie que nos envían los cables o la que encontramos en las oficinas públicas tiene la ventaja de que ha sido probada cuidadosamente antes de ponerla en circulación, de venta, lo mismo que se repasa el mecanismo de los coches prestigiosos antes de lanzarlos al mercado. Con este tipo comercializado de palabras y de ideas no hay lugar para la sorpresa puesto que ya tenemos previamente en nuestro conocimiento los moldes de su contenido, intención y alcance. Pero nos agrada, nos colma con creces la necesidad de ese momento que suele ser irremisiblemente prosaico, desarraigado de cualquier fundamento mínimamente romántico. Nos quedamos, en suma, satisfechos...

Pero de la palabra viva que emana a dos cuartas de nuestra carne pedimos más, infinitamente más, por una serie de razones y de encadenamientos lógicos que están fuera de toda discusión o adivinanza. Además del tono, consecuente con la cosa dicha, pedimos colaboración de la mirada y del gesto para que ocupen por completo el espacio del alma, deseosa de que la colmen una riada de cosas bellas. Y aquí se produce el fallo. La chica americana habla, yo diría, por el mero hecho de lograr entenderse. Si para eso bastaran los gestos o cualquier resorte desconocido, creo que no usaría el lenguaje. La mujer americana no considera la palabra como conducto de poesía, ni de comunicación hermosa, ni de realidad creadora, sino como medio escueto de entenderse. No hay amor hacia la lengua, ni se mima a la lengua, ni se dicen cosas bonitas en ella. La lengua es, predominantemente, para la mujer americana, una herramienta desposeída de todo valor emocional o íntimo.

IV. La feminidad y el vestido

A veces creo que el sexo de la chica norteamericana juega un papel mínimo, dentro de lo que imaginariamente nos parezca que le puede corresponder. Para todo este tipo de caracterizaciones flexibles me refiero más que nada a la muchacha universitaria. Su vestimenta, a la que me he de concretar luego, nos prepara de momento para esta primera verdad. No se piense con esto que la chica norteamericana no conoce las martingalas más o menos candorosas y como encontradizas de la seducción. Pero sí que durante ciertas etapas de su vida –ahora hablamos de la universitaria– su única consigna se ha reducido casi precisamente a neutralizar su personalidad, a no demostrar el más humilde interés en que los hombres la miremos como lo que es, una hembra. La chica norteamericana elucubra sobre el sexo con el mismo pragmatismo acríptico con que se pone a considerar otra porción de asuntos manejables numéricamente, con esa asepsia matemática que no admite más que el dos por dos son cuatro. Con esa manera de pensar no sólo confunde globalmente sino que supedita a algo previsto casi comercialmente las cargas que informan los resortes de su vida espiritual. Evitando cualquier encuentro de problemas, ideará un programa de vida en que la voz de la tendencia haga el papel que se le ha asignado de antemano. Algo así como una figura de rompecabezas que espera a que una mano cualquiera la coloque. Supongamos el hecho concreto y fácil de una jovencita que, al bailar con un muchacho, siente un tipo de susurro erótico normal. Lo primero de todo es que es difícil que lo sienta –hasta ahí, ay, llega el aborregamiento de criterio y conducta– si en su programa mental previo no entra el que tal día deba contar con tal sensación. Ellas lo llaman a eso *self control*. Y se quedan tan descansadas. Yo lo llamo castración

premeditada de la facultad de pensar y vivir. Y allá cada uno. En segundo lugar, si, pese a todo el sistema de prevención, ocurriera algo que no estaba en el programa del día, la muchacha del caso se sentirá indignadísima consigo misma, con el chico, con todos... Valiéndonos de un ejemplo pintoresco de efecto visual, es como si alguien prepara aceite, huevos, lumbre, etc. con la sana y específica intención de hacer algo de comida, y cuando resulta una tortilla monda y lironda le dan ganas de destruir todas las cocinas del mundo por lo menos. Absurdo, ¿verdad? Pues así piensa la chica norteamericana. Puedo decir que todas las muchachas universitarias norteamericanas visten de una manera casi idéntica. Las tiendas de vestir no se enredan en complicaciones. Las perspectivas se prevén y se saben de antemano, ya que las consignas de tipo social o de convivencia y las simplemente domésticas se siguen al pie de la letra sin el menor síntoma de rebeldía. Aunque algo dependa del año que esté cursando, la chica universitaria suele llevar calcetines gordos y blancos, de lana. También un tipo de medias, con una variedad de unos cinco o seis colores, e igualmente de lana, que llegan a la corva de la pierna. Por tanto, la vista no tiene que trabajar mucho para descubrir detalles o sutilezas que puedan cambiar el ánimo del espectador.

Y ahora, una cosa más delicada: La ropa interior. Digo delicada y me aparto instintiva e intuitivamente de lo que alguna mente miope pueda pensar. Pretendemos tan sólo dar a entender o quizá confirmar que este tipo de ropa no está a la vista y por ello sus características van totalmente de acuerdo con el temperamento de quien la lleva. Al no tener que medirse desde fuera por el resto de la sociedad, las prendas interiores se conforman a algo personal, gratuito y caprichoso. Son como un acto de fe, de estética y de gusto. Aquí, aparte de todo, sí que se roza más que nunca lo inesperado de la aventura y del misterio.

¿Qué mortal sensato podría asegurar cuándo y cómo encontrarse con un muestrario viviente de ropa interior femenina? Etc, etc. Me atrevo a asegurar que para un español la indumentaria íntima de la jovencita norteamericana produce efectos desastrosos, negativos, descorazonadores. No nos va. No soy el único que lo dice, y aquí sí que es cuestión de creer o no creer, sin que nada invite o desanime ni a lo uno ni a lo otro. Ni quiero ni puedo traer a este comentario los nombres de las personas que puedan avalar mi punto de vista. Una de las prendas más desafortunadas –digo– son los *panties*, especie de braga pantalón, en toda serie de colores y florituras. La ambigüedad de su corte desorienta y desazona. Delante de un grupo de muchachas en clase y en postura de *relax*, a menos que uno se castigue a sí mismo de cara a la pared, lo primero con que se choca es eso: Una gama de colorines en penumbra. Quién con lacitos hasta casi la rodilla, quién con alardes de encaje barato y de gusto pésimo. Por otra parte, el tipo ortodoxo de combinación es insufrible a la vista: Termina en una especie de jironcitos que no sabe uno como considerar, si de vejez por lo rotos que parecen, o de simple y claro mal gusto impenitente, que es lo que pienso yo. Una cosa más, solamente una. Cuando estas jovencitas se visten de gala (baile o acontecimiento social) están que dan pena. Y es más que razonable. Acostumbradas al atuendo deportivo, fresco y –¿por qué no?– agraciado que lucen durante casi todo el año, digo que es razonable que no sepan tenerse en los tacones. Y que dentro de esos vestidos de vuelos plebeyos parezcan gallinas locas dando aletazos de despiste. Claro. La gabardina para todo uso viene a ser la prenda inevitablemente obligada. La mayoría de los estudiantes llevan algo así como zapatillas playeras, muy buenas y muy cómodas, que hasta valen para la nieve. La razón de esta economía en el vestido femenino se dice deberse al

ahorro de tiempo que todo el mundo se propone a la hora de levantarse (¿?)

V. La sonrisa

La muchacha americana sonríe cuando quiere llenar de algo inconcreto el vacío del aire. ¿Qué mejor material que la sonrisa? Venida de la nada; más bien, nacida de cierto aprendizaje que ya se exterioriza casi mecánicamente, esa sonrisa suavizará la tensión momentánea de cualquiera que, por ejemplo, bajando unos escalones, se encuentre irremediamente de cara con una chica, cuando las miradas se juntan y se nutren recíprocamente sin que los labios digan una palabra. Estoy seguro de que una mujer española, también por ejemplo, elegiría entonces una actitud forzada, de desgana, desatención o disgusto; perfilaría ese mohín inexplicable si un hombre desconocido le dedicara esa hermosísima descarga emocional sin nombre y sin explicación al encontrarse en el hueco del ascensor, al recorrer con ella un tramo de escalera que va al mismo piso, o al mirarse de frente cuando uno se cruza con alguien por cualquiera de los paseos de una Facultad. La chica americana sonríe porque no tiene nada mejor que ofrecer en ese instante, que de no ser así se perdería lastimosamente para todos.

Insistamos otra vez sobre el alcance de estas peculiaridades, y recordemos que tienen su sentido y su desarrollo temporal en el término escaso de un segundo. Inútil intentar explotarlo; inútil querer hacer extensivo ese punto de ideal incoloro que ha flotado en nuestra conciencia. Inútil todo, puesto que la chica yanqui no entendería nunca que eso tiene su razón de nacimiento y puede continuar. La sonrisa de mujer es una maravilla tan momentánea que nos sabe a poco a todos los románticos incurables. Pero, una vez más aún, es inútil explotarla porque perdería su único y excepcional sentido. ¿Qué quiere decir la chica americana que nos sonríe desde la mesa de una cafetería? Salvo casos patológicos que no caben en este

breve repertorio lírico..., nada. Me atrevo a asegurar que esa salida, que esa exteriorización no llega a ser acusada más adentro de las primeras capas y complejos musculares por donde debe de andar escondido el sentimiento de la chica americana...

Constante, eternamente hay que explicar hechos, aparentemente significativos para una mentalidad española, por ese principio válido de que el ciudadano americano ha aprendido a esgrimir prácticamente ciertos resortes que vierten un poco de dulzura y de color azul en los momentos olvidables.

VI. La mirada

Mirar a una mujer bella y lograr que nos devuelva siquiera la mitad del fervor lírico que le entregamos en la mirada nuestra es siempre como la iniciación de una apasionante aventura a la que más tarde habremos de poner nombre. Porque la mirada es un mundo. A lo largo de los caminos de la imaginación hacemos desfilar en el brevísimo transcurso de un momento una porción anónima de cosas, ya confundidas, ya en orden, que esperan nuestra suprema resolución para saber si han de volver a la nada, o vivir con la nueva vida que les acabamos de dar tan graciosamente. En la mirada de un hombre caben siete campos de tenis, ochenta carreteras, un manojo de pelo de la mujer amada que cogemos con la mano izquierda, dos mil temblores de las hojas encarnadas y otoñales de los árboles de Michigan. O puede no haber nada en ella: Puede la mirada no pertenecer a nuestro mundo y resistirse a la noción de espacio....

Ese estallido sin voz de la mirada es una abertura, un rompimiento que hacemos de nuestra impenetrabilidad, una invitación parecida a esas en que se deja la casa abierta para que nuestros huéspedes haraganeen con libertad por los dominios de uno. Si yo miro a una mujer quiero decir que he roto parte de mi incomunicación, de mi reclusión, y espero que ella haga lo mismo por si el milagro de una intimidad más hermosa y bienhechora se pueda producir. Quiero decir también que cuando así miro busco afanoso e incansable el mensaje hecho de palabras que nunca sonaron para mis oídos, de dimensiones y de colores que mi alma en todos mis años de vagabundeo lírico nunca conoció. El que yo mire a una chica bonita tiene en último término que ver con la más nueva teoría física de la luz. Por el polvo que levantan sus cabellos en mis sienes; por el tortuosísimo camino que me tiende para que llegue a ella; o por

el reclamo inenarrable de todas sus extremidades, entiendo también que en ese mundo intenso y efímero de la mirada hay argumento para sentirnos con ganas de elevarnos con aletazos de águila o corretear con brincos de gorrión.

Digo que la chica americana devuelve nuestra mirada con sorpresa. No concibe el sistema que, como entendimiento mental, usa el romántico como si fuera un rompecabezas o pasatiempo mágico que se lleva consigo al hacer un viaje. Pero esa sorpresa no proviene de la intención de verter un aditamento más de lirismo al hallazgo de la mirada o de la luz, ni tampoco la chica americana guarda silencio pensando que eso sea algo estimable y caro como la ausencia, y por tanto captable solamente en un esfuerzo concentrado. La mujer yanqui nos mira con sorpresa de inconsciente porque no cree que la mirada pueda llevar consigo algo más que un tipo de rayos luminosos, explicables técnicamente por la teoría física del movimiento undulatorio...

Y es que la mirada es un don: El de ofrecerse múltiples veces como materia prima posible para un nuevo y sensacional encantamiento. Y en el mirar de la chica americana no cabe amor sin nombre concreto, ni ruido que no tenga origen, ni veleta sin puntos cardinales a donde dirigirse. Porque la mirada es un mundo; más, un resumen de los sueños sin noche, de las citas sin muchacha, de los cabellos sin dedos que acaricien, y hasta de las voces que suenan sin garganta y sin cuello con que alzar su vaho hasta nosotros. Cuando miramos a una mujer es para decirle que nos hemos abierto, eternamente, puntualmente libros; que esperamos la desconocida mano que nos repase y deje entre alguna de nuestras hojas la agostada margarita del recuerdo. Que la mirada es eso: Invitación, ofrecimiento, amor en una palabra que se nos queda enredado en las pestañas.

VII. El cabello

¿Qué me sugiere el pelo de una muchacha, que lo siento como el emblema, la insignia que tremola atractiva y gallardamente en la cima de mi imaginación? Yo lo comparo, ni más ni menos, a una de esas banderas que presiden las mejores galas exteriores de los edificios para que el afán de nuestra mirada se deje de buen grado seducir y arrastrar por esa llamativa señal invitante. La chica americana tiene un pelo adorable. Su realidad transporta al ánimo del que la contempla una masa de sensaciones apacibles y armoniosas que piden el beso leve, la caricia apenas despuntada, o el canto, casi silencio, que empieza a rodar por debajo de nuestro pecho. Ninguna añadidura o adorno podría prestar a la chica americana tan acabado matiz lírico como el pelo. Lo veo campear en recortadas melenitas rubias, castigadas, vapuleadas suavemente por el movimiento, gracia pura, del andar inconsciente, como ajeno. Y yo, español y romántico, me veo inevitablemente, brutalmente atacado por ese desafío provocador y hermoso. Mechoncitos primorosamente colocados, como parcelas sin tierra, que limitan los ojos a una porción deseada de colores; mosaico amanecido de dorados desvelos que esperan cada día la ingenua mano que los prepare para incendiar corazones interminablemente. Os amo porque sois la antesala de hondísimas ternuras y de derrumbamientos fatales que lo arrastran todo. Y porque también sois el refugio, el único refugio seguro donde hundirse, perderse y peregrinar con equipaje ligero por entre la espesura lírica de vuestra marejada...

A veces nos es suficiente el aire, la pasada breve y fugaz de algo para alimentar nuestros sueños; y por eso, a veces, una de estas cabezuelas rubias, locas, es para mis ojos como la condensación de una historia de amor de la que nunca fui el

protagonista. En esencia, el pelo de una muchacha bonita significa para mí la muerte, un pasaje angustioso e ignotal donde los brazos se truncan y los besos naufragan para extraviarse en los recovecos de un paraje jamás presentido. ¡Qué vacuidad, qué carencia de olor y hasta de tacto aparente..., y no obstante, qué maravilla de signos y de llamadas apremiantes me acosan al palpar con mis manos y mis labios el río –pelo– de una mujer! Dejo nadar mis manos, dejo que mis manos se sumerjan hasta casi la asfixia, hasta las mismas profundidades. Pero todo sin decir una palabra, sin proferir un ruido mínimo, sin emitir un grito. Por el tacto idealizado de una crencha de pelo de mujer hacemos ofrenda a nuestro espíritu del mejor de los regalos. Por ese tacto abundoso hemos de sentir la sierpe que se enrosca incesantemente al cuello por donde la voz tiene que salir a borbotones o coagulada, aferrada a los años de uno como una liana salvaje que no ceja, terca, hasta matar. Si tuviera que partir, que me ahorquen con una maroma hecha de pelo rubio: Moriré balbuciendo el místico resorte que hace florecer en los labios del alma las tan amantísimas letanías de belleza y arcano que el cabello áureo me despierta. Que me alcance esa sierpe, que me llene de grilletos y de roscas para morir del todo; que me ahoguen con las hebras de oro artificial para saber que la mano sañuda llega a todos los lados...

La chica americana tiene un pelo adorable, repito. El tipo de melena semi-larga y semi-dorada es lo que más se estila. Unido a su atuendo altamente deportivo –ya dijimos: Playeras especiales, calcetines gordos de lana, etc.– su fachada es naturalmente fresca, desembarazada y saludable. A mí me gusta mirarlas, medir con esa regla especial y caprichosa los grados de juventud y de fervor vital que irrigan la vida interna de una mujer. El pelo corto, castaño, le presta la ligereza inconsistente y la perfección de un estandarte, de un pendón recién aireado que

ondea para deleite de nuestros ojos. Y luego, las rubias codiciosas, inexorables; las cataratas de amarillo líquido, estuarios, ríos, manantiales ya de oro que nacieron para que nuestras pupilas se tornen del mismo color al contemplarlas. Pelos en perpetua orgía que taladran los sistemas nerviosos mejor templados y nos incitan al mordisco sin remedio. A mí me asustan, tan alarmantemente persuasiva, tan vana como pérfida es la belleza de estas muchachas. Dijera yo que el rubio es la enseña de lo atrayente, aunque al mismo tiempo nos esté revelando un mal encubierto fondo de traición y desastre, porque manipular con la seda de una cabeza rubia de mujer es acariciar el cataclismo, acercarse al umbral del penúltimo fracaso que no puede tardar en venir...

Sin embargo, la muchacha americana lleva el pelo de una forma que hay que amarla sin conocerla. Sin gusto o tacto, insistimos; sin sabor especial y sin sonido, todo lo da, como un filón generosísimo de entidades que jamás existiese sino en las recaídas estrambóticas de nuestro cerebro. Porque hay cabellos nacidos para levantar llamaradas de corta duración; pelos flamantes y agresivos, retadores, que buscan la protesta, que esperan la pregunta, nuestro grito de inconformidad por haber violado una primera quietud. Cabecitas locas, rubias, a las que el pelo enmarca y pone un perfil de agrado. El pelo es la valla inicial que se opone a la carrera de la pasión. Cuando una mujer joven y bonita enarca su divino cuello vegetal y despliega sus cabellos rubios como una tempestad de látigos y lianas lujuriosas, yo soy el primero en caer. Caigo, en lucha siempre, sin poder evitar esa muerte continua que a fin de cuentas es vida, y de la que nos levantamos con nuestro destino romántico más y más enardecidos. Pomposamente, negligentemente, ese ofrecimiento de delicia es como el heraldo de lo irremediable, la guadaña implacable que segará de cuajo la última esperanza de

pervivencia que tengamos amorosamente almacenada. Sobre todo, ese pelo rubio, de melena cortita, tibio siempre y siempre camuflando en los sótanos de su siniestra ternura la garra artificial que cambia los colores con el tinte de una marca de cerveza.

Rubias cabezuelas que nunca supieron el arma que la providencia les dio. Ángeles de exterminio que me ciegan la retina o me la restriegan por el cenagal que sin duda existe en el fondo de toda desesperación: Os adoro, ciego a todo, sordo imperturbable e impenitente a todas las asechanzas que se alzan a mis lados como apariciones horrendas que presagian la muerte. Sordo, sí, al entrar en vuestro recinto del que no se ha de salir sin el corazón lacerado por alguna nueva y más violenta desilusión. Cuando miro estos tallos –cuellos– como árboles tiernos por donde discurre un transcurso de auroras inigualables, yo me dejo adentrar en ese oleada dócil del movimiento que forman sus cabezas y me hago la idea de que ese mundo rubio y maravillosamente falaz alberga un sin fin de ilusiones siempre nuevas y sufridas ya desde siempre. Si vivir es sufrir, quiero elegir mi muerte. Que me encuentren colgado de las ligaduras besadas y humedecidas –por mis labios– de una cabellera de muchacha americana. Rendiré tributo a este país –geografía, amor– con la vida.

VIII. Los ojos

Los labios, sí. Pero los ojos nunca envidiarán a los labios en elocuencia. Y es que todo lo que no se puede hablar por razón de su propio cometido, se puede hacer en nombre del corazón, como enviado o heraldo suyo. Los ojos dicen lo más difícilmente expresable sin ningún reproche o aspereza, sin que advirtamos una sola nota discordante que enturbie la palabra. Los ojos de la chica americana son lagos de agua remansada y tímida que casi nunca supieron de tifones o tempestades devastadoras. Miran con toda la sencillez de quien se sabe portador de un mensaje bien delimitado. No admiten, en suma, la extensión o endosamiento de poderes distintos a los que se les asignó desde el principio de los tiempos. No. “Nunca me dicen tus labios / lo que me dicen tus ojos”. A los ojos se les encuentra la urgente atracción de lo que no existe sino en las inconfesables recaídas de nuestra imaginación. Sin embargo, la chica americana mira dentro de unos límites mensurables; se resiste a atribuir a los ojos más valor que el utilitario, del que normalmente nos servimos. Por eso, el mirar plenamente a los ojos de una muchacha nos procura el encanto de besar la palabra; es decir, el alma de las cosas, ya que besamos al mismo tiempo un conglomerado de voz y fluido, fundido todo por gracia de nuestra irrevocable vocación romántica.

Cuando una mujer americana mira, se llena el ámbito de valores intranscendentes, recatados, próximos. En su mentalidad yanqui no tiene cabida la posibilidad de hablar sin palabras. *A* significa *A*, y nada más, una vez que se ha disparado el mínimo efluvio de sonido. Pero cuando los ojos miran, quien habla es la conciencia de cada uno, de modo que conversamos en el tono que más nos conviene. Y la chica americana no quiere conocer lo que es la mirada, su valor, el papel tan acabadamente

transcendental que puede jugar en el sistema entero de la expresividad. Lagos, que no otra cosa son los ojos; océanos líquidos donde navegar con las velas impulsadas por un viento desconocido. La aventura de los ojos requiere una gran preparación que sólo se logra a través del dolor y del desaliento, y siempre a punto de zozobrar en el mar de la duda, de la incertidumbre...

La voz, sí. Pero, ¿y los ojos, anunciadores de todo, reveladores de todo? Si la voz llega a nosotros con la velocidad del sonido, la mirada encendida de los ojos nos entrega el puntual mensaje con la celeridad de la luz. Y eso es un don. El beso difícil e íntimo es el beso de los ojos, ya que requiere concentración oscura y silenciosa, como un acto de fe. Los párpados separan la vigilia del sueño, la conciencia de ser mirado, de la irresponsabilidad que da la tiniebla o la ignorancia. Amo los ojos de una mujer acaso porque puedan descubrir algo que la palabra no acierte a dilucidar; es mejor a veces que el silencio adivine, para ahorrarnos la gravosa estimación de lo concreto. Ojos dorados que se confunden, inducidos, con el color del pelo porque de los unos al otro no hay más puente que el de nuestra conciencia. Ojos de felino que son a nuestro interior lo que las luces de los coches a los caminantes errabundos. Yo amaso la idea de encontrar unos ojos que miren siglos adentro en mi imaginación, que me nutran de ese maná sin forma y sin consistencia que se llama esperanza.

La chica americana siente a los ojos como parte decorativa del conjunto corporal. Por cierto que —y sólo como tributo estadístico— hay una increíble cantidad de jovencitas que entienden que las gafas son instrumentos inaceptables de todo punto para la fisionomía, y usan lentes de contacto, adheridas a la pupila. Y total, ¿para qué?, si no quieren los ojos más que para mirar.

UN CASTELLANO EN CANADA

Tarde de fútbol

Sabadito y con sol. También un poco de frío y un mucho de viento. El equipo de fútbol de la Queen's University contiende contra el de otra Universidad. Es la liga. Pero antes de entrar en materia, permítaseme decir que lo que aquí se llama fútbol tiene muy poco que ver con el deporte español que todos conocemos y que a patada limpia contra lo primero que se pillara hemos practicado todos también desde pequeñitos. Lo que nosotros entendemos por fútbol 'balón-pie' (foot-ball, 'pie-balón') recibe el nombre de *soccer* o "fútbol inglés" en toda Norteamérica. Todavía no he topado con ningún europeo a quien le guste este fútbol americano, y yo no soy una excepción. Mejor dicho, lo encuentro estúpido y fastidioso. ¿Por qué? Se compite en un campo rectangular de hierba en el que partiendo de la línea del centro que lo divide en dos mitades se van marcando con rayas blancas de cal las distancias en proporciones de cinco yardas hacia uno y otro extremo de las dos mitades. El asunto consiste en apoderarse con las manos del cuero –de forma apepinada– y llevarlo hasta el final de cada medio campo o en su defecto hacerlo penetrar lo más posible en terreno enemigo. El que más yardas cuente al final, pues gana. Pero he aquí que cada encuentro completo se compone de infinitas interrupciones, puesto que la duración del pase efectuado por el equipo que tenga la pelota no suele ser de más de unos cuantos segundos. A brazo partido los jenízaros de cada bando se oponen a que les empujen el balón. Cada yarda es un empujoncito. Cada empujoncito es un final y comienzo de juego: Se reorganiza el equipo, se piensa la jugada y vuelta a lo mismo. Repito: Lo más absurdo que yo he visto, y conmigo todos los europeos que yo

conozco. Nuestro punto común es invariable: Que un deporte en que cada cinco segundos se termina y se comienza de nuevo, es una lata. Hace la friolera de siete años, cuando profesaba en el estado de Michigan, U.S.A, presencié un encuentro de primerísima categoría y desde entonces no he vuelto a ir. Lo cual no quita para que el espectáculo le asalte a uno a cualquier hora, sin querer, al enchufar la televisión, por muy de tarde en tarde que esto se haga como en mi caso. Por eso, y adelantándome a alguno que pudiera haber pensado en un olvido total del juego después de tanto tiempo, diré que aquí está uno condenado a tenerlo presente. Prescindo de más detalles sobre el desarrollo de este deporte porque, de yo saberlos, convertirían a este artículo en un manual de reglas. Prescindo del sentido infuso que este deporte tenga para las masas de norteamericanos, porque de todos los deportes se podrían sacar curiosas referencias psicológicas hacia quienes lo practican. Baste por ahora dejar sentado el aspecto de la interrupción constante del juego para justificar mi repulsa.

Claro que siempre habrá algún caciquillo ignorante que le ponga a uno la misma cargante objeción: La de que para poderle a uno gustar el fútbol, según ellos, hay que insistir, dedicarse a ver partidos, y en fin, invertir tiempo y voluntad... Hace muchos años que he hecho propósito de no gastar saliva en apeaar del burro a quien quiera ir subido en él. Sin embargo, y como ahora hablo a españoles, digo que la postura que estos 'fans' (*fanatics*) adoptan hace más fácil comprender la mía, de puro antípoda que es, a saber: Yo digo que para conocer una cosa o por lo menos para intentar conocerla lo primero que hay que hacer es amarla algo, que nos guste algo. La mayoría de la gente que dicen que les gusta una cosa no dicen la verdad. Lo que ocurre es que se han drogado con la cosa y ya no pueden dar

marcha atrás. El gusto deja de ser libre cuando se está bajo el influjo de una droga.

Y yo pregunto: ¿Es que hay que ser tan payaso como para violentarse y hacer que algo como el fútbol americano le tenga que gustar a uno a la fuerza, cuando una magnífica variedad de otros deportes le conquistan a uno al primer golpe de vista? No, hombre, no. El deporte que requiera el mismo esfuerzo, para posesionarse de su sentido, que el que se requiera para entender a Kant, no es deporte. Es una birra.

Pero lo más señalado del fútbol americano es la pompa que lo acompaña. Y de esto sí que soy y somos todos los europeos unos incondicionales entusiastas. Lo mismo que las Universidades aquí calibran los quilates de su honor y de su prestigio por el resultado que los muchachos logran sobre el césped (caso flagrante de tomar el rábano por las hojas), asimismo las ceremonias y desfiles fastuosos que preceden al juego y que se suceden durante él, tienen más intrínquilis y mérito que el deporte mismo. Es algo único en disciplina y belleza dentro del panorama de deportes que yo conozco. Para el espectador neutral lo de menos es el desarrollo que tiene lugar en el rectángulo de hierba; lo de más, el panorama enardeciente de antes del encuentro. O sea, que es mejor la guarnición que el solomillo. Tiene cada Universidad una o más bandas de música ataviadas primorosamente de colorines: Capas, katiuscas bajas, corrajes brillantes, penachos, cetros, sombreros... forman el conjunto esplendente de estos desfiles. Las jovencitas abanderadas que abren paso están elegidas entre las más altas y más guapas. Los trapos tremolan y chascan en tardes ventosas como la de hoy. Dos grupos musicales tiene esta Universidad de Queen's: Los que van vestidos de escoceses, y los que van de blanco. Entre los segundos están las llamadas 'cheer leaders' (conductoras de alegría o animadoras), muchachas de la

Universidad también, debidamente entrenadas en ejercicios cuasi-circenses y que se encargan con mil cabriolas y sugerencias de acalorar a la masa de energúmenos de la propia Universidad que presencian el encuentro. Allí van todos ahora. Los instrumentos de aire a pleno soplar. Banderas y más banderas. Saltos y piruetas y juegos con la varita mágica de bolas en las manos de las animadoras. Avanzan, pasan por delante de mi edificio, las veo desde la ventana de mi despacho... todos camino del estadio. Y son las dos de la tarde de este sabadito con sol. Tarde de fútbol.

¡Viva Quebec libre! o la disidencia del Canadá francés

I

Un poco de historia. John Cabot, un marino genovés (o veneciano, para otros gustos) patrocinado por Enrique VII de Inglaterra, pensaba con Cristóbal Colón que lo mejor para llegar al Extremo Oriente era tirar por el Occidente, y en 1497 zarpó de Bristol y consiguió alcanzar la costa oriental de Canadá. A su regreso a Inglaterra relató que los mares de aquellas nuevas regiones estaban atestados de peces. Naturalmente, parece que se trataba de los abundantísimos bancos de la costa de Terranova. Más portugueses, franceses e ingleses llegaron a pescar también allí sin preocuparse ni poco ni mucho de hacer otras exploraciones ni de tomar posesión de aquellos parajes. Faena de pesca terminada, y a casa.

Pero ya en 1534 el marino francés Jacques Cartier hace el primero de sus tres viajes a Canadá y a través de sus testimonios es como los europeos reciben la más completa noción hasta entonces del nuevo territorio. Cartier navegó por el río San Lorenzo y profundizó hacia el Oeste hasta el poblado indio de Hochelaga, emplazamiento actual de la ciudad de Montreal. Dicen por aquí los patriotas canadienses que fue el primer europeo que usó el nombre de “Canadá” para describir el nuevo país, y que tal palabra parece derivarse del término indio kanata, ‘conjunto de cabañas’. Pero la historia tiene también su humor serio y hay fuentes que aseguran que el vocablo “Canadá” tiene su origen en un explorador español que al recorrer la costa del Atlántico y ser preguntado más tarde sobre lo que había visto en aquella parte Norte, dijo sin darle más importancia: “¿Acá?: Nada” (>Canadá), de lo pelado e inclemente que debió el hombre ver el panorama.

En los cien años siguientes franceses e ingleses establecen colonias en el Nuevo Mundo. Quitados unos primeros intentos fracasados principalmente a causa del clima severo y de la gran distancia que les separaba de la madre patria, el verdadero establecimiento de Canadá por obra francesa data de 1608 cuando Samuel de Champlain hizo arraigar una pequeña comunidad. A Champlain se le ha llamado “Padre de la Nueva Francia”, nombre por el que asimismo se conoció al Canadá francés de aquellos primeros tiempos. A lo largo del río San Lorenzo y en Acadia –región que ahora se incluye en las provincias Marítimas– es donde se establecen los franceses principalmente: Limpian la tierra, emplazan granjas e inician un fructífero comercio de pieles con los indios, cosa que les hizo adentrarse hacia el Oeste y hacia el Sur, a lo largo de ríos y lagos, y construir fuertes a modo de avanzadas.

Por otra parte, los ingleses, que se habían establecido un poco más al Sur en la costa Atlántica, comenzaron a hacer exactamente igual: Adentrarse hacia el Oeste, comerciar con los indios y construir puestos avanzados. Al cabo de poco tiempo unos y otros se enzarzaron en lucha por el monopolio del mercado de pieles y por la supremacía sobre la vasta región de los Grandes Lagos y el valle del Mississippi. Este conflicto fue un paralelo de la lucha en Europa entre las dos metrópolis.

Y la cosa va en serio. En 1613 los ingleses destruyen el establecimiento francés de Port Royal, la actual Annapolis Royal de Nueva Escocia, y en 1629 Champlain no tiene más remedio que entregar Quebec a las fuerzas inglesas. Menos mal que al hacer las paces en Europa –Inglaterra y Francia–, tales conquistas quedan restituidas en 1632. De nuevo, y como fiel reflejo de la ‘guerra de los siete años europea’, en 1759 los ingleses bajo el mando del general Wolfe capturaron Quebec a

los franceses, defendida por el general Montcalm. Y por el Tratado de París que puso fin a la guerra en 1763, las colonias francesas pasaron a manos de los ingleses. Un pequeño grupo de negociantes ingleses vino entonces a Montreal. Excepto este grupo, la población de Quebec era enteramente francesa. Y en cuanto al gobierno, igual que los franceses regían su colonia con gobernadores enviados desde Francia, al pasar ahora a poder de los ingleses éstos hicieron exactamente lo mismo: Traer de casa sus gobernadores. Ahora bien, por el *Acta de Quebec* de 1774 el Parlamento Británico reconoce a los franceses el derecho de mantener y practicar su religión y su lengua.

Leales del Imperio Unido. Al estallar la revolución americana de 1775 - 1781, los franceses, es curioso, no se unieron a las demás colonias en su pugna para liberarse del dominio británico. Colonos que vivían en los territorios americanos también permanecieron leales a Inglaterra y mejor que quedarse en los nuevos Estados Unidos se marcharon a Canadá y desde entonces se les conoce como “Leales del Imperio Unido”. Entre ellos había alemanes, holandeses, ingleses... Casi todos se asentaron en lo que es hoy día Nuevo Brunswick y las demás provincias marítimas. Y naturalmente que la llegada de los “leales” ocasionó muchos quebraderos de cabeza para los franceses. En una colonia que había sido esencialmente francesa durante más de cien años se injertaba ahora una gran población inglesa.

El Alto y Bajo Canadá (Upper and Lower Canada). Siempre con la idea de evitar fricciones, el Parlamento Inglés legisla y emite el *Acta Constitucional* en 1791, por la que se divide la colonia en dos partes o provincias: Upper Canada (Ontario) y Lower Canada (Quebec). Cada provincia tendría un gobernador, un consejo legislativo nombrado para ayudar al gobernador y una asamblea legislativa formada de representantes

elegidos por el pueblo. Se garantizaba a los ciudadanos de religión católica los derechos adquiridos con el *Acta de Quebec*. Al mismo tiempo, y como compensación a los ‘no católicos’, vastas áreas de terreno del Upper Canada se retirarían como “reservas del clero”, y el dinero de su venta se destinaría al establecimiento de la religión protestante en Canadá. Se pensó que esta medida superaría todas las diferencias entre los franceses e ingleses.

Y una vez más, no fue así. El jaleo ahora parece que está motivado porque el poder de los gobernadores y de los Consejos era mucho mayor que el de las Asambleas Legislativas en las que los representantes del pueblo tenían su lugar. Bien es verdad que durante la guerra de 1812 - 1814 entre Canadá y U.S.A la gente tanto del Alto como del bajo Canadá (ingleses y franceses) lucharon juntos para mantener el país independiente de los Estados Unidos, señal indudable de que ya existía en el alma de todos la semilla modesta de ese pequeño orgullo de nación con idiosincrasia e historia por delante. Pero después de 1814 el descontento político volvió a aumentar. Y no lo ha dejado hasta este momento en que yo, como espectador imparcial, estoy escribiendo esto.

Ni el *Acta de Unión* de 1840 por la que las dos provincias de Upper y Lower Canada quedaban unidas, ni el *Acta Anglo-Norteamericana o Confederación* de 1867, por la que las provincias de Nueva Escocia, Nuevo Brunswick, Quebec y Ontario se confederaban con el nombre de Canadá y con la capital en Ottawa, han podido poner fin a las diferencias entre franceses e ingleses. Y ya veremos los resultados de ello.

II

Desde que en la terminología comercial, y con evidente desacato a las razones históricas y aun a la Historia misma, los americanos propusieron e impusieron el desagradecido nombre de Latinoamérica a los territorios americanos de habla española, con mucha razón –aunque con poco acierto la mayoría de las veces– se ha suscitado la ya bizantina cuestión de cómo llamar al grupo étnico *no* anglosajón y de habla precisamente española que cubre, con la excepción de Brasil, desde el río Grande hasta el estrecho de Magallanes. Razones más que ponderadas y suficientes se han esgrimido con paciencia –por los Pemán, Alonso, Madariaga, entre otros...– para, de momento, rechazar el término ‘Latinoamérica’. Me uno aquí a la preferencia de Julián Marías en lo de denominar “las Españas” a las repúblicas hispánicas de América, según la mejor de las tradiciones. De insistir en la pueril ascendencia latina –es absurdo el tener presente a la abuela bastarda, dejando a un lado a la madre legítima, apunta Pemán– con idéntica razón tenemos que incluir en el grupo de comunidades latinoamericanas al Canadá francés. Es una pena que una bella teoría se estropee por una jugarreta de la realidad, pero es así. Por eso se ha recomendado siempre al historiador tener mucha humildad y no desesperarse porque una bonita construcción, para beneficio de su capricho, se venga abajo por un dato real. La taimada animadversión que encierra el término ‘Latinoamérica’ aplicado a los países hispánicos, a “las otras Españas”, va muy de acuerdo con el hecho de que hasta ahora, y que yo sepa, nadie ha llamado ‘latinos’ a los canadienses franceses, cuando lo son con tanta plenitud como lo puedan ser los gachupines o los motilones de habla española...(¡!) O jugamos todos o no hay más remedio que romper la baraja.

Yo he dejado la discusión atrás hace mucho tiempo, y obro en consecuencia. El hecho es que ahí están los siete millones de franco-canadienses que reclaman unas diferencias, un tratamiento distinto, una concepción separada de la de los demás canadienses. ¿Hay razón para ello? Lamento defraudar a muchas mentes sedientas de sensacionalismo, diciendo que no lo creo así. Tal vez el fenómeno ecológico ejercido por la tierra americana ha borrado entre canadienses toda la diferencia que no sea la ostentada por la forma de hablar. Esto que en otros países llevaría consigo también una diferencia de cosmo-visión, de filosofía, aquí no. La tierra americana ha coordinado y reducido las diferencias vitales de sus habitantes, aun tratándose de grupos que usan para comunicarse lenguas tan distintas como lo son el inglés y el francés. Y por ello estimo que los franco-canadienses se quejan... de vicio. Reclaman una observación bajo distinto prisma de la que se esgrime con sus co-nacionales; infieren e intentan hacer que el mundo acepte que ellos son distintos; aducen para legitimar y atestiguar esta diferencia, influencias y prosapias europeas, cuando lo cierto es que ni existe una divergencia entre ellos y los angloparlantes lo suficientemente grande como para erigirse en motivo de estudio (no me interesan los errores de perspectiva o las apreciaciones miopes), ni hacen nada determinante para distinguirse en su actuación de los angloparlantes, ni maldita la influencia europea que uno aprecia en ellos y en su forma de ser.

A los franco-canadienses les pega magníficamente el papel de resentidos (nadie sabe de qué) y de incomprendidos (tampoco se sabe por qué) y se han endosado la tarea de seguir representando la bufonada que adquiere un volumen ya de criterio más que dudoso. A los latino-franco-canadienses (con poco de franceses, menos de latinos, y sin querer, según ellos,

ser llamados canadienses si esta palabra incluye a los demás también) les queda el derecho al pataleo y de verdad que lo hacen bastante bien. Atizados por los intereses de hombres como De Gaulle, su histerismo llega a alturas cómicas. Les encanta exponerse ante el mundo como las víctimas de la frialdad sin entrañas del capitalismo industrial de provincias como Ontario. Sacan a relucir su ascendencia católica e iconolatra para tachar de abusón al Gobierno Federal de Ottawa, imputándole una falta de atención y de interés a los problemas de Quebec...

La verdad, sin embargo, es muy otra. La verdad es que la gente de Quebec se viene a trabajar a Ontario porque en Ontario se paga más y las cosas están mejor organizadas. Los franco-canadienses, si quisieran, no tienen más que salir de la Confederación. Pero no quieren. No lo hacen –por lo menos no lo han hecho en todos estos años que llevan rezongando– porque saben que se sentirán perdidos sin el concurso y la ayuda del resto de Canadá. Están siempre amenazando con marcharse para ver si así les conceden más cosas y más privilegios. Y lo que pasa es que el resto de Canadá se está sintiendo muy harto del juego. De Gaulle les gritó “¡Viva Quebec libre!” y estos papanatas se engallan sin tal vez sospechar que son peones movidos por intenciones más soterradas de lo que ellos pueden percibir. Disidentes, verdaderos perros de hortelano, vetan un montón de proyectos federales por el simple gusto de llevar la contraria. Luego, claro, tampoco hacen ellos las cosas. Se enronquecen de decir que los recursos naturales de la provincia de Quebec son inagotables, pero no los explotan. Critican los signos externos colosalistas de los anglo-canadienses, pero ellos hacen lo mismo o más si pueden: Se compran los mismos coches, construyen los mismos hoteles, aspiran el mismo aire megalomaniaco, los mismos ‘status symbols’ o símbolos de prosperidad. ¿A dónde van a ir a parar estos *enfants terribles*?

III

Quedamos en que está de moda el espíritu de separatismo en Canadá a cargo de la provincia de Quebec. La pregunta que nos hacemos los observadores que no queremos tomar partido por ninguna postura, es la de rigor: ¿Quiénes y cuántos son los franco-canadienses que de verdad abogan por una separación de las demás provincias confederadas? En 1969, aprovechando la invitación de una amiga mía, hice la primera visita a Quebec ciudad. Mi amiga Denise es acérrima separatista. Ahora bien, la misma convicción con que ella se sostiene en su criterio, le lleva igualmente a confesar con pleno convencimiento que ve por ahora muy lejana tal realidad de separación. Además, me recalcó bien que por las malas no creía que se consiguiese nada. Denise es partidaria de la dulzura, de separarse pero quedar amigos. Sus razones tendrá ella.

En mi fugaz visita a Quebec, aquí y allí, en uno y otro sitio se observaron ciertas explosiones rabiosamente separatistas. Concretamente en los ambientes en que a mí me tocó hacer de crítico estas demostraciones se vertían en forma de canciones con contenido exaltado y cuasi subversivo. Por ejemplo, en un bailongo al que Denise me llevó contemplé a la juventud vividora tomando parte activa en las monsergas de fondo más claramente patriótico. Si la orquesta cambiaba de una melodía más o menos internacional, aséptica y sin carga afectiva determinada, a otra puramente franco-canadiense, curioso era ver lo bien que se aplicaban; los berridos que daban aquellos buenos mozos y mozas. En esos momentos parecían tocarles lo que de niños impresionables debemos llevar cada persona dentro. Y así no me maravillaron tales excesos de signos patrióticos.

Tanto la prensa como la televisión o la tertulia pública airean el problema de Quebec de muchas maneras. La creencia general y la que más crédito me inspira a mí, es la de que dentro de unos diez años Quebec se separará de la Confederación. Nos atrevemos a apostar por esto. A lo que ya no nos atreveríamos es a anticipar el futuro de Quebec bajo tal medida. Hace muchos años el 'premier' de una provincia canadiense del Oeste vaticinaba que Quebec se desglosaría dentro de siete ¡...! Los hay que dicen no ver posible tal separación hasta por lo menos dentro de cuarenta o cincuenta años.

De lo que no cabe duda es de que Quebec es una provincia camorrista a más no poder, bien a través del portavoz de unos pocos descontentos inconformistas (opinión que parece ser la más extendida), bien a través de una actitud general. La labor de un Prime Minister canadiense, Trudeau, hombre jovial y comprensivo, estuvo constantemente boicoteada. Las decisiones de Ottawa, es decir, las decisiones federales o paternalistas del gobierno de Trudeau encontraron siempre una horma dura en la provincia de Quebec. Frecuentemente Ottawa hizo público, por medio de Mr. Trudeau, el criterio de tener tal vez que restringir subvenciones económicas a la provincia de Quebec en lo tocante al presupuesto para información y comunicaciones radio-televisivas, debido a la constante propaganda en contra que tales medios informativos de Quebec hacían del gobierno federal.

Hace años, cuando Isabel II visitó Quebec, un grupo de separatistas anticiparon que harían todo lo posible porque tal visita dejara en la soberana el peor recuerdo de su vida, y hasta llegaron a declarar que, si hiciera falta, usarían la violencia para disuadir a Su Majestad de tales actividades sociales. Recuerdo bien que aquello provocó una revisión de los conceptos legales y penales de *disidencia* y *traición*.

Pero la labor más solapada y más perseverante en este espíritu franco-canadiense de segregación está caracterizado por el conjunto de convenios económico-culturales que los de Quebec pactan con Francia, sin dar cuenta de ello a Ottawa. Este es uno de los filos –el más cortante– de estas confederaciones en las que cada provincia tiene poderes prácticamente ilimitados. Sobre las decisiones a nivel nacional para toda la Confederación, aunque solamente Ottawa es la autoridad competente, a veces el distingo y la demarcación de tales funciones y poderes suponen meses de discusión que poco pueden hacer ante la realidad consumada. Y Quebec ejerce magistralmente esa prerrogativa tan mal precisada: La de la jurisdicción especial de cada provincia.

Francia, en su postura de atizadora de discordias, manda representantes –ministros, embajadores, etc.– a Canadá para entrevistarse o tomar tal o cual medida o acuerdo con las autoridades de Quebec, al margen del gobierno federal de Ottawa. Hace tiempo se exhibió en televisión la sede de la Embajada canadiense en París, discreta, sin aglomeraciones ni mucho menos; y lo que podríamos llamar la “Casa de Quebec”, también en París. Esta segunda es la verdadera embajada canadiense en Francia: Allí se imprime y se distribuye toda clase de propaganda en francés; allí se ve actividad a toda hora, como de gente destajista. Es, decimos, la verdadera Embajada canadiense en París que los astutos quebequianos han implantado.

En los últimos años, y a partir sobre todo de la sonada visita de De Gaulle a Quebec, una serie variada de convenios unilaterales se han firmado entre esta provincia y París. Y lo curioso es que Ottawa puede hacer muy poco sobre esto. La postura moderadora de Trudeau y del gobierno federal que él encabezó, lo más que pudo hacer fue mandar notas de queja al

‘premier’ de Quebec, lo cual dio lugar a engorrosas interpretaciones de la letra de la ley y del sentido de la Constitución Confederativa. Y vuelta a empezar.

IV

Los cuerpos legales o documentos constitucionales de las democracias norteamericanas –incluyo naturalmente a Canadá aquí– se pueden comparar a gigantescas pirámides cabeza abajo; es decir, que el texto original es una diezmillonésima parte de las enmiendas y añadidos que se les ha encajado posteriormente. Una de las pegas de la democracia, entre las incontables que para mí tiene, es la de querer prever y sancionar con una ley o regulación casi todos los actos humanos por normales que sean. Cada libertad que estos ilusos creen tener y cacarean tan cargantemente está basada en innumerables restricciones que dejan bien malparada a la supuesta libertad. El caso es que las leyes de estos países pretenden cubrir todo y, claro, así no se puede hacer nada. Del cuerpo legal idealista y paternalista en que suele consistir el original documento político de estas democracias, a la selva intrincada de preceptos que es la ley hoy día, va la mayor diferencia y es, en fácil paralelo, como hemos dicho, un tronco pequeño que soporta infinitas ramas más complejas y voluminosas que el tronco mismo: Una pirámide al revés. Si levantaran la cabeza los padres de las constituciones en cuestión, seguro que se morirían de asco y de hipo al ver el tinglado que sus sucesores han formado, sólo por llevar a contrapelo unos principios democráticos cada vez más irrealizables. Y como la realidad de la vida no se agota por muchas anticipaciones y tonterías que se quieran hacer sobre el futuro –estadísticas, estudios sobre la cantidad de hombres que se peinarán con raya en el año dos mil, etc.– resulta que se legisla y se discute sin parar.

Tampoco en el caso de Quebec las cosas pasan de ahí en el terreno de la dialéctica. En el terreno de los hechos, una minoría, evidentemente localizada, se encarga de poner un poco

de picante en el asunto colocando bombas en determinados sitios (la residencia del alcalde de Montreal, Mr. Drapeau, fue un sonado objetivo) durante periodos variables de tiempo que también suelen oscilar de acuerdo con la moda. Los petardazos de los separatistas son la música de fondo áspera al tiroteo de frases perfectamente inútiles con que se regalan los líderes de una y otra posición.

El problema más agudo gira en torno a la lengua. Naturalmente, si la separación se realizara, porciones más o menos numerosas de franco-parlantes que viven fuera de Quebec, y de anglo-canadienses viviendo en el Canadá francés, se encontrarían rodeados por una mayoría hostil y difícilmente abordable. Sin embargo, el peligro parece encontrarse más en los residentes de habla inglesa de la provincia de Quebec, puesto que quieren a toda costa salvaguardar sus derechos sin tener que abandonar el lugar de residencia. Otro ejemplo flagrante es el de la Universidad de Mc Gill, considerada siempre como el bastión más considerable de habla inglesa en Montreal. La tensión en este punto viene de largo si bien el meollo del problema se centra en la constante amenaza por parte de los extremistas radicales de Quebec de esterilizar a Mc Gill a menos que esta Universidad acceda a implantar una adopción oficial del idioma francés. Cosa que se dice pronto pero que implicaría un reajuste de programas y de profesorado suficientemente complejo como para no dejar ni rastro del sentido de tal Universidad tal y como existe hoy día.

Hablando de la lengua me parece haber insinuado la astuta maniobra de los franceses al escudarse detrás de esa pantalla y ponerla como excusa para sus sueños –¡qué sé yo!– tal vez de nación unida a Francia y compartidora de la grandeza irascible que De Gaulle vino siempre prometiendo a sus correligionarios. Digo que la diferencia de lenguaje, cuando éste es sentido con autenticidad, supone una visión del mundo

también distinta. Unamuno ha dedicado a este tema páginas irrepetibles: (“Creo, además, que el alma de un pueblo vive en su lengua y por su lengua, y que es ella nuestro tesoro espiritual; creo que se piensa con palabras y que cada idioma lleva implícita su filosofía propia, que se impone a cuantos le hablan; creo que la lengua es la sangre del espíritu y que la hermandad espiritual es lingüística; creo que en el principio fue la palabra y por ella se hizo cuanto es de espíritu y vida, y no materia inerte. Tal es mi fe”) Y en otro lugar: “Y sabido es que la lengua es la sangre del espíritu y que cada idioma lleva en sí una manera de concebir y aun de sentir el universo y la vida”, etc., etc.

Pensando unamunianamente, en los franco-canadienses nos esperaríamos una actitud diferente, una forma de vida distinta de la de los anglo-canadienses. Pero no es así. Mi visita a Quebec me lo confirmó. Quebec puede demostrar unos rasgos de distinción como ciudad por las construcciones y por las cosas que se hicieran hace muchísimos años: Casi ninguna obra de arquitectura o de arte por la que Quebec quiera recabar originalidad o distinción es creación moderna, hablando en tonos predominantes, que son los únicos posibles. La gente de hoy en Quebec y su forma de vivir se diferencia muy poco de los de Vancouver, hablen unos francés e inglés los otros. Por eso insisto en que el factor de la lengua está tomado como caballo de batalla, y los franco-canadienses van bien cómodos montados en él. Y una prueba elemental de que la parte del Canadá inglés es más autárquica y más autosuficiente es que, considerado el país como una unidad solidaria, sabiendo sólo inglés no le parece a uno que se hable otra cosa en ninguna otra parte; mientras que saber sólo francés le obliga a uno a recluirse en la provincia de Quebec. La regla es bien simple: Todos los franco-canadienses aprenden inglés, pero casi ningún anglo-canadiense sabe ni

aprende francés. ¿Qué pasará? La respuesta está, como todo, en el tiempo.

Los impuestos

I

En los países llamados democráticos ya se sabe que el Estado es mucho más fuerte que en los países donde no se estila tal forma de gobierno. El sistema de uniformidad social y de equilibrio entre el partido que manda y el partido de la oposición hace que teóricamente nadie deje de pagar los impuestos correspondientes. El peligro de chivateo o denuncia por los unos de las irregularidades de los otros y al contrario, garantizan hasta cierto punto el que no se haga trampa y todo el mundo se adapte a las mismas reglas. Para que un Estado sea fuerte tiene que tener dinero y encargarse de administrarlo. Tal es el caso de Canadá en donde los impuestos son proverbialmente terribles (de altos) y no parece haber remedio para que sea de otra forma. Si a los ciudadanos se les deja el dinero, entonces el Estado no puede administrar nada ni crear ni sostener los portentosos servicios públicos de toda clase de que alardean los canadienses. El juego, de puro simple que es, llega a ser irritante. A la masa dominante que ha elegido gobierno, este mismo gobierno la pregunta qué es lo que quiere de entre el orden de cosas positivas, como pueden ser la construcción de nuevas fábricas, centros de recreo, hospitales, etc. A continuación el gobierno saca el dinero necesario de esa masa de infelices contribuyentes y construye todo lo que sea. Eso en el mejor de los casos. En el caso normal el Estado sin preguntar a nadie descuenta en concepto de impuesto lo que le da la gana de los haberes de los productores y lo guarda para la ocasión que le parezca propicia.

Desde luego la mayoría de la gente acepta que el sistema es menos malo que en otros muchos sitios y, por lo que parece, el único para que las cosas marchen por lo menos. Tiene gracia,

naturalmente, que a este despojamiento por las buenas de la autonomía de la persona (esté o no de acuerdo sobre el asunto en cuestión) y a muchas cosas por el estilo se le llame aquí *libertad* (sobre esto se podría insistir sin agotar el tema). Aceptemos de momento que tanto el conservadurismo de los liberales –ahora en el poder– como el liberalismo de los conservadores –y no cuento un partidillo naciente que se llaman los Nuevos Demócratas– dan gusto a la mayoría y eso les sostiene. Además, como se dijo antes, la oposición se encarga de delatar cualquier fallo que tengan los que ostentan el poder. Ahora bien, es indudable que cuando una persona da a otro su dinero para que este último se lo administre –caso de Canadá con el Estado– no hay duda de que algo se queda pegado siempre entre las manos del administrador por muy competente y honrado que sea. Y Canadá no es excepción. Los miles de millones de dólares que el Gobierno recauda aquí, claro que producen algo que los ciudadanos uno a uno y separadamente no lograrían hacer. Pero también es verdad que la personalidad económica de cada individuo queda quebrantada de muerte y ha de contentarse con ver cómo su dinero sirve para alimentar una causa que le puede o no le puede gustar a él. Con todo, lo más curioso del sistema es la lucha sorda que se entabla entre el Estado que ha recogido los cuartos por las buenas y el pobre contribuyente que intenta recuperar del Estado lo más posible. ¿Cómo? Las maneras son muchas y muy variadas y no cabe duda que en cualquier caso el Estado sale ganando. Si un individuo siendo profesional paga el 25 por ciento de impuestos, digamos, al entregar su declaración de renta y contribución en los primeros meses de cada año, tratará por todos los medios de justificar la mayor parte del dinero que le ha quedado y que se ha gastado, y hacer que se lo consideren como *no* imponible. El dinero que uno se ha gastado y que en cierta manera pueda redundar en beneficio profesional o

académico hacia el país, se le considera libre de impuestos. Y la pugna consiste en hacer ver al Estado que cuando uno se va a Florida de vacaciones el viaje es oficial, de negocios en beneficio de la empresa, o de investigación en beneficio estatal, y por ende que tal dinero gastado quede libre de impuesto. Por eso en estos países cuando el Estado le ha despojado a uno de la tercera parte del dinero que gana –en el caso de un sueldo de un profesional, soltero– con el dinero restante hay que tener mucho cuidado y procurar darlo un cariz de interés estatal y hacer de esa manera que se considere no imponible. Claro que las oficinas de recaudación y comprobación de impuestos se las saben todas y que además siempre tienen las de ganar. Los impresos de declaración de renta que cada ciudadano productor tiene que entregar son de una complicación incalculable. Sólo el folleto explicativo de cómo hacerlo llena varias hojas. Hay personas especializadas en verificar los impresos por una cantidad módica pero aun así veo yo, y muchos otros también, que todo ello es una forma sutil de opresión por parte del gobierno ya que las leyes que éste crea son complicadas y son el fruto de un trabajo que ha estado haciendo por su cuenta con un equipo de especialistas y sin decir a nadie el secreto. Cuando su trabajo queda terminado en forma de ley, el desdichado contribuyente por mucha prisa que se dé a enterarse de la tal ley, no podrá nunca llegar a conocerla de forma que le permita competir con el Estado y buscarle las vueltas. Todos hemos pagado la novatada en forma de un montón de dinero que por lo pronto se nos ha quitado automáticamente y que luego, supuesto que nos hubiéramos hecho peritos en mil cuestiones relativas al sistema de impuestos, nos lo podrían haber devuelto. El juego no puede ser más sucio y aquí, como en tantos otros panoramas vitales, no cabe más que estudiar la forma de contrarrestar al enemigo y añadir una esfera más de conocimiento –el de los conceptos de

contribución económica al Estado— a la atribulada y ya de por sí compleja existencia de uno.

II

Cuando una sociedad se despoja estúpidamente de sus libertades individuales y se las da al Estado –tal es el caso de la democracia norteamericana que yo conozco– aparte de producirse una cadena de consecuencias doctrinales cuya discusión ahora no nos permitiría dar un solo paso más hacia adelante, ocurre también que si una cualquiera de tales personas quiere en un momento dado disfrutar de una pequeña expansión íntima, fuera de lo corriente, o por lo menos al margen de su tónica habitual de vida, entonces ese inocente extraordinario le cuesta un ojo de la cara. En Canadá la misma cosa hecha por uno o hecha por otro significa un coste de unas cinco veces mayor en el segundo caso. Un filete de solomillo comprado y cocinado en casa costaba un dólar; en el restaurante, cinco. Una botella de cerveza salía a unos veinte céntimos en la tienda; en un bar, de sesenta céntimos a un dólar. Y así todo. Con un solo servicio que los restaurantes o bares lleven a cabo ya cubren gastos considerables.

La realidad no puede ser más adusta, y es que el individuo está condenado –en parte porque así lo ha querido– a vivir dentro de los límites de sus habilidades y agenciárselo todo él mismo. Los servicios que se hacen fuera de casa cuestan un sentido; los arreglos de ropa o labores de tipo doméstico, también. De las comidas en restaurante, ya lo hemos dicho. Y todo así. Canadá es un país –el típico país democrático– en donde la excepción, la originalidad, el mínimo extraordinario o el salirse un poquito de la rutina se castiga inexorablemente teniendo que pagar una cantidad tan desmesurada que a la fuerza se le quitan a uno las ganas de tales alegrías.

Aquí las cosas son... psch... normalmente buenas, pero iguales. Me refiero a las cosas de comer y de vestir; a los aparatos domésticos y a los materiales de construcción; a los coches y a los sitios de recreo, etc. No me voy a meter ahora con la noción inquietante y metafísica del valor relativo de ciertas realidades cuando se asignan a todos los humanos. Por ejemplo, los mismos coches que todos tienen y usan producirían mucho más goce si se usaran donde nadie o muy pocos lo tienen. El valor y la capacidad del deleite que una cosa puede proporcionar no está dentro de ella misma sino que trasciende y se instala en las otras posibles personas usuarias de la misma cosa para operar en consecuencia. La intensidad de goce que nos produce está condicionada por la que produzca a los demás. Y no creo que haya nada más elocuente que este razonamiento para fijar de una vez la categoría de cosas, de las cosas que usamos tan mal algunas veces sin asignarlas su único rango de medios y nada más que medios.

No, no me voy a meter en el terreno de los valores subjetivos porque eso implicaría muchas sutilezas. He dicho nada más que las cosas que están normalmente al alcance de todos son vulgares, son iguales, y en el caso especial mío no producen placer, por la simple razón de que yo sé que todos somos –por definición– distintos y que el hecho de que a la masa le gusta algo ya me hace ponerme a mí en guardia y como resultado final prescindir de la cosa. Si los demás son distintos de nosotros, distintos de manera irreconciliable, y a ellos les encanta algo, desconfiemos como primera postura. La pregunta llena de sentido que cabe aquí es ésta: ¿Cómo se explica que tales restaurantes caros, carísimos, en donde comerse un solomillo cuesta cinco y hasta nueve veces más que comerlo en casa; y tales lugares de recreo y tertulia donde un paupérrimo traguito de licor cuesta hasta diez veces más también que lo que

puede costar en casa traído de la tienda; cómo es posible que tales establecimientos vivan y tengan clientela abundante como de continuo vemos? La respuesta es sencilla una vez que se conoce el tinglado económico de esta sociedad. Si uno se fijara como yo me he fijado en quiénes van predominantemente a los restaurantes y cómo pagan los que así van, se extrañarían como yo me extrañé de ver que los tales clientes pagan con fondos asignados de subvenciones estatales, o con fondos oficiales destinados a ciertos gastos de representación. Todo menos pagar de su bolsillo.

O sea que, en una sociedad donde el secreto está en que el dinero corra de mano en mano y produzca; en una sociedad donde al dinero se le da cien mil vueltas para evitar los atesoramientos estériles, etc., el Estado hemos visto que acapara inmisericordemente una inmensa cantidad de miles de millones en concepto de impuestos a contribuyentes, y que a éstos no les queda más remedio luego que intentar como sea recuperar la mayor cantidad posible.

De ahí es explicable que en Canadá la cifra asignada a ayudas de investigación a profesores, por ejemplo, sea tremenda. Claro que un profesor de rango medio regala al Estado todos los años la cuarta parte de su salario o más, y que el Estado, en el mejor caso para el profesor, no le devuelve ni la quinta parte de ese valor en conceptos de ayuda para sus actividades profesionales. Si a mí el Estado no me quitara lo que me quita cada año yo tendría dinero para acometer empresas de investigación mucho más amplias que las que he acometido con las modestísimas subvenciones que se me han dado después de rellenar cuestionarios penosos que son la primera valla que le ponen a uno para dejarle sin ganas de solicitar nada. Lo bueno es que cuando le da el Estado a uno una subvención parece un favor especial, cuando la realidad es que es la devolución –tras

forcejeos burocráticos— de una mísera parte de lo que el Estado nos ha quitado por las buenas.

Los restaurantes que sirven solomillos a seis dólares cobran sus honorarios casi siempre de esos fondos oficiales que se han asignado para el trabajo que sea de quien se come el filete. Es decir, que el comensal no paga de su bolsillo. Sólo le queda el consuelo de consumir y recuperar por tanto en especie una pequeña parte de lo que le han quitado. El dueño del restaurante paga al Estado los impuestos correspondientes —terribles— por la venta de ese solomillo y... vuelta a empezar la cadena. En conclusión, no hay quien pueda con el Estado.

El orgullo

La mujer que nos señala los verdaderos quilates de su valía es la que, después de entregarse a nosotros en su dimensión biológica, sigue manteniendo el fuego sagrado de nuestra inspiración. A la pregunta de los atolondrados: ¿Te casarías con una mujer fisiológicamente experimentada ya?, respondo yo: No entiendo. A la pregunta: ¿Que si serías capaz de enamorarte de una mujer...?, respondo: Tampoco entiendo del todo pero creo que puedo contestar. Lo primero es que no se enamora uno cuando quiere sino cuando ello ocurre. Luego la pregunta de: ¿Te casarías...?, o no tiene sentido, o tiene que ser necesariamente *sí* para toda la especie humana. Si aceptamos ello, y aceptamos imaginariamente estar enamorados, las demás preguntas sobran porque son consecuencia. El hombre enamorado es capaz de hacer cualquier tontería por la mujer, cualquier sacrificio, cualquier locura. Ahora bien, la mujer no se ensaña exigiendo de él tales trabajos herculianos, sino que más bien le pide que se case con ella. El amor es rey para el hombre. El hombre encuentra en el amor –en lo que tiene de impulso vital y directo– todo el predicado de la existencia. La mujer, no. La mujer necesita un cauce –la sociedad, el matrimonio, la institución en general– para que ese impulso vital sea manejable y aprovechable.

Cuando estos canadienses (algunos así me lo han confesado) admiten no tener orgullo o por lo menos no saber qué pueda ser eso a lo que los hispánicos damos tal nombre, se apoyan inconscientemente en una actitud general que informa tanto ésa como otras muchas facetas. El hispánico, en cada momento de actuación, decide qué situaciones humanas requieren el ejercicio de su orgullo para informar debidamente y salir airoso, al menos, consigo mismo, de la situación que sea.

Lo cual debe ser casi intolerable para los canadienses. ¿Qué monstruo de personalidad es esa –piensan ellos– que se permite esgrimir a discreción el privilegio del orgullo, vetar un punto de vista o una opinión o un programa contrario, y todo ello espontáneamente?

Los canadienses se horrorizan de tales reacciones, al tiempo de quedarse convencidos de que las reacciones y actitudes tuyas no son debidas al orgullo. Tal vez tengan razón y sus formas de comportarse se deban a una llanísima y pedestre estupidez. La jovencita canadiense que se niega enfáticamente a trocar el derecho a ciertos elementos efímeros de su femenino encanto a favor de un varón hispánico, por las compensaciones del tipo que sea de este último, tendrá muy por seguro en conciencia que así obra inspirada en principios de cualquier noción imaginable, menos de orgullo. Si se me admitiera que tales principios son de pura y chabacana simpleza, me conformaría y no seguiría adelante. Pero más bien creo que la impertinente marisabidilla que blasona –por donde quiera que va– de sus libertades democráticas, esgrime un género francamente barato de orgullo: Un orgullo que da por sabido y que no tiene que recrear ni averiguar o problematizar en cada momento; un orgullo de mogollón acomodaticio y postizo que le sirva de escudo para todas las ocasiones y sobre todo que la ahorre el trabajo mezquino de pensar cuándo, por qué y cómo se debiera ejercitar el orgullo genuino y recomendable.

El orgullo que esta gente entiende y esgrime como tal es una pésima interpretación de las facultades de las personas y cae, repito, en la categoría escueta de simpleza y cerrazón. La mujer canadiense que no se aviene a dejarse vulnerar amorosamente por el racial hispánico, o bien peca de orgullo en su ralea y tipificación más ínfima, o bien peca de insensatez, de llana y simple bobería. A la improvisación del resorte humano que

impone el varón hispánico en cada coyuntura, la hembra canadiense se pertrecha de una plataforma de principios mostrencos que de antemano admite y se apropia, y con la aplicación de los cuales, venga o no al caso, pretende resolver su elección responsable del momento. Es una demostración más del mismo fenómeno de individualidad insobornable por parte del hispánico, y de neutralidad acomodaticia y masificada del canadiense. El “matemos la vanidad y exaltemos el orgullo” de nuestro Valle Inclán desde luego que no iría muy lejos en la parte más norte, por lo menos, de Norteamérica.

Hipocresía

Las cacareadas medidas del gobierno de Canadá –y en general de los países democráticos– de ayudar a las clases pobres, despojando de un poco de lo suyo a los menos pobres o a los considerados ricos, es otra forma proterva de falsificar la realidad. No se trata de quitarle a uno el pesebre para que coma el otro –nos hemos quedado nosotros roncós de repetirlo– sino de crear un nuevo pesebre para el que no tenga. Hace dos siglos Malthus razonó una teoría con arreglo a la cual hoy estaríamos todos muertos de hambre. Y ni mucho menos. El planeta Tierra tiene los suficientes recursos para que los ricos sigan siendo ricos y los que no lo sean puedan llegar a serlo. El planeta Tierra, y en cada caso los países individuales, tienen la suficiente riqueza como para que no haya necesidad de quitarle nada a nadie para dárselo al otro. Y si esto no es así tiene que ser necesariamente por culpa de eso que se llama *política* que, en el mejor de los casos imaginables, no nos dejaría entendernos hasta no quitar toda la suciedad de encima de tal término.

Los países en cuestión tienen lo suficiente para que *todos* sean millonarios o ricos. Y si no, ¿qué efecto produce en un rico el hecho de que surja otro rico más?: Ninguno o (si nos metiéramos en distingos sutiles de perspectiva diferencial) muy pequeño. Todos caben. Todos cabemos. El pretender resolver la pobreza de alguien a expensas de lo que le arrebaten a otro es una torpísima manera de irresponsabilizar a ese supuesto pobre. Las democracias intentan ganarse votos –otro profundo y fétido error: El de suponer que el voto mío vale lo mismo que el de mi vecino– de la masa, creando y fomentando la irresponsabilidad y degradación espiritual de esos individuos-rebaño. La existencia humana da para que todos los habitantes de la tierra alcancen el máximo nivel en lo que a dignidad se refiere, sin que esa

excelencia y altura suya impida o perjudique a los chatos y miserables, a los perezosos e irresponsables. Este supuesto interés por el prójimo es otra forma –la más burda– de falsedad e hipocresía de los sistemas democráticos. La falsía, la tan extendida actitud en Norteamérica de pretender preocuparse de los demás mediante actos de ayuda colectiva, o planes sociales, o llamamientos en masa a la población del país en nombre de una solidaridad, etc..., no es ni más ni menos que eso...: Una falsía ramplona, pedestre y deslavazada de encubrir el fallo propio de la personalidad de cada cual.

¿Qué mejor colaboración –decimos nosotros–, qué mejor contribución al destino de la especie humana y qué ayuda más eficaz que la de rendir cada uno al máximo de sus posibilidades? Sale al paso providencialmente Unamuno con su brillante y sincera defensa del *yo*, en ese sentido profundo de considerar la propia personalidad como el campo más propicio para el planeamiento y ejecución de todas las facultades que se hallen en el hombre, sin tener ni mucho menos que salir fuera de uno para encontrar otro campo de operaciones. El que así sale de él (“*noli foras ire*”) descuidando eso suyo propio de lo que sí que debe ser responsable, y se pierde en vaguedades externas relacionadas con sus prójimos, en el fondo no hace más que irresponsabilizarse y abaratare. Por más que las hordas de la chabacanería, por más que las masas de mediocridades, así llamadas democráticas, pregonen su taimada y falsa letanía de principios (en apariencia cristianos) de concernimiento y ayuda a los otros, a nadie que sea medianamente inteligente se le puede escapar que eso es una traición y desacato a la primera de las responsabilidades: La de uno propio.

Unamuno dijo que todas las ciencias, que todas las disciplinas, actitudes, criterios y actividades espirituales, si esgrimidas rectamente, tienen el mismo fondo y la misma cita en

lo absoluto. La persona que descuida su *yo* en virtud de una supuesta atención a los demás –y al tiempo que evidencia su nulidad y vaciedad propias– es un traidor a la causa de la vida. Los canadienses y norteamericanos lo son. Así justifican su carencia de personalidad. Así se engañan y se drogan a sí mismos. Así nos quieren hacer tragar el anzuelo a los demás mortales.

La libertad

John, Mary y los peques han cogido el coche y se han largado a dar una vuelta. Para eso es domingo, claro, y no estaría bien quedarse en casa o simplemente hacer algo (alguna y cualquiera de las mil cosas que todo bicho viviente puede hacer) distinto de la consabida vuelta de rigor en coche en los días de fiesta. Se es patriota de muchas maneras, pero ésta –piensa John– debe de ser la mejor.

La verdad es que John anda algo abrumado: Los pagos a plazos de tanto chisme nuevo como han metido en casa, y el cambio de coche, [por decir dos de las aventuras financieras más típicas que todo buen ciudadano norteamericano siente el deber de correr cada tres o cuatro años] pesan lo suyo. Luego, los pícaros sistemas de satisfacción de deudas que imponen las compañías de préstamos con sus cuantiosos extra-intereses compuestos que se acumulan como bola de nieve echada a rodar Montañas Rocosas abajo. Y por si fuera poco, el fantasma del desempleo que este año parece más amenazante que nunca. ¡Bah! –piensa John– ¿Para qué preocuparse? Canadá es un país rico, libre, con recursos inagotables, y regido por la más justa y la más inteligente de las democracias que existen sobre el globo. ¡Qué caramba, ya sabemos que la vida es algo dura, y que se nos exigen ciertos pequeños sacrificios, pero bien merece la pena! - sigue pensando nuestro héroe, a medida que el coche rueda ufanaamente a cualquier parte. Total, en treinta y cinco años más la casa quedará pagada, y para entonces los dos –John y Mary– sesentones, estarán a punto de la jubilación con una saneada renta que les supondrá el generoso seguro de vida que están cotizando ahora- claro, claro, con bastante trabajillo, pero... ¿No merece bien un presente algo estrecho el futuro de holgura y de tranquilidad que tienen en perspectiva?

Sí, señor. La vida es prometedora y sonrío desde donde se la mire. Y si no, ahí están los chavales, dos, de nueve y seis años, llenos de salud y vigor, pecosillo el uno y más bien tirando a moreno el otro. Los dos han pasado ya por esas enfermedades normales de los chiquillos: Tos ferina, sarampión, escarlatina, varicela, etc. Sin embargo, lo que más contraría a su madre es que los dos tengan la dentadura lastimosamente estropeada. Hacen lo que todos los chicos de su edad: Comer guarrerías a montones y lavarse los dientes cuando se acuerdan, sobre todo, el pequeño, Bill. Tanto éste como el mayor, Johny, llevan puesto el aparato ortodóncico, naturalmente esto ya con finalidad estética. Dos años –ha dicho el dentista– y con un poco de suerte dispondrán de una dentadura medianamente igualada. Y es que no se pueden evitar las herencias biológicas –piensa Mary, que a sus treinta y un años ha perdido toda la dentadura. Y a propósito y bien mirado, lo peor de todo... bueno, se quiere decir que lo único malo de todo esto es el precio algo carín de los servicios del dentista. A ver, aquí no hay seguro que valga, y las tarifas corren que vuelan. Efectivamente, es un poco de monopolio dentro de la justa e inteligente república democrática canadiense, la mejor, la más comprensiva y la más considerada de todas las sociedades. Pero decíamos que la cuenta del dentista, después de desarreglar y arreglar bocas de padres e hijos subió a 6.200 dólares. ¡Caray con el dentista! Menos mal que no se va a él todos los días, y además se puede pagar a plazos, hasta quince meses. He ahí –piensan John y Mary, ahora al unísono– una de las ventajas de un país libre y próspero.

El coche sigue la marcha a trote dominguero. John está cansado y de buena gana se pararía en algún cafetucho o restaurante del camino a tomarse una cerveza. Ayer estuvo paleando nieve durante dos horas y se quedó exhausto. Todavía le dura el reseco. Sí, Canadá, y más específicamente, Ontario, es

un hermoso país si no fuera por los cinco meses de invierno crudo. Por cierto que este año el invierno ha sido un poco más largo, pero no suele ocurrir muy a menudo. Además, dentro de un par de meses la primavera se echará encima y todo será distinto. También es verdad que pasa uno algo bruscamente del frío al calor y que la humedad en esta parte del país es de las más altas del planeta. Bueno, todo es cuestión de acoplarse uno en una casa con un buen sistema de aire acondicionado... y a vivir. Y si se está por la calle, llevarse camisas de repuesto para cada hora. John tiene sed, como hemos dicho, y le apetecería horrores una cerveza. Ayer, con la paliza que se dio quitando nieve para dejar libre el acceso a la puerta de la casa, y con otras chapucillas más con que se enredó por la tarde, se le olvidó ir a la tienda, y cuando quiso recordar... pues... ¡Pero qué importa, hombre! Bien podría haber pedido prestadas un par de botellas a los vecinos, pero John no es de aquellos a los que les gusta molestar por cualquier cosa. Sólo llevan de vecinos cuatro años y medio y no es cuestión de ir a saludarles hoy por primera vez, con la embajada de la cerveza. Y que conste: Una de las cosas que de verdad John desaprueba de su provincia es la ley seca que rige en domingo. No, señor: El lunes hay que trabajar, y no es plan que el domingo ande uno con cervecito. Así que no hay más remedio que pechar con la ley seca. Vaya, no es para tanto: John abraza la íntima esperanza de que en las próximas elecciones de dentro de tres años el ministro que sea suprima esta... a fin de cuentas, explicable contrariedad.

El coche sigue roncando suavemente y tanto John como Mary sonríen complacidos. ¿Qué más pueden pedir de la vida? Bien: Se tendrán que conformar con un refresco convencional no alcohólico y una chuchería clásica. Allí delante hay un *drive-in*. Demonio, está lleno el aparcamiento. Paciencia. Es cuestión de esperar a que alguien se vaya. Así que, a dar vueltas y se

acabaron las complicaciones. Allá sale... no. Es uno que ha ido a coger no sé qué de la maleta del coche. Por fin queda libre un trocito de asfalto para John que felizmente echa el ancla con un airoso acelerón final en seco. No en balde es un Chevrolet nuevito y hay que lucirlo. Dentro del ventorro-cafetería-restaurante tampoco hay sitio y hay que hacer la inevitable cola. Aquí, niños, no alejaros de 'daddy' y 'mummy'. Se avanza lentamente pero con seguridad. Al fin les acomoda la camarera a los cuatro en una mesita muy mona, algo pequeña y llena de cacharritos. Y al ofrecerles el menú a la familia Smith, John puede estar seguro de que ejerce con largueza las prerrogativas que le brinda su país libre: Elige su hamburguesa con mucha mostaza pero sin cebolla y recalcando bien que la quiere poco pasada. Y la coca-cola con tres cubitos de hielo. Mary toma el café con doble *cream* y sin azúcar por eso de la dieta. Los chicos piden cualquier porquería. Ahora sí que John se siente feliz. ¿Qué mayor prueba de la libertad que su país le permite disfrutar que ésta de poderse comer su hamburguesa como le dé la gana? ¡Vamos hombre!

REPASO DE NORTEAMÉRICA

Aclaración

El venir a América supone a los ojos de los mentecatos la concesión gratuita de un don despampanante. Y más. Tal don se nos ha otorgado por las buenas a los que hemos venido, estamos y trabajamos aquí. Ni más ni menos. Ante los ojos discretos –únicos en considerar– de las personas sensatas, el trabajar en América o en el Polo o en Fernando Poo y obtener una compensación económica de acuerdo con el concepto de tal trabajo, no tiene mayor relevancia que la de pensar en un ingeniero, en un soldado, o en un maestro de escuela. Esto es, que cada uno gana, gasta, come, vive y piensa con arreglo precisamente a eso y solamente a eso: A ser ingeniero, maestro o soldado. Nada más tampoco, ni nada menos por este lado.

Claro que si tal consideración quedara así tan por las buenas encerradas en estos términos –los únicos– dialécticos, no nos tendríamos que quejar nadie. Y eso es ya demasiado lujo para el español, naturalmente. Veamos las pegas. Muy sencillo. Una persona que vale para ser maestro de escuela o administrador en una firma comercial siente el derecho arbitrario de quejarse de que no gana *en su trabajo* lo que (vaya, pongamos otro ejemplo pintoresco, que todo vale) un tenor. Ni más ni menos también. Por supuesto que tales personajes (y que cada cual piense en los representantes que mejor le parezca) siempre estarán preparados a aceptar una mejor retribución, y que naturalmente no esconderían la mano a la hora de recibir dividendos graciosos. Pero, ¿se han parado a pensar dentro de su impertinente calaverada que de lo que se trata es de que ellos hagan lo que hace el tenor?

Amigos, digámoslo ya sin más rodeos: El venir a trabajar a América es una gesta reservada a hombres con grandes posibilidades de aclimatación y no menor capacidad de sufrimiento, valores profesionales *concretos*, y un montón de cosas más que cada uno puede confeccionar con el menos severo examen de conciencia. De las innumerables razones por las que yo estoy trabajando en América (ganando, gastando, comiendo, viviendo y pensando con arreglo precisamente a eso) quisiera citar unas cuantas:

- 1°. Alguien tiene que hacer lo que yo hago. Y por cierto que no hay restricciones para solicitarlo. Hablo de América, ojo.
- 2°. Resulta que soy yo (y no el carpintero, maestro, ingeniero, etc. y etc.) el único que puede hacerlo. Allá con los que crean en la casualidad.
- 3°. Resulta que impulsando a la vida con un afán excesivo de liberalidad y de miramiento, tales elementos se han visto aquí por carambola. Y por casualidad han demostrado, muy cumplidamente, que no saben hacer lo que hago yo.
- 4°. Referirse a algo como “negocio” infiere que uno lo podría hacer también y tan bien, y que el no hacerlo se debe a la fatalidad de no verse uno colocado en el centro de actuaciones. Se demostró que en mi negocio no hay fatalidades.

Pensar con *resentimiento*, y ya termino, que un arquitecto cobra lo que cobre por hacer un puente, y que yo precisamente por ser (perdón otra vez) carpintero, profesor, etc... cobro lo que cobre, cae de lleno y peligrosamente en el bache de la envidia, y, ¡bueno!, ahora sí que es mejor no hablar...

Reflexión sobre la experiencia

I

Creo que mi estrella no ha sido ni malvada ni madraza. Del cangilón de dulzuras y pesares que es la vida me ha tocado parte de las dos medidas en una proporción como para no poder quejarme, ni tampoco bailar todos los días de contento. He conocido el acierto sin saber explicármelo y he llegado por eso a la consecuencia de que el mundo es mejor de lo que pensamos. He sabido también del amargor del fracaso, de la tristeza que produce el error y de esa desgana de vivir que nos empapa cuando algo simplemente nos sale mal. ¿Quién no ha perdido una novia y un buen empleo alguna vez?, ha preguntado un fino novelista. Y yo tengo que ponerme al lado de los que sí que han perdido ambas cosas; de los que cuántas veces han dicho esto o lo otro para después parecerle haber perdido la mejor ocasión de callarse. Y cuántos cálculos errados o vehementes que han conducido a una interpretación falsa del asunto que fuera. Poco trabajoso es el examen de conciencia con arrojo y sinceridad para demostrarse a uno mismo que caminamos a golpazo limpio con las cosas de la vida, y que ella, la gran maestra, no se cansa de romper palmetas en nuestras manos de párvulos. Y de este inmenso chorreo de trastazos y tentativas, de ocasiones perdidas y ocasiones encontradas, de amarguras a solas y sonrisas forzadas; de ese monumento mísero –y en nuestra poquedad, recordable– que es la vida, nos va quedando, según las autoridades, el poso aleccionador de la experiencia.

¡Ah, la experiencia! Hay quienes se descubren ante la palabra. Otros la invocan con reverencia servil. Quiénes la enarbolan para camuflar lo canijo de su pensamiento, confundiendo calidad y cantidad, inteligencia y rutina, rábano y

hojas. Cuáles no tienen opinión formada de ella pero por aquello de seguir la corriente se colocan en el grupo de los reverenciosos y se inclinan ante el vocablo. Para la mayoría del mundo el término ‘experiencia’ –tal lo vemos nosotros– invita a reacciones mercenarias, de adulator profesional. Todavía no he visto formulado por escrito el sentido más caro y más persuasivo que para mí tiene la noción de experiencia. En boca de los más (no sabemos cómo anda la cosa en su corazón) la experiencia parece ser una nueva fuerza creadora que opera en nuestro espíritu y nos conduce, nos lleva de la mano a través de los escollos de la vida, y nos aconseja de mil formas, ora apuntándonos el tono de voz con que debemos contestar a nuestro superior, ora cómo escribir una carta decisiva a la mujer elegida como fin de nuestro anhelo, bien sugiriéndonos el color de traje más propicio para que le digan a uno *que sí* en sus aspiraciones económicas, laborales o de tipo más elemental, sea para poder exclamar con suficiente aplomo ante los demás: “Miradme, ved en mí un hombre con experiencia”.

La experiencia así parece que debe ser entendida como un fluido agente, una fuerza creadora –repito–, una superreserva en acción que monta la guardia en los puntos vitales de nuestra voluntad, que engrasa las puertas por donde sale nuestra decisión, que empina la altura de nuestras aspiraciones... No amigos, no. Temo ponerme en frente de noción tan arraigada y tan grata para las mentes perezosas. De esta manera habría que entender que a más edad, más experiencia, como ecuación indiscutible; y si esto no es del todo repugnante a las cosas más elementales (las leyes físicas que vamos descubriendo poco a poco, por ejemplo) también es cierto que unos principios mal adquiridos se van engrosando y multiplicando en su error con el correr de los años. El hombre que aprende mal y enfoca mal una cosa, a menos que se le desvíe de este cauce, lo único que logra

con el tiempo es incrementar la nulidad del enfoque. La experiencia es, pues, un arma terrible de dos filos y en todo caso tiene que estar inspirada por la acción del genio y de una como infusa tendencia al acierto inicial, siquiera mínimo. El hombre que yerra es que ha elegido mal de entre sus posibilidades y necesita otra oportunidad. Y aquí es donde interviene la experiencia, no como una fuerza viva y valiosa que uno pueda ir atesorando, guardando bonitamente con los años, sino como una muralla quieta, como un muro opaco y mostrenco de substancia irrompible que resiste sin quebrarse todas las embestidas del error nuestro y nos invita a hacer examen de conciencia. La experiencia no piensa por nosotros sino que nos invita a pensar. La experiencia no nos regala nada que ella tenga en sí como patrimonio suyo sino que nos hace mirarnos a nosotros mismos y darnos cuenta de que en el fondo abisal de nuestras creencias brillan unas ideas purísimas y bienaventuradas que nunca olvidamos del todo, pero que los avatares y miserias de la existencia nos hacen soslayar y pretender prescindir de ellas. Cuando un hombre pierde una novia o un buen empleo y sale de la peripecia –dice– enriquecido con experiencia, ¿qué diablos se quiere decir? ¿No será más justo y más acertado confesar que uno se ha querido hacer el sordo a la llamada profunda de la vocación propia; que uno ha querido burlar el eslabón preciso en que le tocaba colocarse en tal momento dado? La experiencia, claro, estaba en nuestro camino –muro titánico de cemento armado, ya lo hemos dicho– y no ha dejado que siguiera la farsa. Nos ha hecho rompernos la frente y ponernos a reflexionar. Nos ha acusado de no hacer bien las cosas, aun sabiéndolas hacer bien.

En el fondo de nuestra alma yacen las ideas de lo bueno y lo malo. Cuando esgrimimos una cosa por otra y salimos descalabrados de la aventura nos queremos engañar echando la

culpa a lo imprevisto de la vida y compensar nuestro fracaso con la cantidad de experiencia ganada en el lance. Y en realidad, la mayoría de las veces está todo previsto. Ocurre que nos queremos sorprender diciéndonos un chiste que ya sabíamos. La experiencia ni pincha ni corta; está inmóvil, eso sí, interponiéndose en nuestro destino cuando le parece que ya hemos hecho demasiadas tonterías. La experiencia nos repite lo que hemos intentado olvidar. La experiencia nos dice lo que ya sabíamos. No crea sino que confirma. Menos respeto, pues, a la experiencia y más vida interior.

II

La reflexión que acabo de dejar formulada¹ nos serviría más bien de poco si no la apuntaláramos con esta siguiente, a saber: Que nuestra experiencia sólo es computable a partir de la segunda vez (obsérvese bien, no de la primera) en que hagamos algo, o en que algo nos ocurra o se nos haga patente. Tal vez mejor expuesto, que en puridad de justicia sólo debemos sentirnos responsables del todo a partir de la segunda vez en que algo acreciente nuestro acervo vivencial.

Pero la verdad es que ni después de este segundo intento formulatorio me parece estar plenamente en posesión de toda la trama y urdimbre de supuestos que se agazapan tan discreta como frondosamente detrás de la pantalla de nuestra indagación. Ha quedado todo dicho, y al tiempo percibimos que estamos manejando una materia escurridiza y proteica que se nos escapa una y otra vez sin que podamos encerrarla en la jaula, a medida, del concepto. O quizá se trata de algo de cuya más exacta noción deba posesionarse uno mediante tal o cual marejada intuitiva, abandonando de una vez por todas cualquier intento de abordaje analítico.

Hasta los teólogos más contumazmente estrechos han reconocido que es lícito probar de todo por lo menos una vez. ¿Qué se quiere decir con esto? Antes de nada, permítaseme reconducir la mente de quien me lea a la conclusiva frase del castizo cuando de exteriorizar el supuesto de una determinada amplitud de experiencia de la vida se trata: ¡“A mí lo único que me falta ya es montar en globo y que me den por culo...”!

¹ En un anterior ensayo sobre el tema vengo a decir en síntesis que la experiencia nos constata cosas “que ya conocíamos” de antemano.

Bien. Aparte de que yo opine que hay otras cosas que presentan igual o mayor dosis de peregrino exotismo que las dos apuntadas, lo que se quiere afirmar con juicio tan pintoresco como sazonado es que no parece extrañar a la humana naturaleza el poder entrar en conocimiento –o si se quiere, en apercibimiento– de casi todas las realidades o manifestaciones que la existencia despliegue. En otro estilo de formulación, recuérdese el algo más académico brocardo “nada que sea humano debe ser ajeno a mí” del poeta latino. Lo cual no tendría demasiado sentido si no atribuyéramos al hombre un primer derecho, el más original de todos, el más indiscutible de todos, de gastar su primera papeleta en procurarse una orientación en el camino de su experiencia.

Y es que, creo que se olvida a menudo que eso que se suele llamar *revelación* del hombre no es sino una de las más espinosas metáforas. La tal revelación la hemos venido entendiendo desde siempre los temperamentos desapasionados como la resultante en equilibrio inestable y en punta de dos fuerzas, cada una de ellas tirando en antipódico sentido: La fuerza de la experiencia, de lo ya vivido; y la de la intuición de lo aún no vivido. La experiencia tira hacia atrás y nos invita a ser cautos, yo diría que hasta mostrencos respecto de nuestras posturas a adoptar, respecto de nuestras previsiones. La intuición, por el contrario, nos catapulta hacia adelante sugiriéndonos predios desconocidos para ver dibujada sobre ellos la incierta parábola de nuestra vida. Confieso no concebir ni conocer otro tipo de revelación.

De esos dos ingredientes el hombre debe trabajosamente sacar la mejor unidad de sentido, la mejor baza para la partida que, en tanto que viva, está jugando. Y puesto que el hombre, finito él –y muy finito, por cierto– se halla colocado aquí en la vida mediante o por medio de o debido a poderes y/o

atribuciones infinitas, es justo que le demos al menos un cartucho de prueba antes de que empiece a contabilizar penalmente sus tiros a la gran diana del destino. ¿No es esto razonable y lógico? ¡Vamos, digo yo!

Por eso todos, más o menos confusa, más o menos lúcidamente, tenemos una idea de lo que significó para nosotros la primera cerveza, la primera masturbación, el primer cigarrillo, el primer coito, etc. Por muy evidente que en ciertos casos pueda parecernos nuestra intuición respecto a ciertos fenómenos regidos por leyes inexorables (valga como caso extremo: El de no intentar romper una pared a cabezazos, porque aun sin haberlo hecho nunca, *conocemos* de antemano esa como norma universal que determina la resistencia de ciertas cosas, el ladrillo, los huesos del hombre, etc.), por muy evidentes que nos parezcan, digo, a mí por lo menos me parece inevitable e insustituible esa primera vez de hacer algo para que las cosas puedan comenzar a computársenos como nuestras en el infinito tablero de la responsabilidad.

Ya sé que la maldad, la estulticia, las dos cosas juntas o la simple vocación de arribismo que parece animar la particularidad de ciertas personas, pretenden –siempre con miras a su propio enriquecimiento, claro– vincularnos obligatoriamente a ese compromiso que resulta de nuestro hacer algo por primera vez, de un lado; y endosarnos, de otro, unas desproporcionadas consecuencias que *sólo a partir de una segunda vez* se nos es dable asignar en justicia. Y por eso a mí siempre me ha parecido obsceno, perfectamente condenable todo aquel que se oponga a la *no* vinculación de esa primera vez de nuestro experimentar algo, a que la dejemos sin efectos en lo tocante a nuestro posterior devenir. Hagámonos a la idea, de una vez para siempre, de que para que nosotros podamos contar con las cosas de “ahí fuera”, del mundo, con el fin de pertrecharnos de la necesaria

sustentación y guía, no es bastante con que sepamos por intuición de su realidad, con que nos las imaginemos mediante la sola puesta en práctica de esa fuerza que opera en el hombre hacia adelante. Para que podamos contar con las cosas, al menos con ciertas cosas, es imprescindible haberlas hecho engrosar el vector de esa segunda fuerza que tira hacia atrás de nosotros: En una palabra, haberlas sometido previamente a la experiencia.

El mundo, efectivamente, está ahí, puesto ya antes de que nosotros viniéramos, y lo menos a que tenemos derecho es a que se nos permita jugar por primera vez con sus resortes, antes de que se nos pase la factura por nuestro buen uso o por nuestro despilfarro de tales recursos. Así, no nos sintamos avergonzados, no nos desilusionemos, ni mucho menos hagamos el caldo gordo a algún listillo de turno porque hayamos marrado el primer tiro en la verbena de la vida. La contabilización de los fallos –y ¿por qué no?, de los premios– empieza a partir del segundo cartucho.

Arrendar y comprar

En este dichoso país la abundancia de cosas parece quererle asfixiar a uno. Y es verdad. Bien es sabido lo de que “el que hace un cesto...” En norteamérica una vez que el mecanismo de la producción se ha puesto en marcha, es imposible pararlo; el monstruo de la oferta y la demanda se auto-mata y se auto-crea en una carrera sorda a todo sentido de la proporción. Para consumir es preciso producir, pero no es menos cierto que no puede haber producción sin consumo. Las cosas le atosigan a uno, le persiguen a uno, primero con arrogancia, pidiéndonos nuestros mejores y más enteros dólares; luego dispuestas a irse con el primero que las coja por una propinilla. Los saltos disparatados hacia abajo que pegan los precios de las cosas a final de temporada, cuando es necesario vender, vender como sea y tener sitio para las nuevas remesas, se explican de este modo, a saber: Que las primeras unidades de un artículo vendidas a su precio normal de escaparate, cubren gastos; lo demás son beneficios limpios. Por eso los almacenes acaban por casi regalar las cosas.

Son las cosas aquí –amigos míos que me leáis– como hetairas del placer venidas a menos que se cuelgan del brazo del primero que llega por... un poquito de calderilla. Y si la situación arrecia, ni por eso. (“¿Me dejas pasar contigo la noche? Mira, aquí en un rinconcito... Ni te voy a molestar...”) Así es como parecen hablarnos las cosas, en estos países de la abundancia. Y eso son ni más ni menos los saldos gigantescos, las “sales like whales” (liquidaciones como ballenas de grandes) de este continente. Si de mí dependiera –bueno, ¿para qué pensar en tales cosas?– por un rato el gobierno de estos asuntos, iniciaría la lucha de la resistencia a la compra, por el placer de ver cómo los almacenistas desocupaban o quemaban sus naves más que

deprisa con el fin de dejar espacio para el nuevo lote de existencias.

La creación de cada nuevo artículo produce una cadena de necesidades que empacha. El aparato que sale al mercado con el destino X requiere a su vez un servicio de vigilancia y mantenimiento que a su vez necesita otros servicios de repuesto... y así sucesivamente. Si se quiere evitar esto hay que cortar la primera cabeza, es decir, no permitir que se lance algo que en proporción con la tremenda inflación espiritual que representa no tiene la más mínima importancia. No me cansaré de repetir a los olvidadizos o a los que nunca se han preguntado cosas que duelen, las palabras de Ortega y Gasset: “Las gentes frívolas piensan que el progreso humano consiste en un aumento cuantitativo de cosas y de ideas. No, no. El verdadero progreso es la creciente intensidad con que percibimos media docena de misterios cardinales que en la penumbra de la Historia laten convulsos como perennes corazones”.

Yo no pretendo que doscientos sesenta y cinco millones de norteamericanos se decidan a seguir los preceptos de Ortega, pero sí trato por todos los medios de que la comunidad ecuménica de *no* norteamericanos se dé cuenta de los resultados que acarrea esta realidad de la superabundancia. En mí produce empacho y desgana y una tendencia reactiva fortísima y de signo contrario. O sea, que yo preconizo no tener nada...; lo menos posible. A las cosas hay que tratarlas como lo que son, sin más contemplaciones, y no dejar que nos esclavicen ni poco ni mucho. Hablo de cosas que no nos proporcionan ascensos de espíritu ni holguras en la alegría nuestra. La penosa impresión que producen en mí la mayoría de los hogares aquí viene de eso: De contemplar un montón de utensilios, mecanismos, chismes y cacharros por todas partes, en serie, productos anónimos de un monstruo paridor incontenible: La producción en masa. Lo

primero que esto supone es una continua reestructuración del gusto y del criterio. Hay que dedicar tiempo y esfuerzo en, digamos, especializarse para distinguir y separar entre tanta batahola las cosas de cierto valor de la quincalla. Y creedme, la quincalla chatarrera y cizañosa abunda de manera alarmante.

Hace años que yo he tomado partido en semejante dilema. Soy defensor a ultranza de las pocas cosas elegidas con todo el cuidado posible. Las buenas cosas no nos deben cansar. Un traje de hombre, bueno, siempre luce más que cuatro o cinco regulares. El mismo tocadiscos, bueno, me alegra más que cambiar de juguete cada tres o cuatro años. Y las cosas que más aptas son para la renovación y el cambio (como el coche) esas, por mi parte, no merecen la categoría de que yo las compre: Las alquilo. ¡Oh, sí, alquilar cosas! Este parecía ser el punto central de mi artículo y hasta ahora ni lo he tocado. Yo soy partidario acérrimo de alquilar casi todo en Norteamérica. Dejo a un lado a aquellos –los menos–para quienes alquilar presenta unas condiciones económicas un tanto rigurosas y molestas.

Repito que son los menos y que ahondando un poco en la verdadera capacidad monetaria de los tales resulta que en su decisión de comprar tal o cual cosa ha prevalecido su imparable deseo de *tener*, de poseer, de sentirse dueños de esa tal o cual cosa (No andaré tan descaminado cuando, según atestiguo yo, en los últimos años en Norteamérica se está lanzando una propaganda cada vez más intensa sobre la conveniencia de alquilar, en vez de poseer). En un continente tan vasto como éste, donde casi todo está tocado del mismo virus de uniformidad y rutina, el comprar algo a mí me parece un acto de claudicación ante la tiranía de las cosas. ¡Qué bonito es usar las cosas, sobre todo las cosas en serie e impersonales como éstas de aquí; lavarse uno las manos y largarse a cualquier parte! He aquí, según yo lo veo, la única manera de afirmar la independencia.

Porque ocurre (y no sé si llamarlo dramático o gracioso) que una vez que hemos adquirido una cosa no nos es fácil desprendernos de ella. Si somos los poseedores, sea, de una nevera y queremos marcharnos del piso que alquilamos, a menos que queramos venderla por un precio humillante o sencillamente regalarla –y aun así habría pegas– nos encontramos con que no nos podemos deshacer de la nevera tan fácilmente. Claro que la podemos llevar a un cementerio de trastos de desechos, pero eso cuesta dinero, el porte, tiempo... Guerra, guerra a las cosas. Opongámonos al avance de vulgaridad con que la producción masiva nos amenaza.

Melenarse o no melenarse: ahí está el dilema

I

Estoy en el comedor general, para estudiantes y profesores, de mi Universidad y me fijo, más atentamente que nunca, en que *todos* los hombres (hay que mirar dos veces para cerciorarse de esto, como a continuación se explica) llevan el pelo largo. Estamos tan acostumbrados a esta anomalía que sólo como excepción relato el momento en que me he detenido a mirar y asegurar a renglón seguido que, efectivamente, algo raro hay en el asunto. ¿Raro? Por lo menos para mí, que, joven en años –dicen– tengo convicciones arraigadas me parece que desde el principio del tiempo. Y una de ellas es que en la máxima diferencia posible entre los dos sexos estriba y radica el mejor goce, la mayor virtud y el más directo dramatismo de la vida. Que la mujer, desde la orilla lejanísima de su mundo de hembra se desvele por acercarse al varón a base de hacer tonterías, y que el varón haga lo mismo en sentido contrario..., me parece una bestialidad. Es una opinión, claro.

Ahora bien, al hablar del recorrido que la mujer tenga que hacer desde las márgenes de su identidad hacia las márgenes del hombre, he hablado moderadamente de *tontería*. La verdadera bestialidad está en lo que hace el hombre en dirección opuesta, es decir, hacia la mujer. Y es que el proceso de masculinización de la mujer lo veo más deportivo, más frívolo que eficaz. Y por eso hablo de las tonterías que puedan hacer las mujeres. Con ser tan aguda y tan vertiginosa la serie de signos externos que la mujer norteamericana está explotando para masculinizarse, por suerte para el hombre entiendo que el recinto donde se guardan las esencias bienaventuradas de la feminidad está mejor guardado de lo que parece. Una mujer por muy

masculinizada que esté no causa la impresión horrorosa que un hombre al mismo nivel –si es que fueran medibles tales nociones– de feminización. Y es que el cuerpo del hombre es más vulnerable y más “maleable”. Un cuerpo de hombre se transforma ficticiamente en uno de mujer con cuatro trucos; mientras que para hacer lo contrario, los trucos, hay que admitir que son un tanto más complicados. Y esto se puede sostener por muchas pruebas que podamos aportar en contra de tal teoría (piénsese en los personajes del teatro de nuestro Siglo de Oro y de otras literaturas).

Una mujer que eche a andar desde su orilla de mujer hacia los dominios del hombre tiene que dar muchas patadas –fumar muchos puros, beber muchas pintas de cerveza, decir muchas palabras gruesas y conducir muchos camiones– para que reciba la repulsa total del sexo contrario. Pero, ¿cuántos pasos tiene que dar el hombre hacia el señorío de la mujer para que lo veamos odioso e insoportable? Muy pocos. Hasta diría yo que uno solo: Dejarse el pelo largo.

Lo que invariablemente dicen estos caballeretes es que no por llevar el pelo largo dejan de ser menos hombres. Y yo les digo que eso es precisamente lo que, aun pudiendo discutirlo, no discute nadie, por lo menos no discuto yo, de tan sabido como lo tenemos. No se trata de discutir sobre la esencia última de las cosas que ni tocamos, ni vemos ni normalmente consideramos. Apañados estaríamos si en vez de manipular las cosas tal y como se nos presentan en la vida tuviéramos que entendérmolas con las esencias de los trastos visibles; reducir las cosas a esas purísimas abstracciones sin tiempo y sin espacio. No.

Se trata de que en el orden aceptado por la conciencia particular de cada uno hay cosas que repugnan ya en su categoría de manifestaciones, sin ir más lejos y sin importarnos mucho su substancia interna. Y a mí el pelo largo, –hablo del largo, de la

melena chorreante también; de los tazones de alfombra sucia de estas cabezas de ahora; hablo de los mostachos tupidos y grasosos y de las barbas de chivo picudas; de las patillas que cubren los carrillos de la cara y de las medias lunas y redondelitos de pelusa que tapan los cogotes enteros; hablo de los pelos largos e irreverentes; no hablo de aquellos a quienes se les ha pasado el día de ir al barbero y tienen que esperar hasta la semana siguiente– bueno, a mí el pelo así de largo en un tío me provoca unas ganas vehementísimas de partirle la boca primero y luego de afeitarse el melón.

El que un gobierno en pleno ejercicio del poder prohíba a los melenudos en su territorio en cuestión –tal es el caso de Albania– me parece una medida tan razonable y justificada como si se tratara de aumentar o disminuir los impuestos, declarar la guerra a quien sea, o construir una barriada de pisos. Tan dentro de la falibilidad se halla la medida de desmelenización como cualquiera de esas otras decisiones que el poder ejecutivo en función ejerce normalmente. Si yo fuera jefe de estado o ministro o el cargo que fuera con la nomenclatura que fuera, con tal de que estuviera acompañado de poderes de los buenos (no se rían ni se me extrañen los lectores: Hipótesis más tontas se barajan todos los días y nadie pierde la compostura), confieso desde ahora que implantaría una desmelenización craneana de manera drástica. E insistiría en que la cosa no tiene nada de bueno ni malo, como no tiene nada de malo ni de bueno el elegir el color del uniforme para funcionarios de tal o cual índole.

Y si fuera mujer (aparte de otros criterios no comunicables a mis lectores, a los que me adheriría)... bueno, no sé de lo que sería capaz de hacer a un melenudo si yo fuera mujer.

II

Un primo mío aboga por el campo de concentración, el pico y la pala para los melencidos hasta que se les cayera el pelo; solución y remedio que también veo cercana al sentimiento mío. Nada de malos tratos; nada de violencias. Que todo el mundo que me lea destierre de su mente las implicaciones macabras que lo del campo de concentración pueda conllevarles. Si todavía no se quedan tranquilos, pongamos por ejemplo el construir una carretera, o un ferrocarril, o un pantano. El complejo sintagmático “campo de concentración” tiene para mí unas condiciones semántico-gramaticales inmejorables: Campo, en el sentido de espacio libre, fuera de las ciudades. Concentración, porque los melencidos deberían estar concentrados ellos solitos, etc. Insisto en que la mejor manera de combatir esta invasión peluda es la de quitarle toda la importancia personal.

Si un gobierno crease una ley de “pelo al cero” contra los *Hippies*, basando tal proceder en razonamientos biológicos como el de que el hombre debe ser así y la mujer asao, etc., vaticino un fracaso tremendo para tal ley. Lo que precisamente quieren estos pollos es que se les ataque recurriendo a la consideración de lo que sea la esencia o substancia de la virilidad de que antes hablaba, y tener ellos así la mejor defensa con que oponerse, toda vez que tales abstracciones de *virilidad* y *hombria* son demasiado profundas para cogerlas, observarlas y opinar sobre ellas. Además, una medida de ese tipo, basada en tal criterio provocaría las quejas y las compunciones de estos anglosajones sensibleros para quienes la libertad humana es intocable, aunque en la práctica te destruyan tal libertad de mil burdísimas maneras.

No, nada de alegar principios discutibles o apelables al corazón de estas mentes pintorescas (Bien es sabido que los anglosajones son capaces de dejar morir de asco a una persona porque la ley ha previsto cierto tipo de asistencia social y despersonalizada; pero que derraman mares de lágrimas cocodrilicas cuando un gato estúpido se mete bajo las ruedas de un coche. Y no digamos nada de la institución de sus animalejos domésticos...) Nada de darles pie a que saquen en candelero los más remotos supuestos de los derechos humanos. Nada de eso.

Se trata de emitir una ley de afeitado con la misma asepsia con que se emite una nueva serie de sellos. Y además, hacerlo ver así, que es tan deliberadamente caprichosa como todas las leyes. Y en cuanto a que la ley deba ser justa y necesaria y todas esas cosas que aprendimos en nuestros libros –¿de qué, de Lógica?– hace varios lustros, desafío a que se me demuestre otra ley más justa y más necesaria que la de “desmelenizar”. Si fuéramos todos sinceros se vería cómo muchas de nuestras regulaciones y leyes son tan necesarias como la que yo propongo, pero no lo son ni una micra más. Y creedme, amigos míos, dándole forma y fuerza de ley nadie se podría llamar a engaño y se evitarían reticencias y susceptibilidades.

¿No es la ley un capricho de orden, todo lo necesario y justo y razonable, pero al fin y al cabo capricho del que tiene a su cuidado la comunidad? Pues hagamos una ley también de nuestro deseo de no ver melenas en cabezas de hombre, y si alguien se empeña en encontrar frívola o poco meditada nuestra razón, hagámosle ver que se trata de proteger la vista del observador de buena fe que no quiere dedicar más el tiempo necesario en enterarse de si es macho o hembra el objeto de su mirada. Puesto que el mejor pretexto o justificación sensata de una ley así da la casualidad que parece ser lo más vulnerable, defendamos tal medida deportivamente, con alguna razón que no

deje lugar a dudas sobre nuestra competencia... Si yo fuera gobernante durante una semana nada más. Ah, ... si yo fuera...

Y no hay más remedio que tragarse a los barbudos y a los melenudos. Y que abundan como la cizaña. Y que se empeñan ellos en que su actitud encierra una cierta filosofía... (¿la de la guarrería?, pregunto yo, timidín). Aquí, hoy, en el comedor, dominando la situación desde la parte de atrás me he llevado el berrenchín de ver tíos y tíos lanudos y no poder mellar un par de tijeras de esquila carneros a base de trasquilones a diestro y siniestro. Pelos largos, largos de los que se dejan crecer y ya está, sin más complicaciones; melenitas apelotonadas en el cogote; patillas gigantescas como las cachas de un revólver desmesurado; ricitos; toda suerte de formas de almacenaje de pelo; toda serie de amontonamiento de pelo; todo menos una patilla como debe ser y un contorno sobrio y recortado como debe ser. Y más barbas lacias y sucias; y más bigotes nicotinados; y más cogotes invisibles bajo la mata de pelo; y más orejas camufladas también bajo una alfombra de pelo. Unido esto a la pinta francamente innoble que suelen llevar aquí los estudiantes (y algunos profesores) –pantalón de tubo acordonado por las corvas, pelliza mugrienta todo terreno, etc.– el panorama humano es francamente detestable. Lo dicho: ¡Qué pena, qué pena de campos de concentración...!

¡Ni falta que hace!

He profesado diez cursos en Universidades de Norteamérica y he tenido tiempo más que suficiente de enterarme bien de las cosas en las que esta gente son magistrales, insuperables. Lo más normal, lo que está a la vista y para el uso de todos: Carreteras, edificios, construcciones, servicios públicos, etc.... son realidades contra las que muy pocos pueden competir. Lo que es natural en el continente norteamericano puede hasta parecer patológico en otros países de menos envergadura. El tema de mi reflexión hoy arranca de esta visión de las realidades colosistas de estos prójimos, y de mi convencimiento de que temperamentos y voluntades, digamos, como las españolas no se podrán poner nunca al nivel norteamericano en lo que respecta a los logros enumerados arriba y otros por el estilo.

¡Ni falta que hace!, gritará alguien que me lea. Y efectivamente, ¡ni falta que hace!, digo yo desde el fondo de mi sinceridad. Pero más que aferrarnos al jocoso y expectorante ¡“Que inventen ellos”! unamuniano, equivalente al ¡“ni falta que hace”!, y quedarnos tan tranquilos, conviene decir que mi punto de vista es más atractivo, o al menos, más explícito. Esto es, que al tiempo de reconocer que es tontería tratar de competir con estos gigantes en cosas en las que son especialistas, sí debemos nosotros invadir su terreno con cosas y nociones de las que y en las que nosotros somos los amos.

Me fatiga y me irrita pensar que haya quien crea por las buenas que todos los humanos estamos de acuerdo sobre cómo deban ser las cosas. Si hacemos la papanatada de tomar a Norteamérica como modelo, nos hemos lucido, porque en las cosas en que esta comunidad de terráqueos va en cabeza, creo que son inalcanzables. (“¡Ni falta que hace alcanzarlos!” De

acuerdo, de acuerdo, señor mío. Eso mismo digo yo) Nos sacan tanta ventaja que... Y además, espíritus ingenuos parecen ignorar que mientras que nosotros avanzamos a nuestro pasito, ellos, los que van delante, siguen avanzando más, mucho más deprisa todavía.

Debemos, por lo menos los españoles, dejarnos de una vez de complejos mezquinos y de criterios un tanto serviles en lo que respecta a la estimación de ciertos supuestos valores. Concedido que gastar nuestro esfuerzo y nuestra vida en seguir las líneas trazadas por los que más saben de ingeniería y construcción, es estéril. ¿Por qué no exportamos nosotros de lo que sí que tenemos: Ideas, sol, sombreros, casticismo...? Esto no es una vuelta a lo primitivo, sino que muy al contrario, lo entiendo yo como un sano deseo de atajar cuanto antes una especie de inflación espiritual que nos ahoga. Los norteamericanos exportan a macha martillo las cosas que producen e inundan el planeta con ellas. Y no creo que se pueda decir que tales cosas son más recomendables que las cosas de que disponemos en España en gran cantidad: Sol, talante, actitudes, formas de vida, ideas distintas. ¿De dónde se ha sacado que lo suyo es lo exportable y lo nuestro nos lo tenemos que comer con patatas? ¿A santo de qué tolerar esta horrorosa presión que supone el ver y oír el nombre de productos americanos en la radio, en la prensa, en la televisión, en el canto de los pájaros, sin por lo menos contestarles con otra andanada de propaganda de la misma intensidad aunque de sentido inverso? Cuántas veces tengo que confesar haberme puesto mohíno al ver que la palabra española podría encajar mejor que la norteamericana de turno en la publicidad o en la simple difusión de una cosa; que la realidad española es más llamativa y cordial que la equivalente norteamericana en el asunto de que se trate. Y sin embargo hay que tragarse el producto –de las manos

o del cerebro– norteamericano. ¿Qué exportan ellos?: Planes y métodos cargantes, pero más que nada cosas, cosas que encubren taimadamente la idea recta que del progreso debe uno tener. ¿Qué es la cultura norteamericana sino una máquina en cadena que coloca en todos los países del mundo las mismas ideas –cuando las hay–; las mismas cabezas cortadas a cepillo; las mismas punteritas mira-al-cielo y brillantes de los zapatos de los mozarrones; las mismas pecas de las jovencitas no tan jovencitas; los mismos rubios platinados de las arriscantes abuelas con siete maridos en la lista oficial, etc., etc? Venga, hombre, menos reverencia a tanto mogollón y tanta quincalla. Entre esto y suponer que todos los españoles somos “togegos o tourirous” y que todas las mujeres se arrancan por sevillanas, etc... me quedo con esto último nuestro; por lo menos me produce risa. Lo otro me empacha.

Dejemos de competir con los norteamericanos en sus habilidades. Nada, fuera, nos damos por vencidos en lo de hacer puentes y aviones, y lo que quieran. Somos tontos por jugar siempre en campo contrario. Somos bobos de remate por pensar que lo de los demás es mejor que lo nuestro. Aguantémonos nuestras ganas de piedad y de ascetismo por una vez en nuestra historia y sin negar a los colosos norteamericanos su supremacía en lo que sea, en lo que ellos quieran, declaremos a renglón seguido que eso en lo que ellos son los primeros y que aceptamos sin más discusión, es de lo que precisamente ni un loco se preocuparía en España. Lo nuestro son formas de vida, demasiado sutiles y entrañables para estos gañanes. Y cuando nos metan por las narices sus aparatos y sus máquinas y sus rentas per cápita, cerrémosles la boca con un “¿Y a mí, qué?” ¡Hala!, el que pueda exportar españolismo, que lo exporte como sea. Y el que no, por lo menos que no asimile las tonterías de los norteamericanos.

Las cosas, claras

Hablando hace algún tiempo con un conocido mío, que me ofrece gran crédito espiritual, llegamos –llegó él, mejor dicho– a la conclusión de que la obra de mayor lucidez que la civilización moderna norteamericana ha producido es el \$, el *dollar*. Ahí se cifra el invento o el resultado de una cadena de descubrimientos de los norteamericanos. Y esto que a primera vista parece un poco frívolo o volandero, es la pura verdad - pensaba yo más tarde cuando rumiaba el contenido de nuestra conversación.

El *dollar* (\$) es, pues, el producto último de todos los factores que han intervenido en la formación de esto que hoy llamamos Norteamérica o Estados Unidos y Canadá. Es como si un estrujón de las galaxias se hubiera aplicado a esta comunidad de gente, a lo largo del tiempo y a lo ancho del espacio, y como precipitado final, como última cosa decantada... ¡plom!, cayera el dólar, la moneda más proteica y más canjeable del planeta; y la más manejable y la más reconocible. Una gran moneda, aunque se hable de papel-moneda. El dólar se cambia por todo, es lo más estirable y flexible. Se le reconoce antes que a ninguna otra divisa y su entrada en sociedad es segura, sin vacilaciones. Mientras que a otras monedas, económicamente más débiles, se las mira y remira, se les cambia la posición de los picos y se las vuelve a mirar al trasluz; y luego le miran al portador, y luego otra vez al billete, etc.... mientras que todo esto ocurre, digo, a su majestad el dólar le basta una primera presentación para granjearse la confianza de los más duros y recelosos guardianes de la legalidad y de la compostura. Al dólar se le conoce en todas partes: Vestido de beduino o de esquimal; vestido con guirnaldas olorosas de los mares del Sur, o con traje de calle en cualquier capitalita europea; en cualquier lugar de la tierra, por poco

hospitalario que parezca el paisaje en cuestión. El dólar es el testamento norteamericano para la posteridad.

Y sin embargo, algo penoso y trágico acompaña siempre el destino de las grandes cosas. Porque trágico es, en verdad, el que a uno le tengan que producir en un sitio y consumir en otro; o si a alguien no le parece bien del todo lo de trágico, digamos atípico o sospechoso. Porque el curioso destino de Norteamérica es que produce los medios para divertirse mejor que nadie... ¡en otro país! La facilidad y abundancia que existe en Norteamérica para ganar dinero comparada con la cantidad de compensación que produce y compra ese dinero allí mismo, es una de las proporciones que, debidamente estudiadas, más luz arrojan a mi entender sobre la grandeza y la miseria conjuntas que oprimen y acompañan, una a cada lado, la vida de este coloso. O sea, que en el país donde más fácilmente se gana dinero, es donde tal dinero reporta proporcionalmente menos alegría y menos expansión a cambio. En Norteamérica se gana, pero todos tienen bien aprendida la lección de ir a gastárselo a otra parte.

¿Cómo y por qué es eso? Muy sencillo. El norteamericano produce dinero a través de su trabajo el cual ha glorificado. Pero no se me malentienda y se tome esto de glorificar el trabajo como una virtud sino como la más roma de las torpezas cuando está originada por lo que está, en el caso de los norteamericanos: Por no saber hacer otra cosa, por no disponer en su país de otras cosas, por carecer de la cultura y de la historia de los pueblos viejos que pueden o pueden no tener dinero, pero que conocen y saben la forma de gastarlo y una gama de refinamientos que no cuestan necesariamente una fortuna. Los norteamericanos van a Europa y a los países con solera para mirar a la vida y aprender que el trabajo produce dinero, pero que no es todo; que luego les queda la sutil y difícil asignatura de saber qué hacer con el dinero. He ahí la creación

de Norteamérica: El trabajo que a su vez genera a la producción y ésta, a su vez, el dinero. Y el trabajo, cuando es lo único que se sabe hacer deja de pertenecer a la categoría de lo virtuoso y estimable.

Los que trabajamos en Norteamérica –me es ocioso decirlo– encontramos cierta compensación favorable en el dinero (¡estaría bueno que se desplazara uno a destripar terrones a seis mil y pico kilómetros de su casa para ganar lo mismo!), exactamente igual que los norteamericanos se aprovechan de nuestro sol, de nuestra manera de respirar y vivir. Y para las mentes menos penetrantes que puedan pensar que hay cierta desproporción entre las vacaciones de un mes que suelen tomar los extranjeros en Europa, y los años que muchos europeos llevan trabajando en Norteamérica, les recordamos que los niveles de cantidad y calidad son independientes. “Siglos de merecimiento/truero a puntos de ventura”, dejó dicho Ruiz de Alarcón. Y es verdad. Las cosas que gustan, consumen en un momento el trabajo de semanas y hasta de años. El hombre está condenado a sacrificar en un punto tal vez siglos de merecimiento y de esfuerzos. Y aquí sí que está la verdadera proporción. Y para los desmemoriados, se recordará que son muchos más los norteamericanos que acuden a Europa –por lo menos a España– que los europeos –por lo menos españoles– que se aprovechan del trabajo en Norteamérica, o lo que es lo mismo, de su último y más conspicuo resultado: El dólar.

Así que dejémonos de criterios pusilánimes y digamos cuatro verdades a quienes siquiera intenten sugerirnos monsergas de superioridad. Si los norteamericanos nos hacen el favor –según ellos– de dejarnos ganar su dinero, nosotros les hacemos el favor todavía más grande de dejárselo gastar en nuestra propia casa y permitir que no se mueran de asco en la suya.

Canción norteamericana

Cantemos al dólar, rey del mundo, verdadero señor de todo lo creado, omnipotente mandamás, etc., etc. Cantemos al dólar por su maravilloso color verde que no se termina nunca de despintar y por su forma alargadita y manejable; tanto si está doblado en montones o estirado en fajitos apretados y abultados por el medio, sujetos con una goma a cada punta, como si está metido en bolsas de papel especiales. Por el buen gusto que tienen los gobernantes de todos los países de retratarse en las superficies de los billetes o grabar las caras de otros jefes de Estado, o presidentes o regentes o reyes o príncipes o lo que sea, pasados, y lo bonito que es descubrir en la portada de los dólares la cabeza noble y barbuda del buen Lincoln, por ejemplo.

Cantemos al dólar por lo maravillosa y astutamente que lo han confeccionado los de la Casa de la Moneda de U.S.A, al ponerle una contraseña entre capa y capa y que con sólo mirarlo al trasluz nos permite saber si se trata de un billete bueno o de los de pega. Porque los pícaros de economistas lo calculan todo en dólares y a las demás monedas, más discretas o menos pudientes, que las parta un rayo. Porque cuando se barajan rentas ‘per capita’ (o sea, la cantidad de pasta que cada prójimo dispone para machacar) todo se basa en saber si se pasa o no se pasa de equis dólares para asignarle a uno la cargante palabrita de “subdesarrollado”. Porque en las mentes mezquinas de unos y de otros al dólar se le asigna un poder sobrenatural, y es que no contentos algunos con que cada dólar equivalga a equis pesetas, se empeñan en que ganar mil dólares, digamos , al mes, es más que ganar equis por mil pesetas, por más que los hombres de buena voluntad nos desgañitemos en asegurarles que desde la invención de la aritmética lo mismo da una cosa que la otra.

Cantemos al dólar porque, siendo un verdadero magnate, se permite muchas veces el lujo de vivir de incógnito, de cartera a cartera en el mercado negro; de tapadillo en las conversaciones entre directores generales y directorcillos; entre banqueros, compradores, vendedores, importadores y exportadores. Porque a la pregunta de: “¿Podría comprar tal o cual?” suele seguir “¿Tiene usted dólares?” Porque después de volvernos a desgañitar, siempre por penúltima vez, recordando y encareciendo que en los números no hay truco, nunca faltarán bobalicones que al comparar un sueldo de mil dólares de John con otro de ciento veinticincomil pesetas de Juan, digan: “Sí, sí, pero John gana en dólares”, y no haya forma de apeales del burro por más saliva y buenos oficios que consuma uno.

Cantemos al dólar porque es quizá la única moneda que se puede transformar en cualquier país del mundo por ciertos servicios de compañía y expansión espiritual a cargo de las mercenarias de la hetairía, servicios que, como es sabido, deben ser abonados sin salir del establecimiento y al más riguroso contado (incluida la propina para la persona que siempre suele estar en el secreto, etc.) Porque en los tableros y paneles de Bancos, oficinas de Cambio, aeropuertos, estaciones de ferrocarriles y centros oficiales de Bolsa, Míster dólar encabeza siempre la clasificación y porque su valor suele ser más estable que sus compañeros de toma y daca.

Cantemos al dólar por el simpático signo con que se identifica, esto es, la rechoncha *ese* \$ atravesada por dos palitos; y también por la reluciente bolsa de cuero atada por arriba, echando como destellos del oro que tiene dentro, y sin faltarle la *ese* con la panza atravesada por los dos palitos de marras.

Cantemos al dólar porque en las colas de los despachos de cambio de cualquier país, por dejado de la mano de dios que esté, mientras que a los infelices que llevan su dinerito de casa

les miran y remiran y hasta les toman la presión sanguínea, a los portadores de dólares (“¡Oh, dólares americanos!”) les tratan divinamente, les ponen la ‘alfombra encarnada’ para que pisen y solícitamente les despachan sin un mohín de desconfianza; y porque hasta los mismos ‘cheques de viajero’ en dólares inspiran respeto –aunque menos– a todos los manejantes de papel divisa. Porque hace tanta ilusión a los criterios ignaros el decir que están locos por conseguir dólares (“¿Sabe usted, es que voy a Francia, y me han dicho...?”) cuando hace ya varios años el cambio no tiene complicación en ciertos países y las pesetas son suficientemente buenas para la operación de transformarlas por la moneda que uno quiera, y nadie se mete con nadie sobre si se sacan tantas o cuántas; y en todo caso no se justifica el penoso tinglado de influencias y amistades que hay que mover para que le cambien a uno un puñado de dólares en su propio país...

Cantemos al dólar porque hasta los negros lo conocen, y porque en un Banco de Gao, ciudad del territorio de Mali, en el Oeste africano, a donde fui a parar con mis huesos pecadores, comprobé que los funcionarios sacaron una lista muy apañadita, escrita a máquina, con las paridades de algunas monedas, encabezadas por Su Excelencia el dólar. Porque hace gracia oír que se pronuncia y escribe como le da la gana a cada uno: dólares, doláres, dolláres y sin embargo todos se entienden estupendamente en esa jerga.

Cantemos al rectángulito de papel acuñado que llamamos dólar porque sin su capacidad de divisa cotizabile los reyezuelos y capitostes de países a los que se les ha puesto un nombre para apuntalarles su precario ser, no irían en coches picudos y largos, ni sus señoras ensayarían un amago de estrangulamiento luciendo las pieles de visón alrededor de la garganta.

Cantemos al dólar porque nos proporciona la inocente alegría de cerciorarnos de que la cantidad que tenemos en el Banco no es de lo que por un momento tuvimos la mala suerte de soñar, sino que se trata de una cifra ciento veinticinco veces mayor, etc.

Sí, sí, cantemos a coro al dólar porque sin decir una palabra son las estampitas que mejor prensa tienen en el mundo aunque hablen bien de ellas.

La verdadera diferencia

El lema publicitario de “España es diferente”¹ que el Ministerio de Información y Turismo español lanzara creo que ha sido un acierto substancial. Y lo mismo digo de la contraseña identificativa de “La rosa y la herramienta” que las líneas aéreas Iberia adoptaron como marchamo y como criterio de funcionamiento. Se ve que detrás de estas síntesis bellas y sobrias existía un equipo de mentes capaces que no dudaría yo en resumir en la persona de nuestro ex-ministro Fraga, de tan cualificadas y altísimas dotes.

El adjetivo *diferente*, normal para la vida española, es lo más caro para la norteamericana. En España todos contamos con el contraste, la variación, la diferencia de un sitio a otro, como la cosa más natural. En Norteamérica, donde una espantosa uniformidad de ambiente ahoga el campo de la visión y del espíritu del forastero, la palabra *diferente* es una especie de noción mágica que los norteamericanos manosean y trajinan sin llegar a poseer su sentido.

En efecto, es penoso observar cómo la más irrelevante variación de paisaje o de clima o de tipo de arquitectura provoca en el norteamericano la ingenua reacción de llamarlo diferente. En el fondo, lo que se persigue es huir de la propia sombra, o sea, un imposible. Y es triste que así sea, pero el continente de América del Norte es de una rutina mortificante. Lo que no se conozca personalmente se tiene muy bien visto a través del cine, la televisión y toda esa ingente marea revisteril y pseudo-

¹ Luego, “España, un lujo a su alcance” y más recientemente, “España, sin ir más lejos” y “España, diversidad bajo el sol”.

literaria. Y volvemos como siempre a la delicada cuestión de la perspectiva.

Para una retina española, acostumbrada a experimentar cambios sustanciales de paisajes, y de actitud y de climas, y hasta de platos típicos, con sólo desplazarse cien kilómetros desde el punto en que se halle, en cualquier dirección de la Rosa de los Vientos, las máximas diferencias que se puedan apreciar aquí en Norteamérica son desestimables. Algunos desgraciados se intentan drogar repitiéndose que las Montañas Rocosas y la Estatua de la Libertad están donde están y no en otra parte; y a eso lo llaman diferencia.

El norteamericano es el ejemplo perfecto del nuevo rico que daría –¡mecachis!– hasta la mitad de su fortuna por poseer un barniz de culturilla y pulimento. El norteamericano se empacha de magníficas carreteras, punteadas por las infinitas cadenas de Holiday Inns, de gasolineras, de moteles, codo con codo; todas estupendas, todos confortables, numerosos, al alcance de cualquier quisque, pero todos iguales, idénticos, monstruosamente uniformes desde San Francisco hasta Nueva York y desde el Norte de Canadá (elijase el punto que se quiera) hasta el río Grande. En el pecado norteamericano de construir y construir de todo, más que nadie, va ínsita la penitencia de no poder variar, porque la variación rompería la producción en masa. La elección es penosísima pero no parece haber más remedio que o bien quedarse con la abundancia uniforme o con la escasez variada.

Y por eso el norteamericano, al buscar y no encontrar esa diferencia que no existe en su país se desespera y queda preso de una como histeria infantil. ¿Cuál es? La gente se aburre en el fondo porque la abundancia de cosas les ha esterilizado su vida interior. Sabido es que aquí es muy difícil hablar de nada íntimo; no hay conversaciones profundas sino que hay que hacer

cosas, casi siempre estúpidas. Igual ocurre en las Universidades, tema que creo conocer algo. Los estudiantes se ven envueltos en miles de asuntos y ocupaciones, todas ellas banales y exentas de valor. Se trata de marearse con la máquina de la propaganda y de la balumba de cosas, para que sinceramente nadie pueda escucharse un poquito el silencio del alma. El que haya visto las residencias de estudiantes con las paredes llenas de anuncios de actividades no-académicas y en su mayoría, frívolas; o los innumerables tableros de noticias por las diferentes facultades en los que se invita al estudiante a ocuparse de un sin fin de funciones terriblemente superficiales...; el que haya visto esto, repito, sabrá de lo que estoy hablando.

Y con la gente de la calle pasa igual. La gente cambia de domicilio con una frecuencia incomprensible de todo punto para un español, por ejemplo. Y es que en este desplazarse de un sitio a otro por lo menos matan el tiempo, pasan la vida, persiguiendo su sombra, intentando engañarse y diciéndose que varían la calidad de su ambiente cuando en realidad no varían nada, sólo el hecho del desplazamiento migratorio y lo que éste dure porque en el momento en que se encuentren asentados en su nuevo domicilio empezará otra vez la misma canción.

Para evitar morirse de aburrimiento las masas se lanzan a donde sea (fijese uno bien en esto, *a donde sea*) los fines de semana, y ese lugar en cuestión es exactamente lo mismo que aquél en donde viven. Intentan convertir el simple cambio cuantitativo en calidad e, igualmente que los que teniendo sed beben agua del mar y se vuelven locos, así los norteamericanos se defienden de morirse de tedio marchando siempre en busca de algo que no tienen y que por su condición gregaria tampoco quieren procurarse.

El panorama norteamericano es desconsolador para un europeo que se haya hecho ilusiones sobre la magnitud del territorio y crea que va a encontrar contrastes y diferencias en la misma proporción que en su propio país. Precisamente uno de los pocos encantos del que vive en estas sociedades sea no moverse del lugar de residencia y trabajo; dejar que la masa se desboque y se precipite por el barranco de la histeria. Para trabajar e investigar, Norteamérica es un país excelente. Y para ello hay que hacerse a la idea de que una vez que se ha caído en un punto, ya ha visto todo: Inútil y costoso el intentar encontrar otros ambientes. Con el que tenga uno es bastante.

Dejemos, dejemos que los norteamericanos persigan su propia sombra en esa demencia colectiva de buscar lo que por su propio capricho no han sabido o querido producir. Y sonriamos piadosamente cuando alguien nos diga: “Oh, ¿vives aquí? Pues deberías ir a visitar allá...”

Una lanza rota

¿No es hora de que rompamos una lanza a favor de las actitudes españolas –típicas o no tan típicas– que provocan tan airadas indignaciones en los bondadosos espíritus norteamericanos? No sólo no negamos sino que afirmamos con sumo gusto que las masas de turistas que asuelan nuestro país tienen razón en sacar la impresión de que el varón hispano busca y tiende a hacer el amor a la hembra ultramontana (lo mismo que a la del país) sea cual sea su condición y sea cual sea su concepción del mundo. Ante esta conducta que yo estimo biológica y normal, los impresionables y embabiecados anglosajones ponen el grito en el cielo y hacen el paripé de quejarse y en consecuencia sacan la conclusión –verdadera y fértil, si entendida rectamente; inútil, como ellos la toman– de que el hombre español no tiene más actividad ni más proyecto que el de conquistar a las indefensas o resabiadas damas extranjeras.

Y yo pregunto, hiposo de haberlo repetido a unos y otros: ¿Qué es preferible, lo que el español hace o pretende hacer, o lo que la civilización anglosajona sí que hace e impone machaconamente a los que tienen la desgracia de pisar el dominio geográfico de su forma de ser? Me refiero a la impúdica publicidad de los así llamados principios democráticos que dejan hecha polvo la personalidad del individuo, la única que tiene y de la que tendrá que dar cuenta antes o después. Me refiero a las mismas monsergas de conducta social que llevan consigo una uniformidad de apariencias y modos en la que nadie pinta más que el otro; al mundo de restricciones de la propia individualidad en las cosas más inocentes, como lo es beber una cerveza, ir al cine, comer con vino. Me refiero también a las infinitas reglas, leyes o regulaciones que hacen trizas la espontaneidad del

hombre y lo reducen a un monigote sin esencia propia. ¿No es eso mucho peor y más nocivo que la tendencia amorosa del hombre español hacia la hembra? ¿No son los miles de incordios norteamericanos mucho más cargantes que la natural y biológica afición del racial español? Contra tal afición, nada más fácil que zafarse: Sólo con un simple *no*. Todos hemos visto en los centros turísticos de las costas españolas, en docenas de lugares, cuál es toda la filosofía que se encierra entre la extranjera y el gañan carpetovetónico. A una negativa de la primera, el último ya puede ir haciendo la maleta. No existe forcejeo ni presión, sino un juego limpio de oferta y demanda en el que la mujer tiene siempre en sus manos la total decisión de aceptar o desestimar la proposición del conquistador arrogante.

En norteamérica es muy distinto. Un tinglado completísimo de maneras y usos y costumbres *democráticas* suponen para el forastero un extenuante programa de lavado de cerebro del que no se puede uno escapar tan fácilmente, a menos que se clausure uno en su personalidad aislada y entonces es peor porque el vacío es tan horroroso como para preferir mil veces el suicidio. De esto lamento tener que hablar por eso que vulgarmente se llama experiencia y que yo llamaría vida pasada, razonada o anticipada lógicamente. Y el que no se someta a las reglas implacables, que no espere ascender a los niveles que de otra manera le corresponderían.

Claro que en un país económicamente fuerte nadie se muere de hambre aunque esté en la escala más baja de las compensaciones por su trabajo. Pero ya hemos dicho en otro lugar que el valor de las *cosas* reside tanto en ellas mismas como en el valor que los demás les asignen. Tener un salario mínimo en un país rico es tan mortificante como tenerlo en un país pobre, aunque en el primer caso tal salario mínimo cubra holgadamente

las necesidades más perentorias y en el segundo caso las cubra peor.

Así que menos estimaciones hipócritas o desprestigiantes de nuestro carácter expansivo y espiritual. Si a los norteamericanos (o germano-americanos o anglo-sajones) les parece bien su vida y su forma de ser —claro, ellos han perdido el sentido del oído por estar siempre ensordecidos junto al mismo jaleo— y decadente o pintoresca la manera de ser de los españoles porque quieren hacer el amor a sus ingenuas (o no ingenuas) ciudadanas, empecemos de una vez para siempre por demostrarles que está muy requetebién lo que hacemos, comparado a sus intentos gregarios. Entre llevarse a la cama o a la playa a una protestante (protestona) o implantar un mecanismo de aniquilamiento de la personalidad para todo aquel que llega a Norteamérica, hay que empezar a decir muy en serio que nos quedamos con lo primero. ¿Qué extranjero viene a España que no se encuentre en sus glorias y a sus anchas? ¿De dónde le puede venir la más mínima molestia, el menor peligro de violarle sus ideas o su forma de ser y de sentir? Porque la verdad es que España es el país más *libre* de todos los que yo conozco. Y digo *libre* a sabiendas de que las acepciones y entramados semánticos que se adhieren a tal vocablo se dan en la concepción española de libertad mucho más ampliamente que en la farsa trágica de los norteamericanos.

Si ellos, los norteamericanos (o anglosajones, o germano-americanos) nos aplastan con la chabacanería de su sistema democrático insufrible en cuanto ponemos el pie en su “tierra de promisión”, lo único que podemos y debemos hacer es intentar y procurar por todos los medios cabalgar a toda hembra democrática que se nos ponga... debajo. Así se quejarían de algo. Y no sólo eso, sino expresar, decir, exteriorizar nuestra forma de pensar, porque sólo así seremos eficaces en contrarrestar lo que

ya parece no tener solución en unos cuantos años por venir, y ello es el influjo masivo de la forma de ser norteamericana que es para mí, después del Diluvio, el peligro mayor para la raza humana.

Y no se olvide: Entre que haya un chaval pecoso y rubiales –con ramalazo celtíbero– más en el mundo (y ni eso, ahora con tanta píldora y tanto potingue) o que nos agonicen con los principios chapuceros de la democracia norteamericana, elijamos lo primero, amigos míos.

DE VARIA GEOGRAFÍA

Madrid - Nueva York

(A bordo de un Boeing 707 de la T.W.A. 15 de Septiembre de 1964)

Lisboa en mi camino, para darme el recuerdo fiel de bienvenida y despido, dulce amiga que no exige nada, comodín para el corazón ambicioso y desmedido que se acuerda de ella en los momentos difíciles, de baches sentimentales. Lisboa es generosa. No pide nada a cambio. Por el contraste se llega a la esencia de países alejados. Por sorpresa nos enamoramos de lo que está hermanado a nuestra carne. Ya que nos hemos salido de nuestras casillas, no nos privemos de nada. Ni del pequeño cataclismo de los encuentros imprevistos, ni de las despedidas anónimas en nombre de la buena voluntad y de la pura armonía.

En este aeropuerto pequeñito e íntimo de Lisboa, donde han descubierto el halagar la despedida del viajero con un botellín regalado de vino del país –genio y cortesía de nación de descubridores de mundos– me doy cuenta con redoblada emoción que se podría derrochar gozosamente la vida viendo despegues y aterrizajes de alas. Con ellas vamos nosotros, y mientras nos movemos bien cierto es que llenamos la vida con la más cara de las esencias: La aventura hacia lo más lejos. [–No, quizás no sea lo que acaba de hacer una pasajera americana, vecina de mi asiento, lo más prudencial para animarme en la empresa de ligar recorte tras recorte de lo que voy sintiendo. Mi amiga de la izquierda –¡válgame dios!– se ha subido la falda –ya antes por encima del límite en que se permite sentir la euforia al vidente– y ha empezado a rascarse con envidiable desenvoltura. Y al momento, la ha emprendido con el peine a zarandearse

inmisericordemente el pelo –necesito creer que bonito, si bien sólo me separa un metro escaso de la tan problemática verdad–]

Otra vez siento que voy de embajador de mi propia alma a mil sitios caprichosos. Otra vez y siempre me parece estar embarcado en la mejor de las aventuras. Lo que quedó atrás nos espolea con más urgencia que nunca hacia el acabamiento definitivo de la gesta que todos llevamos dentro. Ya que no podemos desdoblar el tiempo, estirémoslo, al menos, en un presente decididamente intenso y no superable en hondura por nada. De nuevo, se nos da la verticalidad, no la horizontalidad del alma.

Otra muchacha pecosa con el pelo lacio –nunca despreciable– me recuerda la parsimonia irritante de las hienas de película, que al asustarse lo más que parecen son gatazos mansurroneos. ¡Bah! Estoy pensando lo que voy a hacer con el vino portugués de la amistad. Si lo regalo, hago una afrenta al obsequio que mi alma detectó y se apropió. Si lo consumo yo mismo en un raptó de impaciente glotonería, creo que sentiría más tarde el pesar de adolescente por haber hecho una jugarreta carente de sentido a la larga.

Amo sobre todas las cosas el don de poder amarlas. Al comprobar certeramente que un amor ejercitado puede llegar al fondo de tantísimas esencias, me pido de continuo conocimiento para mimar la planta que encierre la flor del don enunciado. Ningún avión tan cómodo para escribir como el Boeing 707. Resulta ser la casa de pájaros más grande del mundo por ahora. Hoy he sentido la alegría de la certeza de abrazar firmemente la convicción de que la T.W.A. es una compañía aérea más aconsejable que la española IBERIA en el vuelo diurno de Madrid a Nueva York.

Claro que ya están mis oídos cansados y hasta molestos de los mismos recortes de afectividad – al por mayor y de calidad ínfima– que las azafatas prodigan. Claro que mi alma ya no se inicia a deslumbrarse por esa expansión –en obsequio– de la sonrisa de las “aeromozas”, como lo acabo de oír sentado ahora mismo, tranquilamente. ¡Vaya!, mira que no quiero remover los ingredientes etimológico-semánticos que entre letra y letra tenga la tal palabreja. Pero sí quiero confesar abiertamente que me ha sorprendido primero, luego casi satisfecho como novedad en el capítulo de las sorpresas léxicas de hoy. Aeromozas: Mozas de aire, bueno, ¡claro!, entendiéndonos con algo de buena voluntad, que van por el aire, que... eso, que tienen que ver con el aire... (¿O con el alma?, me arriesgo yo a preguntar tímidamente)

Vacaciones en Bulgaria o un nuevo tipo de bandolerismo impune

Soy uno de los ya, al parecer, varios cientos de españoles-víctimas que han ido a Bulgaria de vacaciones. El anuncio de una página que publicó flamantemente y en más de una ocasión en *ABC* de Madrid (que yo sepa) no dejaba lugar a dudas. La empresa organizadora “Cerva Turistic”, radicada en Andorra y en Barcelona, inspiraba las garantías suficientes –es decir, todas y ninguna– de cualquier otra empresa. La oferta, normal. El folleto de propaganda informativo, atrayente. El país prometía ser interesante.

Bien pudiera concluir este escrito declarando, con toda la responsabilidad a que yo pueda ser acreedor –diecinueve años viajando por el extranjero (por tierra, mar y aire), veintitantos países visitados y recorridos algunos varias veces, etc.– que nuestra excursión ha sido una de las experiencias más deplorables, más torpes y de más amarga memoria de mi vida.

Desde nuestra salida de Madrid / Barcelona, con el tumulto desencadenado por no haberse hecho cargo “Cerva Turistic” de los equipajes en tránsito ni de la entrega de los billetes a los pasajeros, hasta la llegada al aeropuerto de Varna con una estúpida espera de cuatro horas y media a que nos verificara una sola persona los bonos de la comida a los ciento sesenta viajeros uno por uno, y la falta total de previsión y de orden ya en Albena en lo que respecta a planes, excursiones, reservas, información, servicios, etc., pasando por una cantidad sencillamente abrumadora de nefastas peripecias (robo de los sellos ya pegados en la carta; destrozo presumible de la correspondencia e imposición de tarifas arbitrarias en franqueos y conferencias telefónicas) todo ha sido una lamentabilísima cadena de calamidades. La última cae de lleno en la categoría de

estafa, fraude o robo descarado (nos es imposible precisar la nomenclatura penal) y su esquema fue así de sencillo: El avión que se fletó para el transporte de los viajeros, ida y vuelta, no fue a recogernos a Varna, sino otro más pequeño y más barato. Resultado: Algunos pasajeros *nos* quedamos en tierra, por falta de sitio, y sin poder salir del país, (este detalle no cabe de ninguna manera en un relato de pocas páginas y proporciona materia elocuente para empapelar al responsable por el resto de sus días) todo ello sabiendo de antemano el número de pasajeros transportados al aeropuerto y las plazas máximas disponibles que permitía el avión.

Las mentiras más perversas, los más refinados y sutiles métodos de engaño y de dar largas a las cosas objeto de problema, para ver si así se diluían en el seno del tiempo, o simplemente nosotros reventábamos antes a causa de los berrinches que se sucedían con increíble fecundidad, y ya se sabe... “Muerto el perro...” Sin faltar, claro, unos bárbaros madrugones y unos inmisericordes zarandeos de un sitio para otro. Y todo para tener que esperar horas y horas, sabiendo de antemano los guías y organizadores –insistimos– la inviabilidad de ciertas cosas.

En Sofía tuvimos que quedarnos tres días, días vitales que unidos a los dos de retraso que llevábamos –en principio se estipuló el 29 de Septiembre y no el 1 de Octubre, para la fecha de regreso– me impidieron (así, entre otras cosillas) estar presente en la inauguración del curso de la Universidad de Granada, donde profeso. En Sofía fuimos protagonistas de las más inverosímiles y macabras aventuras: Traídos y llevados como peles por las autoridades de la “Balkan Tourist”; sometidos a una tensión constante de promesas y desencantos; de estar a punto de subir a un avión y de ser rechazados de nuevo hacia atrás sin la menor explicación; de quitarnos de comer por

la inminencia fingida y presunta de marcharnos y quedarnos sin comida y sin viaje. Sin faltar a las maniobras turbias de tratar por todos los medios de que sirvieran nuestros cheques, que nosotros de muy buena gana con el fin de salir de aquella pesadilla habíamos ofrecido como único tipo de dinero que nos quedaba al final de las vacaciones, y nos pagáramos la totalidad del viaje (digo totalidad porque el viaje de Barcelona a Madrid, de momento, quedó sin cubrir en el billete que por fin nos facilitaron). Además, cualquier desembolso efectuado en Bulgaria con la idea de cobrarlo aquí era algo que producía risa, de puro descabellado. Menos mal que el sistema bancario búlgaro no admitía ningún tipo de cheques de los que llevábamos, maravillosos y eficacísimos en cualquier país occidental, por supuesto.

Y siempre con el lavado infernal de cerebro de tener que oír de los búlgaros que los culpables de todo, los estafadores, eran los de la “Cerva” de aquí de España. ¿Hay algo más penoso, después de todo el infortunio físico y de la paliza mental que la peripecia en compendio significaba, que lo de tener que escuchar ese peloteo infantil de que si eran unos u otros los culpables de todo desbarajuste? ¿Es posible que todo eso se esté todavía consintiendo; que permanezca impune, a la vista de treinta y cuatro millones de españoles? ¿Y no es elemental y evidente –digo yo– que cuando dos socios se tiran los trastos a la cabeza de tantas y tan variadas formas, imputándose mutuamente con tanto desenfado la incompetencia y la peligrosidad en los asuntos que fuere, no es evidente que los dos son igualmente ladrones y que siguen muy a gusto sus actuaciones de bandolerismo? Podríamos pasar por alto el engaño de una de las partes, pero cuando ninguno de los dos se separa del otro, a pesar de los clamores levantados, es que son igualmente ladrones y obran con la mismísima y malísima fe.

Debido a los buenos oficios, que nunca terminaremos de agradecer, de la representación diplomática española en Sofía, se agilizó el proceso de sacarnos de allí. El día de nuestra partida se nos garantiza varias veces formalmente por el jefe búlgaro de la sección de turismo español, Sr. Gatev, la comunicación por télex a “Cerva” en Barcelona nuestra llegada en el vuelo y hora oportunos, con el fin de que nos esperasen y –tal era el caso de dos de nosotros– se nos proveyese del correspondiente billete para Madrid en el enlace inmediato. Y..., se sonreirá el lector, ¿verdad?

Ha pasado todo el tiempo que ha pasado desde el cuatro de Octubre y todavía “Cerva” no se ha dignado interesarse por el caso de unos viajeros a quienes dejó tirados bellacamente, falseando e incumpliendo un contrato. Claro que desde el primer y flamante anuncio aparecido en el *ABC* de Madrid en que “Cerva Turistic”, radicada en Andorra y Barcelona, difundía sus “vacaciones en Bulgaria”, la cosa se ha sofisticado cumplidamente. Quién sabe si al demandar jurídicamente por estafa a “Cerva Turistic” nos enteramos de que ya no existe tal entidad; que lo que ahora existen son las empresas “Vacaciones en Bulgaria” de Travesera de Gracia, 15, Barcelona; o “Viajes Intercontinental” de Fernando, 24, también en Barcelona, o vaya Vd. a saber qué cambalache de cesiones de titularidad o de capotazos a la letra de la ley. A nosotros nos sobra con la realidad. Y la realidad es que todas estas empresas han anunciado y han seguido anunciando la misma mercadería y en los mismos términos de impúdica desfachatez. Y esto es lo que queremos delatar.

Me atrevo a insistir en la aclaración de que era la premura de tiempo y nuestras ocupaciones en España lo que hizo de la retención en Sofía algo desagradable. Con tiempo, y

después de haber conocido a nuestros queridos amigos de la Embajada, y con la muy sugestiva y prometedora compañía de Gabi (pianista del Hotel Balkan) y de Valentina (la guía de la Balkan Tourist que nos acompañó) las cosas hubieran cambiado de perfil para el alma mía. Podríamos alargarnos hasta el fastidio con el relato minucioso de las mil y una penalidades en que nos embarcamos al apuntarnos a la ya tristemente célebre excursión de “Vacaciones en Bulgaria”. De todo ello tenemos tomada nota y testigos pacientes por si esta exposición sintética de ahora no pareciera suficiente a los más incrédulos para justificar nuestro indignadísimo estado de ánimo.

Queremos, por consiguiente, asegurar que no nos cunde el espíritu destructivo –somos los primeros en alabar ciertas formas de convivencia y algunas especialidades de la vida en Bulgaria: Comida, folk-lore, cordialidad, limpieza, civismo, belleza de sus mujeres, sentido de honradez en general, etc.– sino más bien el deseo de informar a los que nos puedan seguir en este viaje si es que alguien más se atreve a tan desafortunada aventura; de llamar la atención de la empresa organizadora y hacerla saber a ella y a todos los españoles que los detalles concebidos, formulados, aceptados y *cobrados en España*, no tuvieron en Bulgaria la menor validez; que las excursiones y los precios no se ajustaron al programa concretado previamente; que las horas y las fechas de los viajes no se cumplieron con arreglo a lo informado por los organizadores y aceptado por los clientes; que no hubo principio de orden ni de control, y que eso tan macabro que nos tocó vivir más se pareció a una excursión a la jungla (vid. viaje a Estambul, pocilgas de hoteles, trayectos de 18 horas en autobús, todo, todo de penosísimo y dolorosísimo recuerdo). Y esto después de haberlo pagado por adelantado, en España.

La única forma justa y legal de compensar siquiera materialmente al viajero –las lesiones espirituales no podrían ser acusadas ni satisfechas entre todos los ciudadanos juntos de Bulgaria ni por todas las agencias ‘Cerva’ habidas y por haber– y demostrar que “Cerva Touristic” o “Vacaciones en Bulgaria” o “Balkan Tourist” o las tres juntas o quien demonios sea conoce el sentido de la palabra *responsabilidad*, hombría de bien y honradez, sería devolviendo el dinero y dejando de ejercer el bandidaje.

¿Es posible que después de todo esto sigan abiertas unas oficinas de “Vacaciones en Bulgaria” en Barcelona; que sigan apareciendo disparatados y blasfemos anuncios fantasmas con ofertas y precios mendaces, y todo ello flamantemente en la prensa de Barcelona y de donde sea? ¿No es hora ya de terminar con tan desvergonzado bandolerismo?

Expedición salida de Barcelona el 8 de septiembre de 1972.

Albania de nuevo: tal vez la misma pregunta

Hace cosa de un mes que he regresado de Albania. Me impulsó a conocer este país el hecho de que, con mayor o menor profundidad, había ya visitado *toda* la Europa socialista restante. Creo que difiero bien poco de lo que algún otro viajero ha apuntado ya pulcramente, a saber: Que había venido intentando procurarme un visado de entrada en Albania durante bastante tiempo, sin éxito; en mi caso nueve años en los que han cabido merodeos y sondeos personales por las fronteras de Yugoslavia y Grecia con Albania, viajando en coche; visita a la embajada albanesa de Belgrado; visita a la también embajada albanesa en El Cairo; contacto con la embajada albanesa en Roma, y más acuciantemente, gestión con la que entonces se decía única agencia de Roma que organizaba viajes en grupo a Albania, Camst Viaggi; repetidas cartas, un poco así como por libre, a la Universidad de Tirana, luciendo el que en cada caso la inspiración entendía como el más acreditado, o persuasivo, o conciliador de mis membretes; cartas y peticiones al consulado de Albania en París, etc.... Nada. Ni caso. Y he aquí que un buen día llega a mi conocimiento (gracias, José Luis) la existencia de una así llamada Asociación de Amistad España-Albania...

A partir de ahí todo fue como la seda: Un par de notas intercambiadas, la información precisa sobre las fechas de los viajes que dicha Asociación organizaba, y la inscripción en uno de ellos, el quinto y último precisamente de este segundo año de excursiones. Adelantando acontecimientos, apuntaré ahora que la Asociación de Amistad viene a significar un paso o estadio cualificado y previo de lo que en un futuro no lejano –dos años como máximo, me decía de buenísima tinta un camarada del partido en Albania– será la formalización de relaciones diplomáticas con todos los predicamentos. Resulta así que casi

en mi fin, quiero decir, en el fin de mi optimismo, hallé mi principio. Curiosa paradoja la de que los visados de los viajeros españoles se gestionen en el consulado de París. Allí deben obrar unas cuantas cartas más. Tienen su mérito, su valor y hasta su gracia... Con tal de que nadie especule con ellas para beneficio crematístico, catalogándolas como curiosidades histórico-vivenciales...!

Se han dicho ya bastantes cosas sobre Albania. La pluma autorizada de Fernando Díaz Plaja, (viajero él en la primera remesa de excursiones, es decir, la del año pasado) se ha encargado de contarnos muchas mediante una cadena de seis artículos titulada: “Asombrosa Albania”, y más tarde en su riguroso y bien hilvanado libro *Viajes a La Europa roja* (Madrid: Bruguera, 1981). De nada, don Fernando. Yo mismo, hace unos días, invitado por Radio Nacional de España en su espacio “La Barraca” de Radio 3 estuve charlando sobre Albania con los responsables del programa y contestando llamadas telefónicas de varios radio-escuchas...

En este aquí y ahora no vamos a entrar en la sostenida peripecia que supuso nuestro viaje. El equivalente a tres horas y media de duración aproximada de vuelo Madrid-Tirana, si lo hubiera, claro, puede transformarse en casi 34 sólo con que se descoloque un cacharrito del complicado mecanismo. Sabido es que son contados los vuelos que recibe Tirana, único aeropuerto del país: Uno de Grecia, de las líneas Olympic; otro, semanal, de una compañía rumana, vía Roma; otro de las líneas Malev, húngaras, no recuerdo la frecuencia; creo que otro de la República Democrática Alemana, y... acaso alguno más. Es lo mismo. Los vuelos, recalco, son contados y de problemático y costoso empalme. A nuestra excursión le tocó la modalidad vía Yugoslavia: Dos aviones y dos autobuses, en el papel. En la realidad, 34 horas de paliza sin desperdicio. Y todo porque

alguna mente aguda querría abaratar el costo del viaje en no sabemos cuántas pesetas. Nunca mejor aquello de “San Blas de Huete, por salvar a uno ahogó a siete”. Estupendos detalles manicomiales los que de vez en cuando nos gastamos esta formidable raza que somos los españoles. Pero dejemos esto por el momento. Y me gustaría hacer hincapié en lo de *por el momento* porque de algún modo el relato de nuestras penalidades tanto en el viaje de ida como en el de vuelta justificaría plenamente un libro de aventuras divertido y ejemplificador.

Insisto: Creo que por ahora se ha dicho casi todo de la pequeña y brava Albania. Hagamos un recuento de urgencia sólo de lo más sobresaliente. Se ha hablado de la ortodoxia ideológica que proclama frente a todos los demás regímenes otrora marxista-leninistas, y hoy revisionistas, imperialistas y traidores (¿?). Es cierto. Y yo añadiría además el profundo respeto que me ha transvasado algún hombre del partido (estoy pensando concretamente en uno de nuestros guías, Fatmir) por la madurez de sus reflexiones y lo acabado de sus experiencias. La moral de hombres así, varones inflamados en la –según ellos– única doctrina ortodoxa, me ha parecido de notabilísima importancia por la coherencia entre teoría y praxis, entre opinión y ejecutoria.

La forma de aprovechar el campo, a mí –empapadas mis retinas en los páramos de Castilla– me parece excelente: De cultivar las tierras normalmente hábiles, se ha pasado a transformar en fértiles las pedregosas; luego, se ha iniciado el asalto a las montañas mediante esmeradas paratas. Lo dicho: El campo albanés es un regalo para los ojos de quienes como yo venimos de una tierra más bien de yermos. Y yo me permitiría añadir: Albaneses, ánimo sin desfallecimientos: Tenéis la tierra limpia de servidumbres consumistas y especulativas; habéis partido de cero y vuestro país será exactamente lo que vosotros

queráis que sea. Sois pocos, pero bien avenidos. Sí, también se ha hablado de esto.

En la misma línea de valentía respecto de ciertos asuntos internos primordiales, yo destacaría la asepsia de conciencia que Albania ha instrumentado para sus súbditos. A algunos poco avisados les parece una atroz falta de libertad y, como contrapartida, una enorme imposición el hecho de que no se permita la práctica en público de ninguna religión. A otros nos parece efectivamente una imposición, sólo que de signo muy contrario y hasta rentable: Se trata nada más y nada menos que de la imposición de no permitir que se imponga religión alguna. Muchos pretenden ignorar que la libertad en cuestiones de conciencia, como la religión, se supone, viene dada de principio; y que cualquier manipulación positiva, como sería la de dirigir las conciencias de los súbditos mediante el aparato coactivo estatal y público, eso sí sería una verdadera castración de la libertad. Sin embargo, el fondo de la cuestión tiene un regusto irónico que el gobierno albanés ha plasmado más bien puerilmente en el llamado “Museo del ateísmo” de la ciudad norteña de Skodra, y que yo llamaría mejor “Museo del cabreo”. Se trata de mostrarnos cómo todos y cada uno de los cultos y confesiones permitidos en el país se fueron consorciando en circunstancial contubernio, y como conviniera al caso, con la fuerza armada invasora o política dominante en el momento. Todo ello hasta la consolidación del P.P.S.H. o partido del Trabajo de Albania después de la segunda Guerra Mundial. Hasta que, naturalmente, se cabrearon del todo. Ello ocurrió hacia 1967, con la orden de cese de todos los cultos como actividades públicas. Hoy los templos han pasado a rendir otros servicios: Los más depauperados fueron abatidos; los de mayor significación artística continúan como monumentos; la mayoría se han transformado en museos, bibliotecas, teatros, centros

deportivos, etc. No estaría de más tomar nota de por donde van los tiros en algunas partes.

A mí en particular el “Museo del ateísmo” me parece la más humana y formidable prueba de que esta gente por lo menos cree en algo. *Mutatis mutandis* podríamos servirnos de este pensamiento orteguiano: “Para el ateo no existe Dios, pero sí el valor santidad o divinidad”. Hechas las oportunas sumas y restas creo que este algo es lo que precisamente las iglesias debieran evitar si quieren que no se les reduzca drásticamente la clientela...

Tampoco me parece que tenga ninguna contundencia reveladora el dato de que el pueblo, la gente en general no se pueda ausentar cuando les dé la gana del país. Aquí creen jugar su gran baza los detractores de los regímenes socialistas, y en sentido lato, de la Europa del Este. Yo diría al respecto: Dando por sentado que en cualquier comunidad o proyecto de convivencia hay quien dirige y hay quien es dirigido (llámese como se quiera a la elite de turno; o mejor, ni siquiera llámesela “elite”), en tales supuestos, sigo razonando, ¿en qué se diferencia una medida que restrinja las salidas al extranjero de los súbditos de un cierto país, de las numerosísimas medidas policiales, urbanas, académicas, religioso-fetichistas, o simplemente consuetudinarias, en las que otros muchos estamos inmersos, y cuya presión siente y sufre nuestra alma? Un poco de imaginación, señores, vuelvo a pedir, y un poco de conocimiento respecto de aquello en lo que consista la naturaleza del hombre, o sea, respecto de su historia. La masa *tiene que* seguir las directrices sugeridas por quienes en cada caso decidan: Lo demás es puro disparate, fantástica aberración. Una masa de hombres a quienes se impusiera por fuerza pasarse permanentemente en Rolls Royce se rebelarían antes o después contra tal peregrina modalidad y a buen seguro reivindicarían su

irrenunciable derecho natural de poder ir en Biscúter. La entropía estructural dicotómica de eso que entendemos por persona debiera servirnos de ilustración a la hora de formular juicios sobre temas como el que nos ocupa.

Si he pasado revista a unos cuantos aspectos, de los más abultados, de la realidad albanesa para hacer descansar sobre ellos mi beneplácito y respetuosa aquiescencia, ello se debe a que por encima de todas esas premisas, suficientes, se alza mi aportación crítica, precisamente la que motiva el título de este trabajo: ¿Será Albania capaz de desarrollar este programa de esencialidades que ahora, con controlada pero no menos evidente complacencia ofrece a la vista de un turismo de goteo, que tímidamente aparece como factor en la realidad social, económica y política del país? Porque la verdad es que Albania ha estado como afanosa hormiguita durante estos pasados cuarenta años, desde la formación del P.P.S.H. o Partido del Trabajo, esforzándose por presentar algo digno ante la conciencia inquisitiva de turistas y viajeros para quienes se ha levantado el telón. La realidad actual de Albania consiste en no ser *aún* nada; consiste en una virtualidad; en un crédito; en un ademán, voluntarioso, sí, pero ademán tan sólo, que reclama sazón y estrella para arribar al estadio del ser, ser lo que se quiera o lo que se pueda, propiamente dicho.

No nos engañemos. Albania acaba de nacer. Y un niño puede ser todo lo guapo que se quiera, pero la mili –si de mili se habla– no se hace en caso alguno antes de los dieciocho años. Otra cosa es que yo haya comenzado por mi cuenta a prestar mi parte de crédito en el devenir de un pueblo al que de buena gana admiro. Por eso no me importa esperar.

1981

Pulso de Nicaragua

Mi valoración histórico-crítica del juego de las revoluciones se asienta en la creencia de que, las más de las veces, su resultado desborda las previsiones individuales de sus protagonistas y genera unas irremediabiles disfunciones respecto de los objetivos por conseguir. Los ejecutores de tales cambios históricos no parecen tener en cuenta, por natural incapacidad o por personal voluntarismo alentado, que la línea alcanzada por su ímpetu reformista en lo relativo al orden de cosas derrocado o por derrocar (se supone que el somocismo en nuestro caso) traspasa, supera con creces las instrumentaciones quirúrgicas consideradas en un principio como necesarias para la remoción del cuerpo extraño anterior. Un ejemplo puro: Es como si alguien, a quien de entrada y sin reservas mentales le concediéramos un pertrecho de honesto idealismo y de rotundidad entusiasta, para contrarrestar la presión de una tonelada de peso aplicase una fuerza diez veces superior; y que no satisfecho aún con la conducta que tan elemental ley física comporta, se fuera dejando envolver en la falacia, se fuera dejando intoxicar acomodaticiamente por la autocomplacencia, producto de su acción, para, de esa manera, seguir sirviéndose a ultranza e indefinidamente de los nueve mil kilos de fuerza sobrante, aun a riesgo de dismantelar y triturar el más elemental acople organizativo en un país dado.

El error parece provenir de la suposición de que dicho impulso sobrante y apisonador está generado por la ejecutoria y el esfuerzo de esos muchos o pocos revolucionarios; y no –tal entiendo yo la realidad sociopolítica– por una dinámica constante y previa que se aloja como sustrato irrenunciable en el devenir de las transformaciones de cualquier colectivo. ¿Qué hacer, entonces? La cosa parece tan clara como difícil. ¿No

deberían, acaso, los sandinistas renunciar a esa fuerza restante que es la que lesiona el sentimiento de la inmensa mayoría del pueblo-pueblo (y no pueblo-masa) nicaragüense? ¿No podrían, tal vez, los sandinistas negociar la dilución sin traumas de esa opresión política excedente –en nuestro ejemplo plástico, los nueve mil kilos– que, por derivada de una energía inmanente e histórica, como sustrato de todo acontecer vivo, *resulta* desproporcionada para el desarrollo del objetivo propuesto y ya logrado, i.e., la superación del somocismo y, de ahí, la implantación de un nuevo estilo de convivencia?

Es en este punto de maduración crucial de los acontecimientos cuando, por un lado, a los mandatarios de turno les puede cegar el espejismo leviatánico de considerar como propia y estable una situación “consentida” provisionalmente por los resortes intra-históricos de toda comunidad en ebullición; y cuando, por otro lado –y esto sí que es amedrentador– los citados mandatarios de turno, a los que la permisividad generosa y tácita de la Historia les ha colocado ahí *para exigirles cuentas de su gestión*, suelen empezar a descubrir lo sorprendentemente apetecible que resulta desempeñar el cometido de inquilinos privilegiados de un país con el que concertaron la implementación de ciertas medidas con las que neutralizar y superar el virus del somocismo; pero con el que nunca pactaron el empleo de una fuerza muy superior a la requerida, y que ahora les espolea en su siniestra y ulterior intención de instalarse, no como inquilinos, sino como dueños absolutos de la nación convertida en misérrimo cortijo, y de esgrimir su monopolio de criterio y su ilimitada patente de corso con el fin de sojuzgar y de adueñarse de las voluntades de sus conciudadanos.

No descarto que el hecho de mi visita reciente a Nicaragua y el factor de mi encuentro y mi departir espontáneos con gente de la calle me inspiren a escribir en esta clave, tan

distante de mi filiación afectiva. Cuando varias personas le confiesan a uno haber pasado de ser, en un original estadio, enardecidos, convencidos luchadores en favor del sandinismo, a ser más tarde víctimas de la cárcel y de la tortura de ese mismo sandinismo por el que antes arriesgaron sus vidas, ¿qué desarrollo –habría que preguntarse– qué desarrollo ha patrocinado el sandinismo y sobre qué principios? ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo se puede ser mártir de causa y de anti-causa al mismo tiempo? La cosa me sigue pareciendo tan clara como difícil. Los sandinistas actúan como merecedores..., mejor..., como propietarios indiscutibles de aquello que la dinámica subyacente en todo hecho les ha prestado graciosamente. Los sandinistas parecen conculcar a sabiendas conducta personal y mérito adherido a dicha conducta. Desde nuestra más intencionada y crediticia vertiente, podríamos conceder sin empacho, y como mucho, que en la mente de estos *patriotas* existe confusión entre las atribuciones privativas que, en razón de unos específicos comportamientos, puedan conferirse a cualquiera, y los condicionamientos supra-personales, no afectables a nadie en concreto. Son estos condicionamientos, como realidades que son en libre litigio, sobre los que habría que negociar equitativa, leal, fraternalmente. La legítima tendencia hacia el bienestar de todo el conjunto del pueblo-pueblo nicaragüense bien creo que lo merece.

1988

Nicaragua, Rubén Darío y *Azul...*

Apenas acabado de teclear el título de este artículo, cuando pienso: ¿Y por qué no “*Azul...*, Rubén Darío y Nicaragua”? Me ensimismo un momento para perforar en mis intenciones y concedo que el camino que quiero recorrer viene a ser el mismo, bien partiendo de lo amplio a lo específico, o al contrario...

Hacia algunos años que Nicaragua me estaba reclamando flujo cordial, caliente. Y si a veces la distancia actúa de cedazo cribador de perspectivas, también a veces la visceralidad de la cercanía rinde sus obsequiosas sorpresas. Así que, me dije, ahora o nunca. El botín, a poco que se lo proponga uno, es rico. Mezclándose con la gente de Nicaragua se aprende que la institución más general de los ciudadanos está empezando a asumir la dolorosa distinción entre “pueblo” y “masa”. Según los no sandinistas, por pueblo hay que entender a los sandinistas; o sea, a los que mandan o a los favorecidos directamente por ellos. Por masa, a todos los demás. Confieso que dicha nomenclatura, tal y como la razona un editorial de *La prensa* de Managua, no dejó de estimular mi curiosidad sociológica...

Más volcado ya en mi tema, constaté que los últimos días de diciembre coincidieran con un periodo vacacional en que las tiendas cerraban. Por ello no me fue posible cuantificar la atención que se dedica a la obra de Rubén Darío en las existencias de libros a disposición del comprador de a pie. No obstante, el tenderete-librería instalado en el vestíbulo del Hotel Intercontinental, verdadero y fiable muestrario, no tenía nada de nuestro poeta, y sí mucho de otros autores de muchísima menos representatividad. Excluyo la atosigante exhibición de *El libro verde* del señor Gaddafi, en frontal línea de encuentro forzoso con la vista.

Mi primera excursión fue a la cuna de Rubén, Ciudad Darío. Allí casi todo tiene el sufijo toponímico y denominativo de Darío, pero mis pesquisas, hurgando en lo visceral, me confirmaron que las autoridades nicaragüenses no ofrecen al pueblo (¿o tal vez *masa*?) motivaciones para leer al vate modernista, proporcionadas a su magnitud. Con todo, las dos horas de estancia allí constituyeron un rosario de exaltaciones líricas personales. Desde el encuentro espontáneo con alguien que se ofrece a guiarle a uno por el pueblo, hasta la declamación por un servidor, de algún pasaje de Rubén a las empleadas de la Central de Telecomunicaciones TELCOR, la peregrinación por la estela del poeta puede considerarse imperecedera. Por ser día de fiesta, tuvo el celador que abrimos, así, un poco furtivamente, la casa cuna de Rubén. Aquí la cama de somier de cuero; allí, fuera, junto a un estanque donde tortugas y un caimancito se solazan, la ciclópea testa en relieve de Rubén. Y también allí mismo, la improvisada fotografía que un reportero del mencionado diario *La Prensa*, que acertaba a pasar por la calle y que, invitado por mis acompañantes a homenajearme, me hizo teniendo de fondo la rubeniana cabeza en relieve.

Al día siguiente, arrastrado ya por el cálido impulso de los acontecimientos, viajo a León, la sepultura del poeta. Allí busco y encuentro, por información recibida en Managua, al prócer nicaragüense don José Jirón Terán, erudito, conocedor y mantenedor de la proyección y significación de Rubén. Con él y con mi amigo el taxista recorro el museo dariano. Visitamos la tumba dentro de la Catedral, y todo ello lo vamos esmaltando con citas, versos, referencias librescas y personales. Nombres y títulos... Títulos y nombres... y por último... *Azul*...

Ya en el Hotel Intercontinental de Managua, y con la discreta y bella María Teresa, una de las responsables de la

Sección de Relaciones Públicas, había tenido yo ocasión de mencionar la fecha... Sí, Valparaíso, 1888. *Azul...* Y allí comenzaron mis versos y mis prosas que de esta obra recuerdo, y que desde mis buenos catorce o quince años acarreo en la conciencia como el más indiscutible de los patrimonios. Con don José Jirón no hice más que encauzar serenamente la riada de ocurrencias emotivas que *Azul...* ha supuesto para mi cosmovisión lectora y lírica.

De vuelta a Managua, el cerco de datos se estrecha. Por puro azar enchufo la televisión de mi cuarto en el preciso momento en que el profesor Fidel Coloma, de la Universidad Nacional, hace unas atinadas y contenidas declaraciones sobre la significación de *Azul...* y sobre los actos planeados para julio, 1988. Un día más tarde me despido de Nicaragua. El botín ha sido espectacular. Ahora lo estoy ordenando. Y si hace sólo unas semanas fue la contigüidad caliente de un pueblo, pueblo a jugosísimas secas, la que me propició captar la magia totémica de un autor, Rubén Darío, ahora es el desgarró espacial el que me permite consentir en ordenar aquella apretada gavilla de vivencias.

En las tercas y monótonas horas de vuelo de regreso, y por puro divertimento mental con el que colmar el cangilón del tiempo, me quise convencer de que la libertad podría ser como la posesión de unos condicionamientos que nos permitieran, a su vez, proveernos de los resortes adecuados con los cuales distinguir y elegir entre las distintas opciones que, como peldaños en nuestra irrenunciable tendencia a la felicidad, se nos presenten. Acaso, y como ideal teleología para el dignísimo pueblo nicaragüense, este artículo podría haber incorporado en su título el término *libertad...*

1988

¿Será, de verdad, posible todo en Granada?

Si concedemos siquiera sea un delgadísimo escorzo de sistema a los designios ineluctables de la Historia, no nos será traumático, en el *aquí* y el *ahora* que en cada caso nos corresponda, reconocer aquellas manifestaciones de que se sirve el Arcano para recordar al homínido terrícola el formidable (y siempre por resolver) acertijo de la vida. Supongo que con arreglo a esa trama y urdimbre que forma la placenta destinal de cada uno, a mí, castellano total de tierra adentro, mi bio-topo granadino de vez en cuando me propicia desempeñar el cometido de *medium* respecto de algunos de los lamentables portentos que en esta tierra acaecen. Valga de muestra lo que sigue:

Va ya para seis años y pico que en nuestra Universidad se celebraron actos en homenaje a Ortega y Gasset por su centenario, entre los cuales destacaba un ciclo de conferencias. Recuerdo que una de las intervenciones más templadas, rigurosas y brillantes estuvo a cargo del, a la sazón, creo, Embajador español en la R.F.A., Sr. Cañabate. Bien: La sala Caballeros XXIV de La Madraza registró la impresionante concurrencia de siete personas.

Hace tres años y medio salió a la luz pública la que, en mi opinión particularísima, puedo considerar y considero una de las obras más monumentales y significativas de toda la historia de la Literatura española y, por supuesto, de la memoria literaria granadina: Me refiero a *La Armónica Montaña*, creación en exclusiva de un solo hombre (si Cíclope, si Atlante, si Demiurgo): Antonio Enrique, granadino de pura cepa para más señas. Todavía estamos esperando a que alguien del gremio y con capacidades de las que, por ejemplo, yo (por no tener hombre más a mano) carezco, dedique a tal obra la reseña que se merece.

Una tarde de hace dos o tres cursos, y con el poco laudatorio propósito de cauterizar mis tibiezas, me metí en el cine para ver una película hecha en Granada y sobre trasfondos motivacionales asimismo granadinos. Pasemos por alto el asunto de la calidad, siempre discutible, de la tal película: La amplia sala del Teatro Isabel la Católica acomodó la llamativa cifra de cinco personas...

Parco o nulo botín de compensaciones sacaría el lector que me malentendiese a sabiendas. Me honro en pertenecer a un linaje de temperamentos que cree hacer de la distinción su máspreciado patrimonio espiritual. Un millón de elementos aullando no demuestran, sólo por ello y sin más, poseer mayor cantidad de razón que un búho solitario y silencioso. En mi rodaje de diez años en tierras de U.S.A y Canadá, en más de una ocasión me he visto impartiendo cursos universitarios post-graduados a clases de un solo estudiante...

Pero dejémonos de gollerías y abandonemos la pretensión melindrosa de querémosla coger con un papel de fumar. Estamos en Granada, en este concretísimo *aquí y ahora*, al que (y entre otras cosas) se dicen afectar cincuenta mil universitarios y un largo etcétera de bla, bla, blases..., lo cual me hace sospechar con fundados indicios que el Arcano al que antes me refería se ha servido de mí (de mí, castellano total de tierra adentro, no se olvide) como *medium* para manifestación de sus tales y tan portentosas maneras.

El otro día me dejé caer por las instalaciones que, sub especie Corral de Comedias, tiene montadas en la calle Gran Capitán la Compañía así llamada Teatro Estable. Perdón: Un mínimo de referencias. Conocía el existir de esta Compañía porque hace dos temporadas y media presencié la escenificación de su *Colón* en el Salón de Actos de un Colegio Mayor universitario. Me encantó, por enganche, por fuerza, por lirismo,

por acierto en el bordado de textos diversos que utiliza el autor Fernando Cobos para la confección de su tapiz. Luego, lector tan ocasional y tan volandero como soy de la prensa diaria, creí saber algo de las dificultades de asentamiento en Granada que había tenido dicha Compañía, y de ciertos diferendos con otras ciertas autoridades de la Universidad. Nada más. Absolutamente nada más.

Como digo, estaba del destino que uno, uno de entre la cuota periódica de sus portentos con que a través de mí se manifestara, ocurriera la noche en que presencié la representación de *La Tempestad* de Shakespeare. Éramos seis personas, seis privilegiadas y principescas personas las que constituíamos el público, y por más que mi alma sacaba de sus soterrados almacenes y desvanes cuévanos y cuévanos con que recoger el asombro, el engolfamiento en la complacencia, la permisividad sin recato para zambullirme en la estética voluptuosa, en el más cómplice de los asentimientos, siempre me resultaban estos síndromes anímicos más voluminosos que la cabida que les pudieran proporcionar todas mis capacidades de albergar, contener y asumir. Porque muy en la línea tan cara para mis principios axiológicos, el hecho de tener a seis espectadores por todo público creo que alentaba en los actores un impulso inédito y una diamantina autenticidad. Bellísimas, bellísimas hasta un punto de inerme y desesperanzada exaltación, todas las criaturas que encarnaban a los caracteres femeninos de Shakespeare; y cumplidos de gracia solemne y armoniosa los varones. Cuando, acabada la representación, me dirigía a mi Hotel entre quiebros y driblajes de tanta calleja, me iba preguntando si no sería, efectivamente, este bío-topo granadino el punto del orbe, la confluencia en chasquido de espacio y tiempo, donde a uno le puede ocurrir cualquier cosa.

1989

Granadinismo en el Caribe

Mi interlocutor al otro extremo del diálogo telefónico se identificó con un: “Habla Manuel Pareja”. Yo, entre sorprendido y azorado pero con la suficiente carga de impertinente petulancia como para ni siquiera desdeñar lo que entonces me pareció una virtualidad improbableísima, le dije:

- ¿Don Manuel Pareja... Flamán? -, recalcando el “Flamán”
- Ése soy yo - me contestó.

Aquel simple, escuetísimo testimonio de la confirmación de un segundo apellido eufónico, al que le hubieran seccionado el fragmento desinencial para dejar aún más en evidencia los muñones de las dos partes... aquel acordarme yo, por empatía globalizadora, de un apellido al que la auto-amputación le hubiera “agudizado” la sonoridad..., me colocaron en los comienzos de 1954. Desde el inmediato anterior octubre acometía yo mi primer curso en las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho de la Universidad Central de Madrid, y mis desasosiegos poéticos tuvieron su inicial y mágico desahogo público en un poema que me dio a la luz la revista madrileña *Arquero de poesía*. El continuado e intensísimo cultivo que a partir de entonces seguí haciendo de la vena poética, junto a la complicidad soterrada pero cordial de mi padre, y la leal cobertura de apoyo que me prestara un buen amigo de la familia, Julio Ganzo, generaron unos meses más adelante la salida del consabido primer librito de poemas, bajo el título, en mi caso, de *Coágulo*. Manuel Pareja Flamán fue, a la sazón, el responsable tanto de la mencionada revista *Arquero de poesía*, como de las así llamadas “Ediciones Arquero” donde vio la luz mi obrita.

La conversación telefónica con la que he arrancado esta crónica emocional ocurría el verano de 1992, en Santo Domingo, capital de la República Dominicana. Cada cual por turno, y con cierta avidez por mi parte, pasamos a contarnos lo que de nuestras respectivas historias pareciese más aplicable a este re-encuentro, al cabo, como digo, de nada menos que treinta y ocho años. Manolo, poco después de montar su cuasi mecenazgo poético en Madrid, en la muy céntrica calle Jardines (y por consiguiente, poco después también de que mi *Coágulo* apareciese) se trasladó con sus bártulos a Barcelona: Allí estuvo establecido veintiséis años más, para luego mudarse a Santo Domingo donde reside desde hace ya doce. A mi vez, le hablé de mi curriculum poético que –me esforcé por significarle– había permeado toda mi cosmovisión; de mis estudios duplados; de mis diez cursos en América del Norte, y de mis ya veinte en Granada... le hice fijarse bien... ¡en Granada!, su patria chica. Pero a todo esto, me preguntó, agotando su turno telefónico, ¿cuál había sido el motivo de mi llamarle? ¡Ah, sí, pues claro! La respuesta a tal cuestión la desarrollaríamos durante la invitación que me hizo a visitar su casa días después.

Sería el año de 1955. Una familia cubana, de Madrid, sabedores de mi proclividad a las musas, me habían prestado unos libros, *Oasis* y *Nuevo Oasis* del, entonces enteramente desconocido para mí, poeta cubano José Angel Buesa. Una de las dimensiones más honrosas y gratificantes de la poesía es que si interesa y prende, se queda de inquilino permanente en la conciencia de uno; y si no, se volatiliza y...¡tan amigos! La poesía de Buesa me sorprendió por su facilidad engañosa; por el acierto pegadizo (no exento de refinada, elaborada y consciente técnica) de muchas de sus composiciones, y por la fuerza expresiva y conectiva respecto de un vector mayoritario de la sentimentalidad de raíz hispánica. Transcurrió el tiempo y

nosotros dentro de él. Algún que otro eco de Buesa se me patentizó muy esporádicamente a través, por ejemplo, de elementos puertorriqueños con los que coincidí en mi etapa docente-investigadora de diez años universitarios, 1961-1971, en América del Norte:

Pasarás por mi vida sin saber que pasaste.
Pasarás en silencio por mi amor, y al pasar
fingiré una sonrisa, como un dulce contraste
del dolor de quererte... ¡y jamás lo sabrás!

La verdad es que el conversador ocasional parecía casi siempre no recordar más que el verso inicial de esta primera estrofa, de las cinco de que consta este “Poema del renunciamento”; verso o línea inicial, decimos, como clave absoluta, como arranque antonomástico y anunciador del posterior desarrollo. Siguió transcurriendo el tiempo...

A finales absolutos de 1987 me dediqué a mí mismo una celebración adelantada del Centenario del *Azul*... rubeniano; y de regreso de la peregrinación lírica que con tal motivo realicé en Nicaragua, y antes de devolverme a España, recalé una semana en La Habana. Una vez cumplimentado el exiguo y poco interesante ritual turístico que la Cuba castrista de hoy ofrece y consiente, me zambullí en la aventura de lo que, según mis anticipados temores, distaba mucho de poderse resolver mediante el simple pasarse por cualquier librería y... Tenía noticias de que Buesa se había ausentado de su país al iniciarse “la era de Fidel”. No me pareció, sin embargo, justificable la proscripción de su obra en la Cuba de hoy. Así que, con cierta vacilación, y pensando que mi consulta podría constituir motivo de denuncia a la policía secreta, le pregunté directamente a la empleada de una de las librerías más representativas de allí, La

Moderna Poesía, en la calle Obispo de La Habana Vieja. Por lo menos a la mujer le sonaba el nombre, aunque la cara que puso, como de estupor desesperanzado ante el hecho de que alguien se entretuviera en detectar fósiles... Los títulos *Oasis* y *Nuevo oasis* de José Angel Buesa, obras de 1943 y 1949 en sus respectivas primeras ediciones, ampliadas en sucesivas y numerosas entregas –y sobre las que yo, ignorando la existencia de Antologías extensas realizadas sobre su obra completa, había centrado mi búsqueda– parecían fuera del mercado “normal”. Para exacerbar aún más el desencanto que produce la casi extrema improbabilidad de obtener algo que, aunque teóricamente difícil, nos hemos adelantado como factible..., recuerdo que una señora de unos cincuenta años, que me confesó haber sido cantante, y con la que coincidí tomando el sol en la piscina del Hotel Habana Libre, al participarle yo, así, como en confidencia de condenado, lo infructuoso de mis pretensiones, se sintió automática, entusiasmadamente impulsada a recitar conmigo todo el “Poema del renunciamiento” que yo le había comenzado. Su complicidad lírica, tan espontáneamente dulce, sólo consiguió espesar, sin embargo, el poso de frustración y amargura que, bien a mi pesar, saboreaba mi alma. Naturalmente inducido ya, recordé que algunos años atrás en Granada, con motivo de una reunión atlética en la que participaba una representación de Cuba, improvisé en las pistas del así llamado Estadio de la Juventud una charla con un grupo de velocistas, y a modo de prospección para mi estadística particular, les pregunté si conocían, siquiera de nombre, al poeta José Angel Buesa..., autor, sobre todo y entre muchísimas más cosas, del cien mil veces recitado poema..., poema que comencé a recitar yo mismo, allí mismo, para fundamentar el desarrollo de mi curiosidad y de tan espontánea pesquisa... Recuerdo que una negrita preciosa, un junco de fibra y de suavísimos y graciosos contornos, sprinter de

los cien metros lisos, me miró como quien mira a un extraterrestre. Sólo el entrenador, de por lo menos quince años más que el resto de los atletas... cogió onda... y cada vez que llegaba yo al final de la correspondiente estrofa, se me adelantaba él complacido, y con dignificada alegría remachaba el estribillo de... “¡y jamás lo sabrás!”... “¡y jamás lo sabrás!”.

Íbanse mis esperanzas menguando dada la cada vez más real inminencia de mi regreso a casa, cuando tuvo a bien el azar hacerme el más magnífico de los obsequios. Instrumenté la sugerencia de la dependienta de La Moderna Poesía de echar un vistazo por las librerías de viejo, y así, me dejó caer por una primera..., y ¡nada! Claro que para no malograr del todo la visita, me hice con un interesante tomo de *Poesías líricas* de José María Heredia (París: Garnier, 1893) y de una no menos primorosa y absolutamente príncipe edición de *La velada de Benicarló*, de mi paisano Manuel Azaña, volumen que reservé a mi querido y docto compañero, profesor Juan A. Díaz López. Pero de *mi Buesa*..., ni rastro. Mas, como digo, al ubicuo azar se le antojó de pronto ser liberal conmigo. En la segunda librería de viejo que visito, Avellaneda, tengo la impresión de que fue tanto y tan mortificado el acento que puse en mi indagación sobre algún posible ejemplar restante, sobrante, perdido, traspapelado de... sobre todo, esos dos libros de Buesa..., que debieron compadecer al librero dependiente, don Pascual, erguidísimo y negrísimo caballero, que bien pasaría acaso de los ¿sesenta?... ¿de los setenta?, y con una de las composturas más patricias con que jamás me haya yo tropezado. El caso es que don Pascual me llama, así, como aparte, y me dice que tal vez él pueda ayudarme..., que le parece que en su casa conserva él algún ejemplar, repetido o no, de Buesa... y que va a ver; que le llame al día siguiente a la librería para ahorrarme el viaje en caso de que se tratara de una falsa expectativa. Yo me deshice en

parabienes y en votos de éxito por su operación. Le ofrecí... lo que quisiera... una barbaridad de dinero... bueno, lo que quisiera. ¿Dinero? “No”, me dijo don Pascual. Él simplemente quería una cinta virgen de cassette para uno de sus hijos; cosa tan sencilla y que, no obstante, constituía uno de los muchísimos artículos de consumo vedados al indígena cubano, y cuya obtención se tenía necesariamente que efectuar con divisa extranjera en las consabidas tiendas turísticas. Pues muy bien. De acuerdo...

Al día siguiente, por teléfono, me dice don Pascual que tiene algo para mí, y que me puedo pasar cuando quiera por la librería Avellaneda. Yo no sé cómo el corazón mío me ha aguantado tantos y tan fortísimos sobresaltos como a los que, de antiguo, le he tenido sujeto. No podría olvidarlo nunca, nunca. Llego y don Pascual desdobla y atiesa un sobre, y de él sale una estupenda 5ª edición en pastas verdes de *Nuevo Oasis* (La Habana, 1953)... Pero don Pascual tiene otro sobre allí, cuyo contenido se dispone a revelar, asimismo parsimoniosamente. Aquello era demasiado... mis costillares soportando la violencia de mis diástoles. Aparece un volumen, casi cuadrado, de pastas de cartón granate..., sin título en la portada. Sólo al abrirlo, y ya a punto de sufrir un vértigo, puedo leer *Oasis*. Octava edición. La Habana, 1950. A don Pascual le costó trabajo aceptarme las dos cintas vírgenes de cassette que yo le había adquirido esa misma mañana, porque él solamente me había pedido ¡una! Desde entonces, estos dos libritos de segunda mano constituyen probablemente los dos tesoros más señalados y más cordiales de toda mi biblioteca pasada, presente y/o posible.

En una de las periódicas estancias que desde 1983 vengo dedicando a la República Dominicana, una vez, y a cargo de doña Anita, señora de Bencosme, se comentó que les parecía que el poeta Buesa vivía o había vivido en Santo Domingo. Yo dejé

caer mi creencia, poco fundamentada, de haber leído en alguna parte (¿acaso en el *Diccionario de Literatura cubana* que había consultado en La Habana en mi ya referido viaje de 1987-1988?) que Buesa, a raíz de su estampía de Cuba, había residido en Méjico. ¡Qué sé yo! Me anticipo a una probable reflexión del lector: Desde luego que no me hubiera costado mucho, quizá, haberlo indagado por mi cuenta en algún círculo académico. Pero eso no era el caso, mucho menos hallándome de vacaciones de aventura, y estaba decidido a no hacerme con más botín que el que me dispensara la fortuna providencial.

La cosa es que en esta ocasión del verano de 1992 a la que he comenzado refiriéndome, hojeando el “Suplemento” del diario *Hoy* del sábado 20 de Junio, me encuentro con un estupendo artículo de dos páginas sobre nuestro poeta, “José Angel Buesa en una nube de humo”, firmado por un José Alcántara Almanzar, y con la reproducción de una hermosa fotografía del vate cubano. Imagínese el lector mi entusiasmo ante tan fortuito hallazgo. El trabajo en sí, ajustado en su elegante rigor y cordial en su jugosidad informativa, tocaba puntos esenciales respecto de los que no podía yo asumir mayor ni más perfecta comunión de pensamiento. Con todo, el verdadero, el más auténtico valor que para mí encerraba dicho reportaje se concretaba en la noticia bibliográfica recogida al final del trabajo: José Angel Buesa, *Antología poética, 1936-1980*. San Juan, Puerto Rico: Editorial Cultural Panamericana, Inc. Impreso en la República Dominicana por Editora Corripio, 1989. 405 pgs. Absolutamente revelador, portentosamente iluminativo.

Bueno. Ya dije que era sábado. Conque lo primero que acometí el lunes siguiente fue lanzarme a la zona comercial céntrica de Santo Domingo, a la librería más cercana, con la cándida intención de comprarme el libro. Pero –en vista de lo

que se me vino inmediatamente encima cual segundo y vivo retrato de mi penitencia en La Habana— nada pudo tornárseme más mortificante que la facilidad automática que me había anticipado tocante a la adquisición de la *Antología* de Buesa. Me bajo del taxi en la Puerta del Conde y me dispongo a acometer el escrutinio de las librerías de la calle Arzobispo Nouel, aunque, bien pensado, me digo, con ir a la primera de ellas, América, me ahorro dar un paso más. Busco en América, en Trinitaria, en Avante; tuerzo a la izquierda por la calle 19 de marzo y procedo al registro de todo lo que encuentro en la Calle del Conde propiamente dicha. Nada de nada. Agotado. Inexistente. Agotado. Desconocida tal edición. Disponían, eso sí, de impresiones cutres de *Oasis* y de *Nuevo Oasis*, justo lo que yo ya poseía de tan valiosa manera. Decepcionante, cabreante, irritante, insospechado. En un último sitio donde hago pesquisas, una librería de viejo formando esquina, a modo de cartabón subterráneo o entresuelo, entre la Calle del Conde y creo que la Calle Sánchez, ante los acentos de desilusión y nihilismo que me vieron exteriorizar, y ante la intensidad con que yo patentizaba mi interés en obtener dicho libro, el señor empleado o dueño de dicho establecimiento me sugirió acercarme a la, ¿cómo decirlo?, Agencia Comercial de Distribución de la Editora Corripio, sita no muy lejos de allí, en la calle Emilio Prud-Homme... Palabra de honor que tal había sido mi primera intención, la de recurrir a la original fuente; pero fuera por la obcecación que me había advenido al no digerir que algo tan anticipada y presuntamente factible se me tornara tan irrealizable; fuese por lo que fuese, es el caso que tuvo que venirme la sugerencia de alguien ajeno a mí para que yo la pusiera en práctica...

Así que, agradecido, me encaminé a dicha sede. Se trataba de un edificio algo destartalado, a guisa de enorme camaranchón, con mesas de oficina aquí y allá, arriba y abajo,

atendidas por empleados voluntariosos, ejecutivos en ciernes, ¡quién sabe! Me informan: Subo. Me vuelven a informar: Bajo. Pregunta: Se suceden las consultas entra los que... debían saber. Averiguo –y no pequeña cosa– que lo que aparece en la nota bibliográfica sobre la *Antología* de Buesa como “Editora” Corripio, debe entenderse como “imprensa” en el sentido tradicional o “servicios de artes gráficas” en su acepción más moderna, cuyos talleres, de todos modos, se encuentran en la zona de Herrera, justo al otro extremo de la ciudad. ¡Arrea!, me digo. ¡No tendré que irme hasta allí para conseguir el dichoso libro! Desde luego que en este domicilio de la calle Prud-Homme nadie sabe nada de Buesa, excepto, sí, excepto un empleado ejecutivo, amable, enterado y joven, que me dice disponer de un ejemplar en su casa de la *Antología* que estoy buscando, porque su madre resulta que es una fervorosa admiradora del poeta cubano. ¡Hombre!, como dato simpático no está mal, aunque de nula significación práctica. Como punto final de la asistencia que allí pueden prestarme, me dicen que debo ponerme en contacto con el Sr. Pareja, en el teléfono tal y tal... pero que, ¡bueno!, y puesto que se trata de alguien de fuera como yo, español, al que le están viendo desplegar tanto y tan efusivo interés... pues que me van a hacer, que me están haciendo ellos mismos ya la llamada y...

- Hable Vd. El Sr. Pareja al teléfono...

Aquí conecto con el principio absoluto de esta crónica. Luego de la larga conversación de reconocimiento, me vi gratísimamente comprometido a asumir la secuencia de exquisitas atenciones que en los días siguientes me dispensó este granadino de pro. Nuestras dilatadas pláticas tuvieron, en primer lugar, el marco exhuberante de su mansión de la Avenida Independencia, una Alhambra privada en pequeño, si considerada para toda una ciudad, pero inmensa para constituir la

residencia de una sola familia: La piscina curvilínea en el centro del extenso parque-jardín, custodiado y parapetado todo entre frondosos y copudos árboles con los marchamos cromáticos del trópico, hacía aún más notoria esta ecuación de fronda y agua tan cara para los herederos de la más alta fórmula árabe de hedonismo armónico. Y por si fuera poco, entre nosotros dos, la poesía siempre, siempre como fuerza propiciatoria. Por fin había podido yo darle cumplida cuenta a Manolo del cometido que tan por azar había actuado como ocasión para nuestro re-encuentro. Precisamente le llevaba yo la página 6 del diario *Nacional*, del martes 23 de junio, que en una sección de noticias y comentarios breves recogía la siguiente viñeta:

Tal vez los ataques a Buesa obedecieron a que fue el único poeta rico. Mensualmente le llegaban de España, Argentina, Colombia, Puerto Rico y México jugosos cheques por derechos de autor. Además, para aumentar la maledicencia, era alto, buen mozo y tenía tremendo éxito con las mujeres.

Por lo que se ve, una joya de hombre. A todo esto, Manolo me confirmó que su empresa de Artes Gráficas Corripio había, efectivamente, “fabricado” la *Antología*, pero que no tenía ni un solo ejemplar; que lo iba a pedir para mí a Puerto Rico, y que no me preocupara. ¿Preocuparme yo, si estaba en la cresta de la ola, navegando en aguas cordiales de fecunda añoranza y de esperanzada y enardeciente promisión?

Manuel Pareja Flamán, granadino, Licenciado en Derecho por nuestra misma Universidad, cabello argentado en la cima de sus sesenta y cinco jovencísimos años, co-gerente de una de las empresas más grandes de Artes Gráficas, Corripio, quizá de todo el Caribe: como para dar trabajo a trescientas

personas entre obreros y empleados... Manolo Pareja, digo, se explayó conmigo, dada mi condición siquiera anecdótica, alienígena, postiza, de granadino temporal; condición que, sin embargo y por encima de casi todo, gusto de certificar y categorizar mediante el uso de los correspondientes giros idiolécticos, buscados y empleados adrede. Intentamos mitigar mi desazón por no disponer allí mismo, a mano, de un ejemplar de la *Antología*. Y hablamos de Buesa. ¿Había muerto? Sí, Manolo creía que sí, pero nadie me lo hubiera podido asegurar. Nacido en 1910, tendría ahora... Era obvio, todo el mundo parecía estar de acuerdo: Sus poemas, sabidos y declamados; cantados y memorizados, habían adquirido una anchura de continente y una profundidad de alma. ¡Que..., nada, que no me preocupase: Que me pedía un ejemplar a Puerto Rico! Siguió la conversación sobre Granada: me encomendó que trasladara sus saludos a un compañero suyo de cuando estudiaban Derecho. ¿Quién? Diego Artacho Castellano, a más abundamiento, profesor de mis clases de Procesal, jurista caballeroso de claro y práctico saber, letrado de impecable temple. Nada podría agradarme tanto. Si estas líneas le alcanzan antes de mi coincidir con él en Granada, sea así...

Dos días después de llevarme a la Alhambra particular en que ha convertido la espaciosísima propiedad de su casa-mansión, Manolo me enseñó su empresa. Allí pretendió hacerme regalo tras regalo, si bien de su munificencia sólo quise aceptar, por razones de equipaje, el pulido, inquietante y bellamente escrito libro del –¡todavía!– actual Presidente de la República, doctor don Joaquín Balaguer, *Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo* (Santo Domingo: Editora Corripio, 1989 [1988]). Esa misma mañana, sirviéndome de la autorización ilimitada de Manolo para que mirase en todos los almacenes y dependencias de su establecimiento “y me llevase lo que me diera la gana”,

descubrí con la encantadora Mary, secretaria ejecutiva de Dirección, un ejemplar de otra *Antología Poética total, 1936-1980*, de José Angel Buesa. 2ª edición. Santo Domingo: Publicaciones América. Colección Parnaso de América, 1987 [Hato Rey, Puerto Rico, 1981], y que Manolo sancionó sin lugar a dudas como de edición pirata. Desde luego, tiene toda la pinta de tal.

Bien. De nuevo y finalmente la poesía ha servido de pinza que abrocha círculos vitales; que hermana cuadrantes telúricos; que propicia e impulsa encuentros profundos. Desde estas líneas mensajeras yo sólo he pretendido trasladar hacia el público de buena voluntad y memorioso la vibración cordial de este granadino de pro, Manuel Pareja Flamán, en su Hispaniola, en este año antonomástico de Hispanidad sin fronteras.

1992

Filipinas (y Asia) en lo hispánico

Creo que, manifiesta o soterradamente, los viajes siguen en nuestras vidas unas pautas con dinámica propia, como si el finalismo parcial de cada una de sus instancias buscara su acomodo justo en un organigrama más amplio; de forma que al considerarlos con la oportuna perspectiva suelen aportar a su ejecutor un sumando de decisiva coherencia...

Así conmigo. Aunque muy a grandes rasgos y con holgada indeterminación, las migraciones de mi espíritu afectadas a específicos cuadrantes planetarios han guardado, siquiera de lejos, cierta correspondencia respecto de otras tantas franjas temporales. Los años cincuenta tuvieron a Europa –virtud y necesidad coincidían– como principal y único campo de operaciones; la década de los sesenta, a América del Norte, a más países de Europa y a parte de Africa; la década de los setenta, a casi todas las Españas de Sudamérica, a lugares de Oceanía, a más países nuevos de Europa y, también, a más de Africa; la década de los ochenta, en fin, junto con el resto de las Españas de Centroamérica y del Caribe, mis desasosiegos exóticos tuvieron como ámbito a más países nuevos de Europa y algunos del Asia próxima, y supuso mi primera incursión en el propiamente dicho Lejano Oriente. Aquel viaje de finales de 1983 y comienzos de 1984, junto con Bangkok, Bali y Singapur, tuvo a Manila por destino más distante y, sin entrar aquí en las motivaciones turísticas y humanas de aquel inicial correteo mío por el Far East, tal fue la preñez emocional que me propiciaron algunos de los aspectos vitales de Filipinas, que a mi regreso a España publiqué en el diario *Ideal* de Granada, con fecha 23 de marzo 1984, el reportaje “Manila o la decepción iracunda”, que incorporo en este punto al presente escrito.

Creo asimismo que el valor de un trabajo puede medirse desde muy distintas posiciones. A veces sus proposiciones y asertos, al seguir los meandros más o menos azarosos de la intuición, más o menos acertados del vaticinio impresionista, van cargándose de un sugestivo limo que, andando el tiempo, hace posible toda una floración de maduradas realidades. Algunos detalles de mi artículo “Manila...” redactado bajo el efecto de enfebrecida emocionalidad, no resistirían en el momento presente la prueba del rigor. Tampoco hace falta, me atrevo a añadir. Y si, como digo, ciertas apreciaciones parciales necesitarían revisión, me cumple confesar que pocos trabajos míos consienten, en tan gran medida, tal versatilidad de ulteriores desarrollos como “Manila o la decepción iracunda”; pocos escritos míos encierran tal polipasto de perspectivas encontradas, fusionadas, entrechocadas en armónica y apretada fusión y, por lo mismo, aupadas a una superior síntesis de cosmovisión humanística. La pequeña historia de estos encuentros y desencuentros tiene su trampolín eyector en aquella primera “iracundia”, y de todo ello es de lo que ahora me gustaría dar cuenta...

El haberme enhebrado (en buena medida, por azar) en una red de amistad por correspondencia o “pen-pal club” fue la tenue justificación que mi espíritu se exigió para renaudar mis visitas a Filipinas a partir del periodo invernal navideño de 1990, bien entendido que mis estancias se han venido concretando exclusivamente en Manila y en Cebú, la capital de la isla del mismo nombre del archipiélago de las Visayas, amén de algunas excursiones tanto en dicha isla de Cebú como en la de Luzón, en que se encuentra Manila. El acervo de impresiones, propiciadas por una variedad sorprendente y siempre cambiante de circunstancias y de condicionamientos, debo decir que ha ido formando todo ese magma cuyo cauce de salida y expresión

pretende ser este escrito. La perplejidad, acaso arrobamiento, y una como multiplicidad de reflexiones surgían cada vez con más obstinada intensidad, y lo más característico de todo es que yo me encontraba desprovisto de parámetros lógicos, más bien pertrechado tan sólo de ignorancia, para ahorrar, cohonestar y, en definitiva, reducir a razón el formidable despliegue de realidades por las cuales y ante las cuales me sucedían raptos de ensimismamiento y de vértigo emotivo. Y no tengo más remedio que explicarme...

El contenido de mi pretérito y ya citado trabajo “Manila o la decepción iracunda” comenzaba a resquebrajarse en alguno de los aspectos que al escribirlo consideré fundamentales. Saboreé un último regocijo por sorprenderme, una vez más, recogiendo, recobrando el considerable botín de haber dejado aflorar una ambiciosa germinación de premisas larvadas que mediante el juego de proposiciones y recusaciones, de réplicas y contra-réplicas, emergían ahora con la pujanza que su dilatada hibernación en la química de mi espíritu les prestaba. En una palabra, comenzaba a entender más; comenzaba, mediante el esfuerzo del conocimiento, a dominar la realidad que antes me había zarandeado en un empantanamiento de turbaciones...

En el aspecto lingüístico, ya tocado en mi “Manila...”, ¿cómo, si no, hacerse cargo de la legión de términos, no ya castellanos, sino castizos, que en el corazón de una frase de reportero de prensa filipina diaria en inglés esmaltaban, redondeaban tanto el sentido de la noticia como el regusto coloquial y/o estilista del autor en cuestión? Infatigable lector de periódicos cuando estoy en el extranjero, he aquí algunos hallazgos en la prensa de Manila: Teodoro Benigno, en *The Philippine Star* de 17 de julio 1992, en su comentario de análisis político, escribe: “The continuing trials of [nombres propios] will certainly subject the incoming government of President

Fidel Ramos to an acid test. Will these trials continue as before? A pandanggo sa ilaw? A moro-moro? A zarzuela?” Y un poco más adelante en el mismo artículo, y al referirse a ciertas actuaciones supuestamente vituperables de la justicia, sobre un trasfondo político y social, dice que “this column conferred two special year-end awards, the Order of the Labatiba for the Mayor and the Order of the Orinola for the Judge”. En la Sección “Classified Ads” del *Philippine Daily Inquirer*, y en el espacio reservado a “Job vacancies”, durante varios días seguidos de diciembre 1990, domingo 23 y lunes 24, por ejemplo, en páginas 19 y 20 podíamos leer: “Female. Yaya 1,800 cook 2,000 lava 1,000 housegirl 900... [nº. de teléfono] ¡Rush! Good amo”. En el *Manila Times*, 29 junio 1993, p. B8, bajo el epígrafe “Mucho moocher” se habla de una fumadora empedernida y gorrón con el “diabolic habit of mooching cigarettes”. En el suelto “Famous Lady” del mismo diario, fecha 3 de julio 1993, p. A5, al sugerirse una conexión femenina extramarital referida al Presidente actual de Filipinas, el firmante declara que “the Spanish adjective ‘descarada’ readily comes to mind”.

Pero la nómina de sorpresas socio-lingüísticas no ha hecho más que empezar. Dentro de la variedad de situaciones, de intenciones y de intensidades, tengo plena conciencia de que somos muchos los que hemos quedado impactados ante el hecho de escuchar conversaciones en plena calle de la localidad filipina que en cada caso fuere; conversaciones en las que términos ingleses, términos autóctonos irreductibles de los grupos correspondientes (cebuano, tagalo, ilocano, chabacano, etc.), y términos castellanos puros como elementos de con-formación de tales familias, se sucedían con la más expedita de las naturalidades, constituyendo dichas secuencias una de las más atractivas y curiosas mostraciones socio-lingüísticas. Este tira y afloja de inexistencias y de realidades, en lo que se refiere al

substrato lingüístico hispánico, y a lo que de él aflora hoy día en Filipinas, adopta las típicas fórmulas que cada momento histórico permite. Ya al visitar Manila en aquella vez primera de últimos de 1983, época navideña, frecuentaba yo la cafetería/restaurante, con música en vivo, suministrada por un simpático pianista y vocalista [que para más señas me permitió cantar algunas veces acompañado por él al piano] del Hotel Mabuhai [hoy transformado en el Sundowners, de más empaque], en la calle Mabini, local, digo, donde una recatada y preciosa camarera, por nombre Mila de Guzmán, tras no pocos persuasivos requerimientos por parte mía, accedió a confesarme que sabía decir en español cosas como “Feliz Navidad”, amén de conocer la canción “El Tamborilero” interpretada, sobre todo, por el inefable Raphael. Precisamente los villancicos que he podido escuchar durante mis estancias de épocas navideñas en Filipinas, todos eran de la archiconocida (y algo empalagosa) modalidad anglo-parlante, entiéndase, norteamericana U.S.A. Una vez, recuerdo distintamente, en el Hotel Silahis donde a la sazón estaba yo hospedado, en el ancho Boulevard Roxas, que discurre a la vera, al borde de la bahía de Manila, tuve la privilegiada ocasión de presenciar la interpretación de villancicos propios de la estación navideña a cargo de un coro mixto. Los chicos y las chicas que formaban el conjunto, creo que provenientes de unos colegios, y pulcramente uniformados, e investidos de una gracia benévola tan espontánea como carente de sofisticación, deleitaron cumplidamente a la concurrencia del Hotel, y a mí muy en particular. El primero de los dos días en que intervinieron, al final de su actuación me aproximé a la directora musical del grupo y con mi mejor gesto y disposición convivencial (al menos, eso pretendía yo en conciencia), además de darle mi encendida enhorabuena, le sugerí que... bueno..., que... por qué no incluían en su repertorio alguna cosilla

española. Ni que decir tiene que para acompañar a mi propuesta de lo que a mí me pareció en ese momento la mejor embajada de fehaciencia en vivo y en directo, no tuve empacho de canturrearles el citado “Tamborilero” y algunos soniquetes clásicos de villancicos nuestros de toda la vida. La directora no dijo nada, pero al menos sonrió y se despidió de mí con amabilidad. El segundo de los dos días en que actuó dicho coro de chicos y chicas volví de nuevo a la carga. Menos mal que fue al final absoluto de la fiesta, porque la expresión de la directora fue resueltamente como de fastidio ante tan... incontinente e inoportuna sugestión por parte mía. Había yo, uno de esos días, reparado en el vocablo inglés “misrule” (“desgobierno”) que el libro de turismo por excelencia sobre Filipinas, en edición estatal sacralizada, y que obraba sólo para consulta en las habitaciones del Hotel Silahis, había elegido para identificar los tres siglos y medio de incumbencia española, y no dudé por un momento de que la sochantruela laica me había dedicado a mí, español, la cuota de animadversión acrimónica de la que ella, como filipina, me hacía responsable por herencia.

El primer gran aldabonazo que recibió mi conciencia sobre el tema del hispanismo en Filipinas fue una noticia en un diario de Manila [conservo en otro lugar el recorte que, sin embargo, procedía de un periódico venido a mis manos durante un vuelo Manila - Bangkok en verano de 1991; o tal vez Manila - Jakarta a finales de ese mismo 1991], donde se anunciaba que alguien, de nombre Lamug, estaba a punto de volar a España para asistir a un Congreso de Hispanistas. En aquella circunstancia la tal noticia, desasistida de toda otra relación, y en su magnífico y espontáneo aislamiento, acabó por desdibujarse en mi memoria, no sin que, como digo, después de recortado el suelto, lo dejara archivado en una carpeta de papeles fuera de la circulación. La identidad de la persona que propiciaba dicha

noticia y su propia relevancia se me iban a revelar andando el tiempo, y de ello espero dar cumplida información al avanzar en este escrito. Luego ya, un poco en plan de rutina, un poco impulsado por esa suerte de frondosa complicidad que la realidad y mi espíritu iban configurando, mis encuestas personales sobre el grosor del poso hispánico asentado en estos prójimos comenzaron a arrojar resultados alentadores...

No obstante, la interpretación última de tales merodeos me empujaba siempre a idénticas evidencias de base, a saber: Que por los U.S.A primero, después, a continuación y siempre; y que también por otros elementos de poder fáctico en algunos periodos concretos de la historia reciente de Filipinas (como el “decretazo” en su día de la ex-Presidente Cory Aquino, suprimiendo, sólo como ejemplo, el español del curriculum de estudios), *lo Hispánico* había sido objeto de persecuciones, de intento concienzudo de erradicación. La culpa y/o responsabilidad imputable y/o atribuible a nosotros, que nos corresponda a todos los españoles (más que nada ahora que la presión asfixiante de los U.S.A, después del abandono de las bases Clark y Subic, parece haber tocado *definitivamente* techo), es cosa que está por ver y a la que, en todo caso, y por alusiones, tendré que seguir refiriéndome. Y puesto que la conclusión de mis sondeos me reconducía siempre a los mismos o parecidos incontrovertibles corolarios, sentía yo así mayor desenfado y soltura en seguir haciendo acopio de demostraciones parciales mediante personalísimos recuentos. Pocas o ninguna de las empleadas en los servicios de hostelería del Holiday Inn, primero, y luego del Silahis Hotel dejaron de hablarme en el consabido “poquito” de español mientras aproximaban hasta casi el contacto las yemas de sus dedos índice y pulgar. Entrarles en el asunto era ya de por sí un terreno proceloso. Si no miedo, sí al menos desazón desorientada era lo que estas criaturas parecían

sentir cuando alguien como yo les “invitaba” a confesar lo que del pasado hispánico albergasen sus almas. Improvisadas encuestas en las que me embarqué quedaron ilustradas por una variedad de casos y de circunstancias. En una de mis llegadas al terminal del aeropuerto doméstico de Manila, recuerdo que estaba diluviando, y que los avispados taxistas, ante tamaña y tan maniobrera contingencia, pretendían cobrar cinco veces limpias más el valor normal de la carrera hasta el Silahis Hotel. No se me ocurrió nada más socorrido para despachar mi adrenalina que proferir en voz alta y muy conscientemente algún expletivo rotundo, de tenor escatológico, sobre el comportamiento y/o la prosapia de dichos taxistas; a lo cual, una señora mayor, que venía detrás de mí, en castellano correcto aunque mostrando los efectos de una como prolongada oxidación por desuso, me dijo: “Señor, no hable Vd. así”. Confieso que el escozor que me produjo su testimonio de reproche quedó con mucho compensado por la satisfacción de anotarme en mi listado un ejemplo más de filipino hispano parlante. Una columnista de alguno de los diarios anteriormente reseñados recuerdo asimismo que se refería al trasfondo hispánico que el pueblo filipino, conscientemente o no, afirmándolo o negándolo, en todo caso sigue transportando entre los entresijos de sus vivencias. Mis comprobaciones, como digo, llegaron a convertirse en rutinarias: La muy femenina y bonita azafata de la Philippine Airlines, Maryrose Pecson, de Parañaque, y que me atendió durante el vuelo de Manila a Jakarta en el verano de 1992, me decía que ella sólo conocía algunas palabras de español; pero que su padre, juez de profesión, lo hablaba correcta y normalmente. Y la esbeltísima y turbadoramente atractiva Sra. D^a Babette Tiansan, Vice-Presidente de Executive Resources, Agencia de Viajes y Gestoría en general, con oficinas dentro del propio Silahis Hotel, convenientemente interrogada y propiciada, comenzó a hablarme

en español y me siguió informando con un dejo como de sofrenada, casi prohibida añoranza, que en su casa “su abuelito” les hablaba siempre en español.

Con todo, mi toma de contacto viva e intensísima; mi reencuentro inquietante y lírico con lo hispánico de Filipinas, y en cuya estela no he dejado de moverme hasta este momento, data igualmente del verano de 1992 y también en Manila. Me hallaba echando un vistazo al *Philippine Daily Inquirer* de 17 de julio cuando la atención se me quedó bruscamente agarrada del rótulo “Spanish Dances at Casino Español”. Las primeras cinco líneas de las aproximadamente treinta que componían el suelto, contenían, en síntesis, el núcleo argumental de la noticia: “The Grupo de Bailes Españoles of Solidaridad Filipino Hispana, which holds its Flamenco Spanish dances at Makati’s Casa de España, will have a recital de graduación on July 25 starting 12 noon at the salon principal of the Casino Español de Manila”. A continuación se daban los nombres de los/as bailarines/as y de las partituras a ejecutar. Reparé en el último nombre propio de la noticia, Dr. Rosario Valdés Lamug y lo asocié inmediatamente al anuncio de prensa un año o un año y medio antes en que alguien con ese mismo nombre (y ahora ya no me cabía duda de que se trataba de la misma persona) se disponía a asistir (o había asistido ya) a un Congreso de Hispanistas en Madrid, etc., etc. Esta noticia sobre los bailes, con toda la frondosidad informativa de su contenido, me hizo necesariamente reflexionar sobre las dos únicas disposiciones de ánimo de las que me hago acompañar cuando estoy de viaje: Una, la no fijación de antemano de ningún programa que suponga supeditación a fechas, horas y/o tipos de actividad dirigida. Otra, mi actitud siempre abierta y decidida a solidarizarme con cualquier manifestación que espontáneamente y sin tiranías pudiese presentarse en el espectro de mi conciencia...

Comprobé que la tal noticia de la prensa sobre los bailes españoles correspondía de lleno a este segundo apartado, y me felicité por poderme servir de uno de los aspectos de mi amplitud cosmovisiva. Llegó el día 25 de julio y previa y aquilatada acreditación del lugar, me dirijo al 855 de la calle TM Kalaw, a la espalda del supermercado Masagana, distrito urbano de Ermita, sede del Casino Español de Manila. Entré investido de esa múltiple y flexible valencia que en casos así supongo que es consustancial a alguien que, como yo, aunque descendiente de conquistadores, iba a dejarse conquistar. Me adentré, como digo, por las buenas, sin más credenciales que mi creencia en la todavía mejor fe que yo daba por hecho que tendría que portar quienquiera que fuese el primero que me interpelara, y que, siempre según mis cálculos, le haría percibir de inmediato e inequívocamente la reciedumbre de mi españolidad. Comencé a recorrer parte del cuadrángulo bajotechado que rodea al patio, de donde partían los accesos a distintas dependencias, como el restaurante, el salón para bar y cafetería, etc. Poco duró mi peregrinar orientativo ya que, a través del espacio descubierto y central, en una amplísima estancia enfrente de donde yo me encontraba, distinguí, entre otros, a un hombre filipino que ensayaba y ejecutaba unos pasos de baile que unos cuantos bailarines más al lado suyo y a su espalda se encargaban de replicar cuidadosamente. No bien me había arrancado a encaminarme desde mi punto de observación hacia la dicha estancia donde tenían lugar estos ensayos, cuando, luciendo un primoroso vestido sevillano de faralás, predominantemente amarillo, se cruzó conmigo una verdadera Giralda de mujer, un paradigma cumplido de morenía manileña, como sacada de un contexto transplantado de Julio Romero de Torres... Nos miramos, nos detuvimos... y... Se trataba de Maridel Cruz, Sra. de Coching, que intervenía en la exhibición de baile...

Lo que siguió ya, a partir de ahí, aunque constituyendo un elenco cuajado, apretadísimo y diverso de encuentros y de epifanías creo que se acomoda mejor en un estilo más bien improvisado a mi papel de cronista ingenuo, dejando que el lector, con los metros de sedal que yo desde este momento le largo, discurra por su cuenta en el flujo cordial de los acontecimientos. El caso es que me presentan al señor a quien he visto dirigir y ensayar los pasos de baile: No es otro que don Guillermo Gómez Rivera que como miembro de la Academia Filipina, correspondiente de la Española, aparece en nuestro Diccionario de la Lengua Española, desde su vigésima edición de 1984, y ya en la vigésimoprimera de 1992, como Coordinador Ejecutivo y Bibliotecario. Me presentan a la Dra. Rosario Valdés de Lamug, que asimismo aparece como miembro de la Academia Filipina correspondiente de la Española desde las dos últimas ediciones de nuestro Diccionario, y concretamente como Tesorera en la de 1992...

Quedo automática y plenipotenciariamente invitado a la comida, a la exhibición de bailes, y al acto de renovación y juramento de cargos dentro de la Confederación Nacional de Profesores de Español, con la presencia representativa de la Embajada de nuestro país. Y como argamasa, como soldadura y continuidad entre todas y cada una de dichas secuencias, la tertulia esclarecedora con unos y otros. La demostración de bailes incluye un auténtico aljófar de piezas clásicas: “Tres Ritmos Flamencos”, “Soleares” y “Peteneras” son ejecutadas respectivamente por las estudiantes japonesas Fusako Becknerr, Yoko Nakata, y Keiko Shimabukuro; el canadiense Christopher Bellknight desenreda garbosamente las martingalas de ritmo de “Sacromonte”; la filipina Emma Estrada se encargará de plasmar el “Capricho español”, en tanto que la ya citada Maridel Coching Cruz, de un lado, y la también japonesa Minayo Okabe, de otro,

realizan “Sevillanas” y “Verdiales”, respectivamente, ambas piezas extraídas de “La Boda de Luis Alonso”. Director General de todo el tinglado: don Guillermo Gómez Rivera...

En esta crónica en la que podría obviar cualquier detalle, excepto mi voluntad de rescate y salvaguarda de aquel mazazo lírico que conmovió hasta los más abisales regatones de la conciencia mía, quiero constatar con especialísima vivencia el enaltecido efecto multiplicador que llevó consigo aquella exhibición de Hispanidad a tantos kilómetros de España.

La renovación y juramento de cargos dentro de la Confederación Nacional de Profesores de Español se ofició conforme a la fórmula escrita que a continuación transcribo:

Yo, (nombre y apellido) oficialmente elegido/a (puesto) de la CONFEDERACIÓN NACIONAL de PROFESORES DE ESPAÑOL, juro solemnemente / desempeñar mis obligaciones y responsabilidades, / indicadas en los Estatutos de esta Asociación, / dentro de mis mejores fuerzas y capacidad.

Prometo guardar las reglas; colaborar con los colegas / en labores pro-hispanas; / promover la enseñanza del español / en los centros docentes; / custodiar / nuestra rica herencia Hispánica, / y enaltecer / la lengua y cultura españolas / para la mayor gloria de Filipinas.

Ruego el apoyo del Señor.

25 de julio 1992

Entre los también invitados al acto se encuentra doña Ana María Madrigal Llorente, del Departamento de Lenguas

Europeas de la Universidad de Filipinas, en Quezon City, y con la que resulta que comparto la gratificante afinidad de haber sido condiscípulos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, allá por los mismos años, y por lo que en raptos de pequeñas revelaciones descubrimos, hasta de las mismas clases...

En este 25 de julio de 1992, día de nuestro Señor Santiago, paso a ser “Miembro Protector de Honor” de dicha CONAPE, Inc. mediante el correspondiente recibo que se me extiende; y como punto final, de momento, a tanta, tan profunda y tan dilatada epifanía, nos hacemos una foto en la que, teniendo una réplica del velazqueño “Las Lanzas” por fondo, aparezco flanqueado a derecha e izquierda por emblemáticas personalidades del Hispanismo filipino.

Esta simple convención tipográfica del punto y aparte significa en el presente reportaje nada menos que el transcurso de todo un año. Así que estamos instalados de nuevo en Manila, sólo que en julio de 1993. Había regresado yo de Cebú, de cauterizar mis desasosiegos, de responsabilizar las rebeldes entropías de mi espíritu respecto de un módulo de eterno femenino, y en tanto que [antes de regresar a Bangkok y luego a España] configuro y gestiono una visita a Korea del Sur con el fin de satisfacerme un capricho preterido en ocasiones anteriores, decido contactar por teléfono con Guillermo Gómez Rivera, cuya tarjeta de visita viajaba naturalmente con mis documentos de referencia inmediata...

En este punto me veo forzado a intercalar una precisión, acaso pueril. Durante el referido lapso del año recién transcurrido yo tenía bien presente mi envío de algunos papeles a Guillermo, y sobre todo, y sin lugar a dudas del recorte célebre de periódico en que se anunciaba el viaje de la Dra. Lamug a España, recorte que la propia Rosario, en la ocasión de

conocernos, me había dicho no tener, etc. Por otra parte, nada me había llegado de otras cosas que Guillermo quedara en mandarme... ¿Sería cosa del correo; de una simple contingencia del signo que fuere; o sería cosa de que, en el fondo, mis “amigos” no encontraban en mí tanto de *persona grata* como los indicios pudieran dar a entender? Nada más formularme en la mente esta pequeña cascada de proposiciones, de conjeturas, sentí verdadera vergüenza, me sentí apabullado de haber siquiera concedido pábulo teórico a la última de ellas. Y el antídoto directo, a mano, fue telefonar en el acto a Guillermo. Puedo decir también que a partir de este mojón comienza a homologarse el más intenso, el más revelador y significativo de los tramos en que el espíritu mío se ha sentido engolfado respecto de la inmensa y portentosa aventura con que se identifica lo Hispánico en Filipinas...

Guillermo, dicho y hecho, me dice que me pasa a recoger al Hotel. Ahora bien, viene acompañado de Eve Gaerlan, meritísima dama filipina de los Majesty Film Services, incendiada de acendrado entusiasmo por el baile español, en general, y por ciertas figuras de la copla y de la canción de épocas pretéritas (como “La Argentinita”) en particular. “Herencia fiel Hispana” es nada menos que el nombre de la Asociación que ha montado a la mejor y más noble gloria del folklore y del baile de nuestro país. Claro que el ambiente expedito de la cena a la que me invitan Guillermo y ella brinda un magnífico y distendido campo de cultivo para que Eve me pregunte, me suscite, me consulte y me encargue cosas de España, a las que procuraré afectar mi mayor voluntad en aras de su cumplimentación, ya que mi original ignorancia sobre los temas de referencia [sobre Rosa Jiménez Gayoso; ¿Hay alguna película protagonizada por “La Argentinita” en que ella bailase? ¿Podríamos conseguir algún vídeo de baile español y flamenco

de la bailaora madrileña María Pilar Jiménez? Puesto que en Cádiz hay una “Fundación de Flamenco”, ¿la hay en Granada?, etc., etc.]... mi original ignorancia sobre los temas de referencia, digo, no tiene medida.

En cuanto a Guillermo, y partir de ahí, nuestras charlas van despojándose de su, en un principio, carácter anecdótico y se van adentrando, por lo menos en lo tocante al alma mía, en categoría iniciática. Nos intercambiamos información previa. Resulta que un envío postal que me hizo nunca llegó a mis manos. Él lo achaca a redadas de intervención en el correo que de vez en cuando efectúan las autoridades filipinas. En honor a la verdad, debe tratarse de un caso objetivo de mala fortuna porque la correspondencia que he venido manteniendo con otras amistades (y descontando el siempre fastidioso factor de la lentitud) ha funcionado, en general, razonablemente bien. Así que, al menos queda todo explicado y la atadura de los cabos de ese año entero de extrañamiento se produce a la perfección. La magnífica foto del Casino Español resulta que iba entre los papeles que no llegaron. No importa. Guillermo me encarga una ampliada, preciosa, que es la que tengo aquí delante, mientras escribo ahora lo que estoy escribiendo. El recibo de mi donación simbólica a la CONAPE, Inc., como Socio Protector de Honor también iba entre las cosas, pero tampoco importa porque Guillermo me prepara un recibo doble, cubriendo los dos ejercicios. ¿Qué más? Ah, sí, ahora es cuando empieza todo lo demás. En esa velada y en la que con carácter monográfico nos dedicamos al día siguiente, Guillermo me va desgranando, pasmo a pasmo por parte mía, las interioridades que *lo hispánico* en Filipinas comporta. Sus revelaciones prestan marchamo profético a mi “Manila o la decepción iracunda” de diez años atrás y que desde ese momento prometo enviarle en cuanto llegue a España. Jamás he atestiguado tal soterrada afinidad entre

lo que, con su gran carga de emocionalidad intuitiva y laxitud rigurosa en ciertos extremos de doctrina pura, dejó escrito en 1983, y estas exhaustivas y documentadísimas declaraciones de uno de los más significados filipinos en la salvaguarda, mantenimiento y exaltación de lo Hispánico.

Pero, en definitiva, ¿Quién es este Guillermo Gómez Rivera? Descontando el detalle anecdótico de que en lo relativo a edad existe sólo una diferencia de días entre nosotros dos, efectivamente, en la tarjeta de visita que de él tengo reza:

Director de *Nueva Era*
Patnugot ng *Tagalog Chronicle*
Editor of *The Listening Post*
Miembro de la Academia Filipina correspondiente de la
Real Academia Española de la Lengua.
Presidente: Confederación Nacional de Profesores de
Español, Inc.

De todos estos títulos y/o menesteres había extremos que muy bien podían esperar, pero lo relativo a la “correspondencia” con nuestra R.A.E. de las personalidades filipinas que aparecen en el *Diccionario* no había dejado de hacerme cavilar durante todos estos años. Por lo que nuestro primer Diccionario declara, la Academia Filipina, correspondiente de la Española, fue establecida en Manila el 25 de julio de 1924. Obsérvese, por si fuera poco, que fue precisamente un 25 de julio cuando tuvo lugar nuestra particularísima emotiva anagnórisis. ¿Pero qué porcentaje de filipinos habla español hoy en día en Filipinas? ¿Qué sentido tiene disponer de, mantener, una Academia relativa a una lengua que el pueblo *no* habla? Bien. Esas preguntas que cualquier espíritu en estado de inocencia puede hacerse con sosegada espontaneidad, me confesaba Guillermo que fueron las

mismas que le formulara don Dámaso Alonso, unos años atrás, desde su atalaya solemne de Director de la R.A.E. Pero lo portentosamente especial del caso es que los conceptos cuantificables de aritmética pura quiebran dentro de la configuración atípica de las realidades y de las tendencias lingüísticas que hoy podemos testimoniar en Filipinas. Existe la creencia general de que el asfixiante influjo U.S.A o “usense” sobre este país asiático ha alcanzado su techo, sobre todo después de la salida de los enclaves militares de Subic y Clark. Al comentar con Guillermo estas cuestiones de geopolítica, nos venían fielmente a la memoria los sagaces razonamientos de don Miguel de Unamuno sobre la diferente forma de colonialismo que Filipinas había pasado a “disfrutar” desde la despedida de España y consiguiente ocupación yanqui. Resulta que Guillermo, nada menos que ya en 1971 había dado a luz el librito *Let's Scrap 'Pilipino': The Fake and Unconstitutional 'National Language' and Go For Filipino*, y por lo que, en resumen, se aboga en esta vigorosa y centrada monografía es que, puesto que además del Tagalo existen otros grupos étnicos y lingüísticos en Filipinas (Ilocanos, Bicolanos, Cebuanos, Sinamar, Leytenos, Hiligaynons, Cuyunins, Tausogs, Muslims, Chabacanos, Pampagueños, Zambals, Panggalatok, etc.), y puesto que el inglés no ha sido nunca, ni será, la lengua en que *el pueblo* se comunique normalmente entre sí..., el término ‘Pilipino’ tagalo debería dejar paso al de *Filipino* que al menos se asienta en la universalidad de la grafía castellana; término que, además, sería denotativo del lenguaje cohesionante y compendiador de todos los demás grupos *no* tagalos.

Intentaba yo calibrar el iniciático grado de complicidad intuida que se había generado entre los alegatos de este gran campeón filipino del Hispanismo, don Guillermo Gómez Rivera, y mi artículo “Manila o la decepción iracunda” de principios de

1984, de un lado; y el acopio de revelaciones y datos que, si bien desde una óptica turística sin finalismos determinados, tan espontánea y abundantemente se había incorporado a mi acervo mental, de otro lado. Cuando desde una perspectiva, más de esteticismo y eufonía que otra cosa, arremetía yo en mi “Manila...” contra la *P* de *Pilipino*, lo hacía con el más absoluto desconocimiento de las peculiaridades fonéticas aplicables al caso y, huelga decirlo, del haz de contundentes razones que Guillermo blande con aquilatada erudición. Por eso no he dudado en calificar de iniciática, de mirífica, esta formidable complicidad, esta afinidad soterradamente larvada en la que nos encontrábamos mis amigos filipinos y yo, respecto de un asunto común, celebrando, enaltecidos, el hecho de que medio ecúmene de separación telúrica no haya propiciado sino una palingenesia de las vibraciones, una galvanización de los constantes bombeos cordiales, una diástole dinámicamente, imparablemente expansiva.

En esta línea de ocultos parentescos y de veladas, aunque trepidantes, vinculaciones, llega a mis manos el trabajo de don Francisco Planells Boned [Coronel de Infantería DEM], “Hispanismo en el léxico militar Tagalo”, *Ejército: Revista de las armas y servicios*, Año XLVI, nº 544 (mayo 1985), pgs. 88-92. Junto con atinados juicios de proyección histórica y castrense, el autor diserta con pulcritud sobre cuestiones lingüísticas que, obvio decirlo, desbancan las apreciaciones puramente emocionales que vierto en mi artículo “Manila o la decepción iracunda”. A mayor abundamiento, me precisaba Guillermo que en la configuración de lo que “grosso modo” pudiéramos entender como triángulo fonético del castellano, el tagalo desconocía toda la franja correspondiente a nuestros fonemas *e* y *o*. El resultado cómico es que *Felipe* correspondería

en tagalo a *Pilipi*. Al final de su interesante trabajo, el Sr. Planells, al tiempo que augura un futuro incierto para el español:

“¿Habrá de quedar relegado nuestro idioma al papel de recuerdo de anécdota histórica lejana?”

nos informa de que:

“En el libro PC/INP SONG BOOK, 4ª Edición, 1979, recopilado y ordenado por la Oficina de Relaciones Civiles del CG del “Constabulary” (Guardia Civil) Filipino, después de un repertorio extenso y muy rico en canciones patrióticas y populares y de otro grupo de cantos tradicionales militares, tanto en Tagalo como en Inglés, y en los diversos dialectos filipinos (bilocano, cebuano, ilocano, isongo, igorrote, maranaro, etc.), se recogen cerca de una veintena de canciones españolas o, mejor, hispanas que nos vuelven a recordar el enorme afecto que los filipinos, a través del tiempo y la distancia física que separan nuestra presencia material de su hermoso archipiélago y en contra de los numerosos obstáculos que se han puesto a la pervivencia de nuestra cultura, siguen guardando por todo lo español. ‘Angustia’, ‘Júrame’, ‘Noche de ronda’... son títulos emotivos que intentan recordar con ritmos nuevos que españoles y filipinos estuvieron juntos, crecieron y lucharon unidos cerca de tres siglos y medio. ¡Tal vez haya

llegado el momento –y las circunstancias propicias– de volver a encontrarnos!”

(p. 92)

Con este panorama ya choca menos que desde el muy conspicuo don Dámaso Alonso hasta el menos presuntuoso de los turistas filólogos de a pie nos hayamos preguntado por la identidad y la representatividad de los académicos filipinos correspondientes de la R.A.E. Y sin embargo, la realidad de Filipinas bien podría poner un broche de diamantes a esa pinza lingüística que terminaría de ceñir el globo por su cintura y en español mediante el cierre por el Pacífico. Pocos fenómenos ilustrarían con más ejemplaridad el cisma que se produce entre ciertas leyes lógicas, ciertas normas intelectuales que se encargan de recoger los libros, la Historia, la ciencia filológica, de una parte; y la vivencialidad vernacular, de otra, incorporado todo ello a una unidad elevada de sentido aun dentro de su generosa y engañosa fragmentación. Si el mosaico o centón idioléctico de las Españas de América ofrece el fascinante panorama que, primero, desde chavales, nos apresuramos a descubrir librescamente en la obra de los Lapesa, Kany, y tantos otros; y después, a disfrutar a lo vivo mediante nuestro animoso hollar peregrino por, prácticamente, todas esas Españas..., ello así considerado, ¿qué portentoso juego no daría el rescatar y potenciar en Filipinas el rescoldo de lo *Hispánico*? Si bien se mira, el sorprendente concierto de diferencias aun dentro de lo común hispánico que se interpreta desde el Río Grande, pasando por el Caribe y las Antillas hasta la península Antártica, quedaría, como digo y como apunté antes, abrochado ecuménicamente en Filipinas, con la particularidad de que lo hispánico filipino (o lo filipino hispánico, que tanto monta) constituye un raigón en cierta manera atípico; y que el poco

español que hay ahora, y el poco o mucho español que haya en el futuro tiende a ser castellano genuino. Esta parece ser la segunda gran oportunidad de España...¡!

Bien. ¿Por dónde andamos? Guillermo y yo hemos consumido el alongamiento de un entero día, dándonos mutuamente pábulo a nuestras, acaso, mesiánicas expectativas respecto de la posible labor de España en la Filipinas presente... y... para la jornada siguiente concertamos una visita a la Dra. Rosario V. Lamug, en el despacho que, en su calidad de Vice-Presidente de Asuntos Académicos, ocupa en la University of the East, en Manila. Pero antes, Guillermo se ha pasado a recogerme, de nuevo, en mi Hotel. Por cierto, me informa que dicho término ‘Silahis’ que en tagalo viene a significar ‘rayos de sol en haz’ proviene del castellano *celaje*. Precioso detalle erudito que le agradezco. Y por si fuera poco, Guillermo me distingue con el estupendo obsequio de varias obras suyas, todas ellas cálida y elogiosamente dedicadas a mi abrumada persona por tanta y tan gratificante munificencia: La ya mencionada *Let's Scrap 'Pilipino'*; *El Caserón (La fortaleza escondida): Comedia filipina en tres actos*. Premio Zóbel de 1975. Manila, 1978. *El conflicto de soberanía territorial sobre las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur / The Conflict over Territorial Sovereignty on the Malvinas, Georgias and Sandwich Islands of the South*. Edición bilingüe. Bi-lingual Edition. Manila, 1984. Me regala, además, en fotocopia, el romance “A Hispania” del libro *Crisálidas* de Fernando María Guerrero. Manila 1915; y los capítulos “Lo que es el castellano”, “El castellano, único idioma nacional” y “El castellano en Filipinas” del libro *Por el Idioma y Cultura Hispanos*, de Tirso de Irrureta Goyena [de la Academia Filipina]. Manila: Imprenta de la Universidad de Santo Tomás, 1917. Paso a comentar sucintamente cada cosa.

En *El conflicto de soberanía...* mediante un concienzudo estudio documental se llega a conclusiones de calibre esclarecedor, equivalentes a las ya esgrimidas, en su momento, por don Miguel de Unamuno sobre problemáticas equiparables. Dice Guillermo Gómez Rivera como colofón:

En resumidas cuentas, todos los países que se independizaron de España en nombre de la autodeterminación, terminaron cayendo, uno tras otro, en la misma trampa del neocolonialismo. Por un tiempo, estos países, se creyeron verdaderamente libres. Pero al resultar económicamente dominados, pronto se percataron que la autodeterminación que, respectivamente, lograron de España, su antigua metrópoli, –y donde el mismo neocolonialismo a que aludimos tiene bases militares y tiene, para desgracia de todos los que somos hispánicos, una influencia destructora sobre la actual nueva generación española–, fue arrebatada, cuando no hecha trizas, por el citado neocolonialismo que, ladinamente, se introdujo en sus respectivas economías nacionales hasta el punto de dominar la política interna de la que, estos pueblos y sus dirigentes, son los verdaderos acreedores.

Pero, como tras-efecto del conflicto sobre las Islas Malvinas, tanto las masas como las clases dirigentes de todos los países en vías de desarrollo, en particular los de los iberoamericanos, han abierto los ojos y han tomado conciencia del sistema de libertad condicionada que tienen sobre ellos. Ya saben

que es, de hecho, un sistema de sumisión agobiante e insultante y que se puede transformar en degradantemente represivo si se incurre en la ira de los estados poderosos.

(pp. 28-29)

En *El Caserón*, bello título de intención y configuración alegóricas, ambientada entre los años 20 y 30 del siglo actual, mediante el análisis de los miembros de una misma familia en función de su apego o desapego hacia la tradición y heredad hispánicas, Gómez Rivera articula una calurosa y apologética comedia en la que, junto con otros elementos literarios de romanticismo del mejor cuño y diálogos dramáticos de bellísima y delicada factura “pone en evidencia la avidez, el espíritu materialista y comercial del yanqui invasor” (Luis Nareto, en su presentación “Guillermo Gómez Rivera escribe una comedia”)

Del rotundo romance “A Hispania” de Fernando María Guerrero, aunque es difícil destacar fragmento alguno por el encrespado enardecimiento patriótico que vertebra a todos y a cada uno de sus octosílabos, escojo, por su adensada intención, esta secuencia:

¡Oh noble Hispania! Este día
es para tí mi canción,
canción que viene de lejos
como eco de antiguo amor,
temblorosa, palpitante
y olorosa a tradición,
para abrir sus alas cándidas
bajo el oro de aquel sol
que nos metiste en el alma
con el fuego de tu voz

y a cuya lumbre, montando
clavileños de ilusión,
mi raza adoró la gloria
del bello idioma español,
que parlan aún los Quijotes
de esta malaya región,
donde quieren nuevos Sanchos
que parlemos en sajón.
Pero yo te hablo en tu lengua,
oh Hispania, porque es su son
como música de fuente,
como arrullo encantador
y como beso de vírgenes
en primaveras de amor...

(Día Español de 1913)

Y del libro *Por el idioma y cultura hispanos*, de Tirso de Irueta Goyena, selecciono los siguientes párrafos:

“podrá haber filipinos que hablen los dos idiomas, el inglés y el castellano, pero en uno de ellos solamente pensarán y sentirán y ése será su verdadero idioma nacional...

[el] castellano, que es y deberá ser, por consiguiente, no el único idioma, en absoluto, pero sí el único lenguaje *nacional* de todos los filipinos”

(Capítulo “El castellano, único idioma nacional”, p. 39)

Pero antes de visitar a la Dra. Valdés de Lamug, Guillermo me lleva al taller-imprensa de los semanarios cuyos títulos ya vimos mencionados en su tarjeta de visita, y me regala ejemplares de los mismos. Son los siguientes: *Nueva Era*. Fundado por don Emilio Ynciong en octubre de 1935. Semanario decano de la prensa hispanoparlante de Filipinas y órgano internacional de los hispanistas del Asia. [Español e inglés]. Así reza y así lo transcribo. El *Tagalog Chronicle*, como su nombre indica, va dirigido especialmente a quienes sientan esta lengua como la más cercana y conveniente a sus entendederas. Registrado desde agosto de 1986. Por último, *The Listening Post*, también fundado por don Emilio Ynciong en octubre de 1935...

Pero lo que no se declara en ninguna parte de estas “fichas” bibliográficas oficiales, de identificación del material como prensa y/o correspondencia, es que Guillermo Gómez Rivera se sirve de dichas tres rampas de lanzamiento para su fecundo menester; más, para su infatigable sacerdocio en pro de todo lo hispánico. Ahora están cobrando su más cabal dimensión los comentarios que Guillermo me ha venido haciendo estos dos días pasados, y los que me sigue haciendo en el curso de nuestro itinerario por Manila. Ahora sí que cobra relieve el tensado correlato entre teoría y acción que patrocina Guillermo mediante su incansable apostolado y magisterio. El mismo primer día de este viaje mío en que nos encontramos me habló de una película, “Sakay”, en tagalo, sobre la personalidad y las empresas de este general filipino, y de su relación en los años inmediatamente posteriores a la liquidación española, es decir, 1899 - 1902 aproximadamente, con los intereses U.S.A recién entronizados. Me recomendó verla (aun estando en tagalo, sin doblar) por el, según él, inusual contenido crítico hacia la potencia colonizadora del siglo XX; contenido que, de acuerdo con todos los indicios, quedaba puesto de manifiesto por obra exclusiva de la

mentalidad y el arte cinematográfico filipinos. Me habló Guillermo del veto velado que había recibido la tal película “Sakay” del ‘establishment’ más oficialista. Como se anunciaba en la prensa su proyección, me hallé naturalmente proclive a ir a verla. Una noche, después de que entre docenas de jeepneys y miles de personas por las calles, consigo que un taxista me acerque al distrito de Pasay, en uno de cuyos locales se proyectaba “Sakay” como seguía publicando la prensa... recibo la consabida bofetada de frustración de que la película lleva días que no se proyecta. Ya. Anunciada en la prensa diaria de cada jornada, pero dejada de proyectar. Todo encajaba a la perfección con las valoraciones de Guillermo respecto al impacto social de dicho producto cinematográfico filipino en tono crítico sobre “el amo”. El Editorial de *Tagalog Chronicle* de 24 de junio 1993 que con el título “Si General Macario Sakay” firma G.G.R. debe apuntar a la misma diana...

Lo que yo también ignoraba es que la sonriente y caritativa-buena Ex-Presidente doña Cory Aquino, al hacer uso de los poderes extraordinarios ejecutivos, herencia de los Marcos, y ante la falta de ejercicio del legislativo, suprimió de un decretazo la enseñanza del español de los currícula. La justa flagelación a que Guillermo, desde las páginas de *Nueva Era* somete a la en este momento sólo Señora Aquino y otrora P. Aquino es, a fuer de variada y divertida, estrictamente impecable. Veámoslo. En una viñeta de la edición del lunes 10 de mayo 1993, la caricaturizada Cory, vistiendo un delantal en el que se lee “Constitución Cory”, se muestra descargando lo que parece ser un pistoletazo sobre cabeza intitulada: “Idioma español en Filipinas”. Un monigote vestido de yanqui junto a Cory dice: “Sin el español, cada filipino se vuelve víctima de mi imperialismo económico. ¡Viva la oscuridad!” Y en el ángulo

inferior derecho de la viñeta, como leyenda general: “El asesinato del filipino mediante la supresión de este idioma”.

Sabido es que una de las plagas técnicas que más dificultan el desarrollo de las actividades en Manila, no digamos en el resto de Filipinas, son los frecuentes apagones o “brownouts”. Una buena parte de la población achaca este desastre a la política desacertada de Cory (aquí sí que ensayaría yo el término *misrule*) en su periodo de mandato presidencial. La viñeta aludida, con el ‘Viva la oscuridad’ tiene ahora más sentido para el lego. En otro suelto, también de la primera página de dicha edición, se dice de Cory: “Antes de salir de viaje por todo el mundo, fue calificada como ‘la reina de la oscuridad’ de Filipinas por los apagones que el gobierno de su sucesor [Fidel Ramos] aún no puede solucionar a pesar de los poderes especiales a él concedidos últimamente”. Las compañías estatales de electricidad de Meralco y Napocor han sido prosopopeyizadas como Meralcory y Napocory mediante sufijos inequívocos y burlones.

En la edición de 17 de mayo y ocupando un tercio completo de la página frontal, se anuncian “Cursos de baile español. Taught by the Maestro, Guillermo Gómez”. Por otra parte, tanto en el rótulo principal de dicha primera página “Vendrán apagones de doce horas de duración” como en “Glosas de Actualidad” que firma abiertamente Guillermo Gómez Rivera en pg. 3, se sigue fustigando el desmadre de las empresas estatales Meralco y Napocor ya que “siguen los apagones. Y la cobranza por menos electricidad queda más grande”. Pero donde este número de *Nueva Era* adquiere su función de rebenque apologético es en su pg. 4, por medio de sus artículos interrelacionados, “It’s A Dead People and not A Dead Language” y “Dead Language or Dead Nationality?”, sin firma. Al hilo del artículo “Dead Languages Society” de una Carmen

Guerrero Napkil, aparecido en el diario nacional *Malaya* de 21 de abril 1993 en el que dicha autora se refiere al español como a un 'dead language', es difícil concebir en el tan menguado espacio de las dos réplicas un vapuleo más concienzudo, mejor orquestado, que el que se propina a doña Carmen Guerrero. Se le recuerda, entre otras cosas, que por su colaboración con los Marcos mereció el sobrenombre de "the Marcos basura or basurera recycler". Después de refrescarle una serie de datos irrefutables ("Spanish is a language spoken by over four hundred million individuals in this planet"); o de realidades sociales ("With the loss of Spanish Filipinos are the ones who are dead. In their stead we have 'Pinoyes' or 'Pilipinos' whose destiny in this world is getting bleaker and bleaker"); o la antigua condición de la autora ("Having been a glamorized Marcos 'basurera', Carmen Guerrero... becomes garbage herself when she comes up with an old garbage of an idea about Spanish being a dead language"), termina el segundo de los artículos:

“¡Alas! The truth is that Spanish is alive but it is the Filipino that is dying in darkness from the day he admitted the name 'Pinoy' for himself.”

Como digo, todo un baluarte debelador, de inmejorable cuño, que haría sonrojar a mucho patriotero español de vía estrecha.

En edición de 7 de junio 1993 *Nueva Era* arremete en su Editorial de primera pg. contra "Un sistema de educación que va en contra de lo filipino". Se trata del supuesto rechazo general que ha encontrado la decisión del Presidente Ramos de añadir un año escolar más de enseñanza del idioma inglés, por la elevación de costes que ello acarrearía y porque "la pronta desaparición del

idioma inglés como el idioma oficial entre las nuevas generaciones de filipinos recién graduados queda juzgada como un hecho irreversible”. En el Editorial de las páginas centrales se acomete un análisis impulsivo pero riguroso tanto de la contienda lingüística que hoy se desarrolla a todos los niveles de los estamentos sociales filipinos como del trasfondo geo-político que, subyacente, hace al menos inteligible la cuestión. Es casi inviable destacar algún párrafo en perjuicio de otros, porque el Editorial, por título “El inglés fue, y sigue siendo, un idioma difícil de asimilar por parte de las masas filipinas” no tiene una sola línea de desperdicio. Transcribo la mayor parte:

“En 1950, un brillante senador filipino, don Enrique Magalona, había demostrado que si el inglés fue fácilmente aprendido por los filipinos de los años treinta y cuarenta, es porque aquellos eran de habla española. Con la supresión, y luego desaparición, del idioma español, el inglés en estas islas perdería una base, la base de otra lengua europea occidental, y su desaparición ha de ser inevitable...

Los hipanófobos, tanto gringos como pinoyes agringados y acomplexados, han logrado, mediante la Constitución Cory, la total desaparición del idioma español de la vida oficial del país. No ha pasado una década después de acto hispanófobo tan condenable, y el inglés ya va dando señales inequívocas de desaparecer y de una manera mucho más deprisa que el español.

Es que el inglés nunca nos lo debieran de haber impuesto, y a la fuerza además, los

usenses que se apoderaron de Filipinas, tras pulverizar a la primera República Filipina que tenía al idioma español como su lengua oficial.

Pero los Mackinleynianos usenses se creían dioses y se empeñaron en desempeñar el papel de Dios forzando a los filipinos a cambiar de idioma, del español al inglés, por razones totalmente erróneas.

Muchos fueron los filipinos que aceptaron la imposición del idioma inglés como el oficial de su país porque no fueron pocos los usenses Mackinleynianos que les venían prometiendo la estadidad usense como la panacea de todas sus dolencias nacionales.

La estadidad como meta fue sabotada por los mismos usenses. Se valieron, como todavía se valen, de políticos filipinos, a quienes pagan y amenazan o intimidan de una forma u otra, para que la idea de una “independencia”, pero sin nada de estabilidad económica, cundiese entre los filipinos incautos, (y son millones) hasta que crean en la misma. Y, total, que ahora bien se van dando cuenta que una “independencia sin una economía igualmente libre de la férula usense” es nada más que “graft y corrupción” y unos regímenes como el que acaba de terminar tan desastrosamente la P. Cory.

Y es por eso que malditas son las ganas que tienen los filipinos de hoy, de hablar el inglés. Y el único que lo quiere conservar a nivel nacional es el Presidente Ramos y unos cuantos

pagados por los usenses amén de unos despistados.

La realidad que se reserva para el idioma inglés en estas islas ya fue vaticinada por la Comisión Educativa de Monroe en 1925. Es decir, un cuarto de siglo después de haberse empeñado los usenses, usando el dinero que arrancaban de los infelices filipinos, de hacernos hablar a todos los filipinos el inglés al par que se nos prohibía, de forma cruel, el uso del idioma español en estas islas.

Dice la Comisión Monroe, y lo sacamos tal y como nos lo reproduce la revista *Isagani* de Binondo, Manila, editada por Modesto Reyes, en 1925:

‘Al salir de la escuela, más del noventa y nueve por ciento de los filipinos, no han de hablar inglés en sus hogares. Probablemente, no más del diez o del quince por ciento de la próxima generación usaría ese lenguaje en sus ocupaciones. De hecho, solamente los empleados, los profesionales, e individuos que se hallan al servicio del gobierno, han de usar ese lenguaje...’

Como bien lo dijo Recto, “el inglés jamás ha de ser el idioma del pueblo filipino...”

Lo sería de los que nos acaban de arruinar a toda la nación filipina como la P. Cory y todos sus compinches criminales y todos los agringados desnaturalizados y desfilipinizados y maleantes que tenemos en derredor”.

Por su parte, en la sección Glosas de Actualidad, Guillermo Gómez Rivera, bajo el título “¿Independencia? ¿De quién? ¿De qué?”, conecta, por ejemplo, con el espíritu y con la intensidad de los mejores escritos de don Miguel de Unamuno sobre la equivocidad y la trampa de los colonialismos. Entresaco lo siguiente:

“El doce de junio viene. El doce de junio se conmemora... por unos cuantos del ‘gobierno’. Se tiene que conmemorar para que no se diga la verdad de que Filipinas nunca fue independiente, ni siquiera en el terreno de las musarañas, de los poderosos EE.UU de América.

Fatigados de tantos apagones y carestías de agua potable y medios para vivir, ya viven enterados de que les viene oprimiendo, hoy como antes, el mismo neocolonialismo económico de los EE.UU de América. Y, es por eso que la mención de la palabra ‘independencia’ o el doce de junio les hace sonreír. Es una débil sonrisa de resignación.

El entorpecimiento ha llegado a tal extremo que el filipino de estos tiempos ni se llama eso. Se llama ‘Pinoy’. Y si no es un pobre infeliz, es un criminal.

Las bases militares de los usenses ya no están ni en Clark Field en la ciudad de Ángeles, ni en Olangapo-Subic. Pero están los apagones.

Es que para controlar a un país entorpecido como el de 'Pilipinas', ya no hace falta ninguna base militar. Con quitarles la luz, las agencias del neocolonialismo usense los tienen de rodillas.

Créanlo o no nuestros lectores, existe una relación entre las desmanteladas bases militares y los apagones de la Meralco y la NAPOCORY. La relación se puede percibir muy a las claras por los efectos económicos que vienen infligiendo dichos apagones sobre la frágil economía de este país.

Dígase lo que se diga, pero hay una guerra indeclarada entre el neocolonialismo usense y el pueblo filipino. El arma que ahora utiliza este neocolonialismo es un apagón. Cada vez que se impone un apagón, sus efectos en la economía filipina son igual a los de una bomba atómica en cuanto a los estragos que causa.

Y esta es una guerra injusta porque el pueblo filipino no puede embestir como es debido. Es incapaz. Vive entorpecido por su mismo sistema de educación. Es por eso que oye tiros y no sabe de dónde vienen.

Por eso, lo que podría ser una guerra, se reduce a nada más que a un atraco en contra del pueblo. Mediante la Meralcory, se les atraca a los filipinos en la parte más débil que tienen, el bolsillo. La MERALCORY al cobrarles más por

menos luz que suministra, perpetra un verdadero atraco.

Y este pueblo, que no conoce su pasado ni su cultura porque ya no habla español como sus antepasados y héroes, nada hace porque nada puede hacer.

Es un caso de falta de fe, falta de esperanza y falta de voluntad”.

Y en la última página aparecen nada menos que tres viñetas. De izquierda a derecha son:

1. Cantos filipinos en español. En cintas magnetofónicas.
2. Dos personajes dibujados se reparten el rótulo: “El que habla español es el filipino. El que hable tagalo no es filipino. Es nada más que tagalo”.
3. Learn... Aprenda Flamenco y otros bailes españoles... Sábados P.M. y Domingos A.M. en Casa de España, 43 Polaris, Bel-Air, Makati.

La edición de *Nueva Era* de 14 de junio 1993, en su primera página, junto con la viñeta ya aludida de “El que habla español es filipino. El que hable tagalo no es filipino. Es nada más que tagalo”, reproduce el suelto de *El País* de 11 de enero 1993, “300 Hispanistas destacan en Tokyo el vigoroso avance del español en Asia”. En el Editorial de la página 2, “Se le quiere enjuiciar a la Ex Presidente Cory” lo que sí hace es recriminarla por “suprimir la oficialidad como la enseñanza del idioma español en Filipinas”. Sigo citando párrafos:

“[Cory Aquino] Pensaría que su ‘popularidad’ se afianzaría más aún si se presentaba como una enemiga de España en Filipinas. Nadie le había pedido que se descarte la oficialidad, como la enseñanza, del idioma español en estas islas. Pero, la Señora, al parecer, quiso hacerse la guapa.

Y al suprimirnos al idioma español en este país, nos hizo el primer, y criminal, apagón. Nos ha apagado todas las voces filipinas que se expresan en español. Nos las ha desautorizado unilateralmente y sin previa consulta de ninguna clase.

Y se dice la restauradora de la democracia y la libertad en estas islas. Nada más lejos de la verdad, y de la luz, puede haber en este mundo. Nos suprimió todo lo escrito por grandes filipinos en esta lengua.

Tuvo además el valor de mentir ante la prensa mundial, particularmente a la de España, cuando dijo que se tenía que suprimir este idioma, hasta en su uso oficial, porque los maestros que lo enseñaban en el colegio, eran muy malos.

Añadía a esa mentira libelosa la declaración de que su hija, (sería la Kris), nada de español aprendió tras estudiar doce unidades, cuatro semestres este idioma ‘obligatorio’. El libelo que echaría encima de las cabezas de los pobres maestros de español se extendería más tarde cuando tuvo la crueldad de negarles a los

maestros pobrísimamente remunerados de la escuela pública el aumento que ella misma había otorgado...”

El editorialista se reserva para el final el ligamen, no por cierto menos efectista, entre ambas calamidades:

“Con ese primer apagón, no nos extraña el que causase los actuales apagones a la postre”.

En página 3, se vuelve a recoger la viñeta de Cory en delantal con el rótulo “Constitución Cory”, ametrallando al “idioma español en Filipinas”, mientras que el mismo monigote atiesado, vestido a lo yanqui presencia ‘El asesinato del filipino mediante la supresión de este idioma’ al tiempo que de su boca emana: “Sin el español cada filipino se vuelve víctima de *mi* imperialismo económico. ¡Viva la oscuridad!” [Subrayado mío].

En fin, en página 4, y en el artículo de fondo “English continues to be difficult for the Filipino masses” se insiste en los alegatos ya aducidos, con la misma rotundidad, con el mismo fervor:

“With the abolition of Spanish as an official language and the arbitrary suppression of its teaching as a 12 unit course in college, English finds itself without the support of another European language in this country.

This is why, the disappearance of English becomes the more irreversible. And this fact is becoming true in practice because barely seven years have passed since the Cory constitution abolished Spanish and English is now showing

signs of unequivocal decay and disappearance... among the Filipino masses that is.

And the disappearance of English occurs much faster than the disappearance of Spanish because English has not really taken any considerable root in the Philippines.

For one, the poorer Filipinos become economically, the lesser English they will have. Diploma mills are proving themselves incapable to teach English with underpaid teachers in classes of 50 to 60 students.

As Filipino population grows and as the country's system of education, with English as its medium of instruction, gets poorer and poorer, the more we get convinced that those turn-of-the century U.S. Americans should have never imposed, by force and compulsion, the English language upon the already Spanish speaking Filipinos.

And if many Filipinos accepted the imposition of English, it was because they were made to believe that these Islands would become, in the long run, a State of the powerful U.S. of A.

With this promise left uncomplished with, the Filipinos of today surely have the obligation to throw out English from their schools, government and daily life. It will just be a reminder of a terrible frustration.

Statehood for the Philippines was sabotaged by the U.S. Americans themselves.

They used Quezon's independence movement to do this. They encouraged the Filipinos to ask for their own independence. But they did not let go in part only of the Filipinos and the latter's country until Spanish was replaced by English as the compulsory official language.

Those Filipinos who say that English is an asset of our people are wrong. It is not an asset. It is a chain that enslaves them further. It is really insulting to tell Filipinos that thanks to their scant knowledge of English they are preferred as domestic slaves, in reality in Singapore, Hong-Kong, the Middle East and even in Italy and Spain.

The Japanese became a modern economic power not because of English, but in spite of it. They developed their industries and economics in their own Japanese language. Not English.

Germany is an economic power not because of English, but because of German, their own language. The Filipinos will surely become an economic power if they developed their own language and start forgetting English.”

Y en “El inglés fue, y sigue siendo, un idioma difícil de asimilar por parte de las masas filipinas”, versión castellana, con ligeras variantes, que se acomoda debajo y a continuación del acabado de reseñar, se sigue bombardeando a las conciencias con la preciosa retórica de la evidencia incontestable: Tan sólo un párrafo central:

“Muchos fueron los filipinos que aceptaron la imposición del idioma inglés como la oficial de su país porque no fueron pocos los usenses Mackinleynianos que les venían prometiendo la estatalidad usense como la panacea de todas sus dolencias nacionales”

En el ángulo derecho de la parte inferior de la página, una elegante viñeta: “Enseñamos Bailes Españoles. Danza clásica española. Sevillanas. Folclóricos. Pasodobles. Flamenco. Jotas. Guillermo Gómez, Maestro”, con garboso y dibujado retrato incluido del mismo, vestido como de torero y/o bailaor. Así se remata la edición de este número de *Nueva Era*. Ah, ¡se me olvidaba! En todos y cada uno de estos cuatro números de *Nueva Era*, en cabecera absoluta de primera página se dedica una jaculatoria denostadora, o, al menos, denunciadora de los malos –tal vez sólo ineptos– oficios del Sr. Embajador de España en Filipinas, don Herminio Morales, quien, al parecer tiene a parir a la comunidad española por el poco o nulo caso que le presta. Por supuesto, yo no conozco al Sr. Embajador para quien, de entrada, tengo todos mis respetos formales. Me limito, lo mismo que vengo haciendo con otros extremos, a airear un contenido, una insistencia temática más de *Nueva Era*.

Guillermo también me regaló el ejemplar de *The Listening Post: An English Weekly Newspaper* del cual es Editor-in-Chief, correspondiente a la semana de 25 de junio a 1 de julio 1993. El Editorial que se incluye en pg. 2 “Should Spain Retaliate?” es, volvamos a echar mano de los mismos adjetivos, esclarecedor, patriótico, combativo y bello. Me voy a permitir traducirlo en su totalidad, porque pocas declaraciones, pocos documentos cohonestan tan acertadamente y en tan poco espacio

lo que, al cabo casi de cien años, sigue siendo el sempiterno meollo de la cuestión:

“¿DEBERÍA ESPAÑA TOMAR REPRESALIAS?

Reproducimos a continuación algunas opiniones que podrían influir en las relaciones actuales filipino-españolas.

‘Después de casi cien años de la salida de España de las Filipinas, existen todavía bastantes filipinos que odian a España y a todo lo español de las Filipinas. Mientras que las atrocidades tanto de americanos como de japoneses son infinitamente más crueles y más devastadoras para los filipinos, es a España a la que todavía se recuerda como la mala. ¿No es esto una injusticia?

Los filipinos del momento presente que todavía odian a España pueden agruparse en tres facciones, a saber:

1ª/ Los ignorantes de su pasado y, consecuentemente, de la buena labor de España que unificó tantos territorios pre-hispánicos en una sola nación conocida como Filipinas en la actualidad.

2ª/ Los que odian a España por haber dejado de ser católicos; o aunque católicos, por pertenecer a la clase mercenaria que se han vendido a la ayuda y a los dólares U.S.A.

3ª/ Los americanos frustrados que culpan a España hasta del rechazo que sufren del blanco americano y de ciertas políticas de los U.S.A que no favorecen la emigración de filipinos al territorio de los EE.UU. Este tercer grupo es el que se siente especialmente dolido al no comprender por qué los americanos no los aceptan, ni tampoco percatarse de que hasta la fecha no son sino esclavos de americanos y chinos que hoy en día controlan la entera economía de Filipinas...

Es de lamentar que existan aún filipinos que recuerden los así llamados abusos españoles mientras que, por conveniencia, olvidan los abusos y la opresión de los yanquis de fin de siglo y las actuales políticas de instituciones americanas como el IMF [International Monetary Fund] y el World Bank, que incluso les condenan con continuados apagones que destruyen toda la economía y el progreso de su país...'

Lo acabado de citar proviene de fuentes no españolas. He aquí algunos de los puntos de vista de españoles actualmente en Filipinas:

España es hoy muy afortunada por no tener a Filipinas como colonia o como provincia de ultramar, puesto que el actual gobierno español con toda seguridad se responsabilizaría de ayudar a cerca de setenta millones de filipinos

más pobres que nunca, más ignorantes de lo que fueron desde hace doscientos años para acá, e irresponsables en lo que respecta a la autoridad y a la función pública...

Los EE.UU saben mejor que España cómo explotar, engatusar y engañar a los filipinos de hoy día, indefinidamente. En tanto que los filipinos eran ciudadanos españoles con España hasta 1898, los filipinos sometidos todavía a los U.S.A (por la falsedad de la así llamada independencia) nunca fueron hechos ciudadanos americanos por los U.S.A, a pesar de que muchos de ellos consintieron en convertirse al protestantismo y hablar en inglés. Por cada dólar invertido en Filipinas, los U.S.A saben sacar veinte, sin que los filipinos sepan nada.

España debería expulsar del país a los doscientos mil trabajadores filipinos que tiene. A la mayoría de estos filipinos se les educó para odiar a España. Y España, que es el noveno país más industrializado del globo, debería boicotear a los filipinos. Es estúpido que el actual gobierno español de Felipe González permita que este número de filipinos desangre a España de sus reservas de dólares, pues son cerca de dos mil millones de dólares anuales los que estos trabajadores envían a Filipinas para sostener a un gobierno anti-español. Más todavía. España y los veintidós países hispano-hablantes de Iberoamérica y Africa deberían boicotear a los delegados filipinos en todos los foros internacionales. Fueron los países hispánicos los

que votaron a Carlos P. Rómulo como Secretario General de la UNO. España y los hispánicos jamás deberían hacer esto de nuevo.

¿Algún comentario?”

Pero a todo esto, y poniéndome en el lugar de cualquiera; quiero decir, de cualquier lector que, no conociendo a Guillermo Gómez Rivera, deseara conocerle, y me requiriera para que yo configurase su semblanza..., a mí, el primer sorprendido ante la personalidad multifronte e intensísima de este campeón de la Hispanidad en Filipinas, de este cíclope defensor de la herencia y patrimonio hispánicos en todas sus facetas..., yo le diría que hemos tenido suerte, ya que la valoración de compendio (y que a través de un medio tan convencional como el curso de este espiritual ensayo, pudiere yo hacer), la he encontrado prácticamente ya realizada a la casi medida de mi pensamiento en los dos últimos párrafos que Francisco Zaragoza [Actual Director y Censor de la Academia Filipina correspondiente de la R.A.E] dedica a nuestro hombre en su prólogo “Apuntes sobre el ensayo ganador de Gómez Rivera sobre el conflicto en la soberanía de las Islas Malvinas”:

“Ha invadido el teatro y la novela, siempre bajo la cálida obsesión del filipinismo integral de Rizal, Mabini y Recto. Y para un mayor monopolio de conocimientos también cultiva las artes pictóricas y líricas. Tanto, pues, maneja el tagalo y el visayo tan bien como el castellano y el inglés. Se interna en el alma de los pueblos a través de sus danzas y sus cantos, en un folklorismo por vocación, que va recorriendo la

vida, lápiz en mano, para sus apuntes al natural. Apto para las empresas de más dificultad, por natural propensión, y en quien es hereditaria la ciencia de las letras por dos afluencias casi inmediatas que dieron lustre a nuestra patria, Gómez Rivera constituye una realidad en la plenitud de sus facultades intelectuales.

Para todos tiene abierto el corazón; pronta la asistencia; rápido el consejo, noble, efusivo y firme el afecto de la amistad, que en esta crisis del espíritu universal siempre tenderá a establecer el equilibrio de las leyes de la vida.”

Mientras nos dirigíamos Guillermo y yo a la sede de la University of the East para saludar a Rosario V. Lamug, tuvimos tiempo para desgranar algún que otro tema todavía. Ante la información que le pasé de haber yo leído en algún sitio de la prensa española que el que dice llamarse Instituto Cervantes tenía uno de sus centros en Cebú, me contestó... que... de eso nada; que en Cebú sólo existe una especie de camaranchón, apéndice inservible del Centro Cultural de la Embajada de España en Manila, para el estudio del español.

Pues bien –pensé– he aquí otro de los grandes temas prioritarios pendientes, a través de los cuales España podría de nuevo encarnar y potenciar su caudillismo lingüístico, cultural y predicamental en Filipinas... Tanto a Guillermo como a mí nos hervían las emociones. Sopesábamos posibilidades, conjeturábamos procedimientos, aventurábamos resultados, y hasta nos atrevíamos a suponer, a calcular costos... Guillermo lo tiene muy claro y, en consecuencia, se dio maña, simplemente y

sin ninguna violencia de principios, a que yo lo viera también claro...

Se trata de instalar tres canales de Televisión en español, uno en cada porción inequívoca del país: Luzón, al norte; Visayas, en el centro; y Mindanao, hacia el sur... Y como mínimo del mínimo, si se tratase sólo de dos, que estuviesen, uno en Manila, y otro en Mindanao, en el corazón de la comunidad chabacana... A mí la sugerencia me fascinaba, me propulsaba a ofrecerme a actuar de vendedor, de mensajero de la idea... ante... ¿quién?, ante el mismísimo Consejo de Ministros de España... cualquier viernes que se nos dejase entrar de incógnito en la Moncloa, bajo promesa de explicar todo rápido y bien, y claro, y no dar mucho el coñazo... ¿Se imaginan Vds. lo que sería volver a invadir, esta vez pacíficamente, las Filipinas, mediante el asedio de las conciencias y de los corazones de sus habitantes, inundándoles, emborrachándoles de canción y de poesía en español...?

Los datos y las consideraciones que en razón de los escritos y testimonios de Guillermo vengo dejando diseminados a lo largo de toda esta crónica empática mía de ahora, bien creo que pueden encargarse de tranquilizar a todo aquel que tenga la tentación de pensar que se nos ha aflojado el juicio o que nos hemos salido de la banda de la proporción... Algo, algo debe y puede hacerse, para que la plasmación de la relación entre Filipinas y España a nivel institucional entre Gobiernos; y en clave de 'sangre espiritual' entre actitudes e individuos, consista en algo más que en el concierto postal que nos permite (por lo menos a los españoles) aprovecharnos de cierta reducción de franqueo en nuestra correspondencia...

Esas y otras especulaciones iban dando ámbito a nuestros vuelos... cuando, en el tórrido calor de un día de verano manileño, llegamos a la University of the East... Allí nos recibió

la muy prócer y siempre gratísima Rosario Valdés de Lamug, a la sazón, como anoté, Vice-Presidente de Asuntos Académicos. Allí también, al informarle a Rosario que había yo gestionado en firme mi viaje a Seoul, me comisionó para que conectase con el Prof. Kim Ibae, destacado hispanista de la Universidad Hankuk de Lenguas Extranjeras, y Presidente de la Asociación Asiática, a quien el artículo de *El País* del lunes 11 de enero de 1993 menciona con sobresaliente relevancia...

Un solo día entero más de permanencia me restaba en Manila y ése fue, precisamente, el día que Guillermo se esmeró todavía más si cabe, para colmármelo con una novísima y apoteósica sorpresa. Se trataba de hacerme presenciar los ensayos de la Compañía de Baile Filipino Bayanihan... y hacia sus locales nos encaminamos. Allí, la Directora de Baile y Coreografía, doña Lucrecia Reyes Urtula, me obsequió con tres primorosas revistas, tres joyas pictórico-bibliográficas, a modo de folletos explicativos de la entidad, menesteres y actividades de la Compañía: Uno de ellos, *A Sound of Tambours: An Asean Tapestry*, es un presentación de Música y Danza asiáticas, de Filipinas, Indonesia, Thailandia, Malaysia, Brunei y Singapore. Otro, *Bayanihan: Pistang Pilak* es una monografía dedicada a las artes filipinas y a su recreación, sobre todo en forma dramática. Guillermo Gómez Rivera colabora con poemas originales en español y en chabacano. El tercer fascículo, *Bayanihan: Philippine Dance Company*, producido por el Bayanihan Folk Arts Center, en cuyos locales concretamente nos encontramos, creo que es el de contenido más emocionalmente abordable, más cercano a las predisposiciones estéticas de alguien como yo...

No me da tiempo a proceder a un pormenorizado ojeo (mucho menos, lectura) de esta tercera revista..., porque los virtuosos bailarines, ellas y ellos, han comenzado los ensayos... con la participación de Guillermo que dirige, sugiere, actúa, y

baila, todo al mismo tiempo... Este hombre es un verdadero demiurgo del arte... este hombre no tiene medida... Me dice que están preparando y ensayando un pasodoble de Cavite..., y así, mientras la orquestina de instrumentos de cuerda y yo nos hacemos a una banda de la espaciosa y entarimada estancia, la falange de artistas ejecuta el profuso protocolo de su cinesia, teniendo un enorme espejo por pared principal y en la que comprueban la propiedad de sus evoluciones. Yo no doy abasto a tanta maravilla. Yo estoy desbordado...

En uno de los descansos doña Lucrecia y Guillermo se me acercan para instruirme, tanto sobre el origen y prosapia de lo que están bailando, como sobre lo que yo les pregunto. Con *Bayanihan* en la mano, abierta en su pg. 5, en que aparece The Company en la foto de muchos de sus miembros... Sí, claro, me dicen, éste de aquí, este muchacho fortachón es Melito Vale Cruz; ésta, la de planta palmerínea y adensada y madura armonía es Suzette Sánchez, aquí en la foto, de padre español, para más señas... esta otra, la del aro sujetándole el pelo... y tez genuinamente celtíbera, Marie Antoinette... aquella otra, de belleza alongada y elástica, puro paradigma de prosapia malaya, enarcada y tersa... es Annabelle Ramos... Y otras, y otros más. Yo no sabía, yo no podía saber que este grupo actuó en la Expo de Sevilla. ¡Y yo tan cerca! No se puede, ¡no se pueden saber todas las cosas! Pero, váyase lo uno por lo otro, esta sesión de la que glotona, privada, íntimamente estoy participando, la prefiero a todas las mostraciones multitudinarias de las Expos que sean...

Como no podía faltar un pequeño desgarro cómico, la consabida pirueta propiciada por la inacabable riqueza idiolectal, dentro de los espacios lingüísticos en que uno se movía, recuerdo que durante el ensayo de mis amigos, yo, dándomelas de gracioso, pertrechado, eso sí, de bien intencionada espontaneidad, al final de cada uno de los tramos de baile, desde

mi asiento, alternaba los “¡olé!” con los “¡azuquiqui!” (Seseando la zeta), la interjección granadina de signo enardeciente por excelencia, menudeándolos cada vez con más contundencia y elaboración. Yo percibía sonrisas benévolas, pero no como producto directo de mis ocurrencias. Aun así, no encontré nada extraño ni disuasorio. Cuando acabó el ensayo de esa parte, de ese pasodoble de Cavite, Guillermo me aclaró que la locución *quiqui* [kiki, o comoquiera que fuere en su especificidad gráfica] denotaba en tagalo el aparato de la intimidad femenina; y puesto que yo, evidentemente, desconocía semejante extremo, mi interjección les había hecho gracia. Bueno –pensé–, he aquí otra razón más para poner orden y sistematizar nuestras lenguas en aras de un medio de comunicación todavía más enaltecido...

Para terminar el programa de los ensayos, se entretuvieron, por último, en liar y desliar los pases, redondeos y esquivas curvadas de una preciosidad de “sevillanas”, probablemente del siglo XVIII. Y a todo esto, Guillermo, maestro consumado, encontrando y perfilando matices sobre cómo girar con este pie, cómo revolver la mano en su órbita... Una locura, una desquiciante locura de belleza y arte el de este Ballet ante el que mi alma se percibía desbordada; incapaz de asumir tan excelsa cuota, tan gratuita hartura de munificencia.

A la mañana siguiente parto de las Filipinas para una visita de tres días a Korea del Sur (Seoul y excursiones). Allí, previas industriosas y elaboradas averiguaciones a través del personal de Recepción del Hotel Seoul Garden, doy por teléfono con el Dr. Kim Ibae. Además de los plácemes, recuerdos e instancias afectuosas que le transvaso de parte de la Dra. Lamug, de Manila, es el caso que nos enzarzamos en una prolongada y distendida conversación. Me lo había dicho Rosario, pero me encanta comprobarlo: El Prof. Kim habla un español immaculado y cadencioso, de diplomático de Suramérica. Nos

intercambiamos direcciones, teléfonos, etc., y queda en pasar él (o enviar a alguien) a recoger al Hotel una tarjeta mía con los datos antedichos formalizados. Ah, también dice que, puesto que voy a volver a Bangkok y quedarme unos días allí, antes de mi regreso definitivo a España... dice que va a abusar de la amabilidad de la que, aun por teléfono, le ha parecido que soy portador... y que si haría el favor de verificar en la Embajada de España en Bangkok, la dirección, el paradero..., lo que haya sido de la Dra. hispanista thailandesa Pornsom Sirisambandh; y que le inste a esta buena señora a entrar de nuevo en contacto (presuntamente perdido hacía ya tiempo) con él, con Kim Ibae, etc., etc., que se hacía cargo de que me estaban todos pidiendo ejercer de mensajero o, más exactamente, de recadero... Le aseguré –era verdad– que no me importaba, tratándose de la finalidad de la que se trataba. Y seguía siendo verdad.

El martes 13 de julio, ya en Bangkok, me acerco a la Embajada de España que acaba de trasladarse a un panorámico y bonito séptimo piso, de las Diethelm Towers, en la espaciosa Wireless Road. Es curioso. Cualquiera cosa que suene o contenga el nombre Diethelm me ayuda a sentirme un poco más en casa. No en vano, la empresa y mayorista de turismo y viajes Diethelm/Dits tiene sus locales, allí en la misma Wireless Road, enfrente, sólo algo más arriba. Mis amigas Saowaluk, Urupong y Kanittha, tres competentísimas empleadas de Dits Travel Ltd. me han gestionado con profesionalidad y diligencia más de un itinerario por latitudes asiáticas; así como también, antes de conocerlas a ellas, otros empleados, y el propio Mr. Chaladol Ussamarn, Director para Europa y Australasia de Diethelm Travel, se encargaron de engancharme en 1986 a nuestro célebre viaje [grupo de catorce turistas de todo el mundo, yo el único español] a Angkor Wat (Kampuchea), vía Bangkok y Saigón, etc.

El caso es que la Profesora Pornsom Sirisambandh es bastante conocida como hispanista: el, digamos, ujier de la Embajada, que es un chico joven thai, y que está detrás de un cristal se supone que blindado, en una especie como de mesa-mostrador, a la entrada, de parada de primeros golpes y de discernimiento de las visitas y de los asuntos, ha sido precisamente alumno de esta profesora, y habla español. De todas maneras, después de identificarme y de pedirme mi tarjeta de visita, me pasa a hablar con D^a María Angeles de la Fuente, Agregado de la Embajada. Le explico por encima mis encuentros con los hispanistas de Manila; mi conversación telefónica en Seoul con el Dr. Kim Ibae, y el encargo de éste de enterarme en su nombre de todos los detalles sobre el paradero actual de la Dra. Sirisambandh... La información de doña María Angeles de la Fuente va más allá de lo protocolario, y además de facilitarme el teléfono y la dirección de la Universidad de Chulalongkong, me hace saber que un equipo de profesores de la misma Universidad, coordinados por la Dra. Sirisambandh han sacado a la luz el primer Diccionario Thai-español / Español-Thai. Quedo encantado y agradecido de conocer a doña María Angeles, ajustada en su palabra, fehaciente en su información, diplomática en su trato y, por encima de todo, femeninamente afable...

Desde el Hotel Ambassador telefono a la Dra. Pornsom Sirisambandh y tengo la buena fortuna de que todavía se encuentra en la Universidad. Le transmito los recuerdos y las encomiendas del Dr. Kim... Ella es la última pieza que, por ahora, acabo de mover en el tablero universal del español con vistas a la gran jugada.

Julio - agosto 1993

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
NOTA.....	1
LA CHICA AMERICANA	
<i>I. La voz.....</i>	<i>2</i>
<i>II. El nombre.....</i>	<i>5</i>
<i>III. La palabra.....</i>	<i>8</i>
<i>IV. La feminidad y el vestido.....</i>	<i>10</i>
<i>V. La sonrisa.....</i>	<i>14</i>
<i>VI. La mirada.....</i>	<i>16</i>
<i>VII. El cabello.....</i>	<i>18</i>
<i>VIII. Los ojos.....</i>	<i>22</i>
UN CASTELLANO EN CANADA	
Tarde de fútbol.....	24
¡Viva Quebec libre! o la disidencia del Canadá francés I	28
¡Viva Quebec libre! o la disidencia del Canadá francés II	32
¡Viva Quebec libre! o la disidencia del Canadá francés III	35
¡Viva Quebec libre! o la disidencia del Canadá francés IV	39
Los impuestos I.....	43
Los impuestos II.....	47
El orgullo.....	51
Hipocresía.....	54
La libertad.....	57
REPASO DE NORTEAMÉRICA	
Aclaración.....	61
Reflexión sobre la experiencia I.....	63
Reflexión sobre la experiencia II.....	67

Arrendar y comprar.....	71
Melenarse o no melenarse: Ahí está el dilema I.....	75
Melenarse o no melenarse: Ahí está el dilema II.....	78
¡Ni falta que hace!	81
Las cosas, claras.....	84
Canción norteamericana	87
La verdadera diferencia	91
Una lanza rota	95
 DE VARIA GEOGRAFÍA	
Madrid – Nueva York.....	99
Vacaciones en Bulgaria o un nuevo tipo de bandolerismo impune	102
Albania de nuevo: Tal vez la misma pregunta	108
Pulso de Nicaragua	114
Nicaragua, Rubén Darío y <i>Azul</i>	117
¿Será, de verdad, posible todo en Granada?.....	120
Granadinismo en el Caribe	123
Filipinas (y Asia) en lo hispánico	135



TOMÁS RAMOS OREA (Alcalá de Henares 1936) es doctor en Filosofía y Letras desde 1961 por la Universidad de Madrid, y doctor en Derecho desde 1980 por la de Granada (filólogo entre juristas y jurista entre filólogos). Y desde siempre, poeta. Pasó los veranos enteros de 1957 y 1958 en Oxford (Inglaterra) trabajando de obrero manual polivalente y versátil, y practicando y aprendiendo más inglés. Dio clases de lengua y literatura españolas en un Instituto de Segunda Enseñanza de Market Harborough (también en Inglaterra) durante el curso escolar completo 1959-1960. Ya con el título de Doctor – y al tiempo que estudiaba con avidez – profesó en Universidades USA y canadienses, 1961-1971. Además de un libro de memorias *Un castellano en Granada* sobre sus menesteres como docente–investigador en el Departamento de Filología inglesa de la Universidad de dicha ciudad en España, y de un volumen de *Prosas cosmopolitas*, el resto fundamental de su producción creativa en prosa, hasta el momento y en

razón de los diez libros ya aparecidos, se acomoda bajo el título general de *Mujeres, lugares, fechas...*, sobre viajes de aventura por más de 70 países y/o parajes de las cinco partes del mundo. Su novela *Amor se dice obitcham en búlgaro* discurre, asimismo, sobre asuntos y peripecias de una excursión por Bulgaria, Turquía y Rumanía.

Sabedor de que sólo en la palabra radica la realidad de las cosas, Tomás Ramos Orea, tras muchos afanes, ha conseguido cerrar las dos mitades – viajes y Literatura – de su círculo vital, al otorgar cobertura literaria a las situaciones cuya geografía emocional constituye el objeto de su obra.

Su entera producción poética se contiene, hasta la fecha, en el volumen *Poesía (Reunida y ordenada, 1954-2007)*, Madrid : 2008.

Tomás Ramos Orea está dejando su impronta en la narrativa de viajes, aventuras y encuentros (Memorias); en la creación poética; en la traducción de textos poéticos ingleses; en la crítica y el ensayo literarios, y en la metodología valorativa en la enseñanza e investigación de la literatura, de un lado; junto con la investigación jurídica, de otro, constituyendo con estos cinco campos de señalada independencia entre sí –y acaso con exclusividad en toda España, que sepamos– uno de los muestrarios más completos de producción académica en nuestro país.

ISBN: 931544